



J.D. Salinger

FRANNY AND ZOOEY

Título original: FRANNY AND ZOOEY Traducción: Pilar Giralt
1.ª edición: abril, 1978
La presente edición es propiedad de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)
© J. D. Salinger - 1955, 1957, 1961
Printed in Spain
ISBN 84-02-05667-9
Depósito legal: B. 10.229-1978
Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S.
Carretera Nacional 152, Km 21,650
Farets del Valles (Barcelona) – 1978
Scan y Corrección electrónica: **Colectivo Rubén Vizcaino Valencia**

Lo más cerca posible del espíritu de Matthew Salinger, de un año de edad, cuando insta a un compañero de mesa a que acepte un frijol frío, insto yo a mi editor, mentor y (Dios le ayude) mejor amigo, William Shawn, *genius domus* de The New Yorker, amante de la probabilidad remota, protector de los poco prolíficos, defensor de los extravagantes sin remedio, el más insensatamente modesto de los grandes editores-artistas natos, a aceptar este bonito libro de aspecto descuidado.

FRANNY

Aunque con un sol brillante, el tiempo de la mañana del sábado volvió a ser tiempo de abrigo, y no solo de abrigo ligero, como había sido toda la semana y como todo el mundo esperaba que continuase durante el gran fin de semana, el fin de semana del partido de Yale. De los más o menos veinte jóvenes que aguardaban en la estación la llegada de sus parejas en el tren de las diez cincuenta y dos, sólo seis o siete se encontraban en el frío andén al aire libre. El resto estaba diseminado en pequeños grupos de dos, tres y cuatro, sin sombrero y envueltos en el humo de la sala de espera con calefacción, hablando con voces que, casi sin excepción, sonaban universitariamente dogmáticas, como si cada uno de ellos, en su turno estridente dentro de la conversación, estuviera aclarando de una vez por todas una cuestión altamente polémica que el mundo exterior, no matriculado, hubiese discutido en vano durante siglos, provocativa-mente o no.

Lane Coutell, con una gabardina Burberry provista al parecer de un forro de lana abotonado en su reverso era uno de los seis o siete muchachos que estaban en el andén

descubierto. O, mejor dicho, era y no era uno de ellos. Durante diez minutos o más se había mantenido deliberadamente fuera del alcance de la conversación de los otros jóvenes, de espaldas al exhibidor de libros de la Ciencia Cristiana libre, con las manos sin guantes en los bolsillos de la gabardina. Llevaba una bufanda de cashmere marrón que se le había ido cuello arriba, dejándole casi sin protección contra el frío. De pronto, y con ademán ausente, sacó la mano derecha del bolsillo de la gabardina y empezó a ajustar la bufanda, pero antes de haberlo hecho, cambió de opinión y usó la misma mano para meterla dentro de la gabardina y extraer una carta del bolsillo interior de la chaqueta. Empezó a leerla inmediatamente, con la boca entreabierta.

La carta estaba escrita —a máquina— en papel de notas de color azul pálido. Tenía un aspecto manoseado, de cosa ajada, como si ya la hubieran sacado del sobre varias veces, para releerla.

martes, creo

Queridísimo Lane:

no tengo idea de si podrás descifrar esto, pues el ruido en el dormitorio es absolutamente increíble esta noche y apenas puedo oírme pensar. Por lo tanto, si incurro en alguna falta de ortografía, sé gentil y ten la bondad de pasarla por alto. A propósito, he seguido tu consejo y recurrido mucho al diccionario últimamente, así que si eso entorpece mi estilo, tú tienes la culpa. Sea como sea, acabo de recibir tu encantadora carta y te quiero hasta el frenesí, la locura, etc., y apenas puedo esperar al fin de semana. Es una lástima que no me hayas encontrado sitio en Croft House, pero en realidad no me importa dónde me aloje con tal de que esté caliente, no tenga chinches y pueda verte de vez en cuando, es decir, a cada minuto. Estoy algo loca últimamente. Adoro toda tu carta, en especial la parte sobre Eliot. Creo que estoy empezando a despreciar a todos los poetas excepto a Safo. La he leído con furor, y no hagas ninguna observación vulgar, te lo ruego. Es posible que incluso escriba sobre ella en mi composición del examen trimestral, si decido batallar por una distinción y si logro que me lo permita el imbécil que me han asignado como consejero. «El delicado Adonis se está muriendo, Cíteira, ¿qué haremos? Golpead vuestros pechos, doncellas, y rasgad vuestras túnicas.» ¿No es *maravilloso*? Y, además, escribe así *sin interrupción*. ¿Me quieres? No lo dices ni una vez en tu horrible carta. Te odio cuando eres un supermacho sin remedio y retiscente (¿ort.?). No es que te *odie* de verdad, pero por naturaleza estoy en contra de los hombres fuertes y silenciosos. Tampoco es que tú no seas fuerte, pero ya sabes a qué me refiero. Hay un ruido aquí que apenas puedo oírme pensar. De todos modos, te quiero y necesito enviar esto por correo urgente para que lo recibas con mucha anticipación, suponiendo que encuentre un sello en este manicomio. Te quiero te quiero te quiero. ¿Te has dado cuenta de que sólo he bailado contigo *dos veces* en once meses? Sin contar aquella vez en el Vanguard, cuando estabas tan achispado. Probablemente seré tímida sin remedio. A propósito, te mataré si haces alguna alusión a esto. ¡Hasta el sábado, florecita mía!

Con todo mi amor,

Franny

P.D. Papá ha recibido su radiografía del hospital y todos sentimos un gran alivio. Es un tumor, pero no maligno. Anoche hablé con mamá por teléfono. A propósito, te envía recuerdos, así que ya puedes estar respecto a aquella noche del viernes- Creo que ni siquiera nos oyeron entrar.

P. P. D. Sueno tan poco inteligente y tan retrasada mental cuando te escribo. ¿Por qué? Te doy permiso para analizarlo. Limitémonos a tratar de divertirnos mucho este fin de semana. Quiero decir, si es posible, por una vez, no tratemos de analizarlo todo hasta el fondo, especialmente a mí. Te quiero.

Frances (su marca)

Lane estaba más o menos a la mitad de esta especial lectura de la carta, cuando fue interrumpido —importunado, acosado— por un joven corpulento llamado Ray Sorenson, que quería saber si Lane sabía de qué trataba ese bastardo de Rilke. Tanto Lane como Sorenson estaban en el curso de Literatura Europea Moderna 251 (sólo abierto para estudiantes de último año y graduados), y tenían asignada la Cuarta de las *Elegías de Duino* de Rilke. Lane, que conocía someramente a Sorenson, pero sentía una aversión vaga y categórica hacia su rostro y sus modales, guardó la carta y dijo que no lo sabía, pero que creía haber entendido la mayor parte.

—Tienes suerte —observó Sorenson—. Eres un hombre afortunado. —Su voz contenía apenas un rastro de vitalidad, como si se hubiera acercado a hablar con Lane por aburrimiento o impaciencia, y no por deseo de mantener una conversación con un congénere—. Caramba, hace frío —comentó, sacando del bolsillo un paquete de cigarrillos.

Lane advirtió una marca de lápiz labial, pálida pero bastante evidente, en la solapa del abrigo de pelo de camello de Sorenson. Tenía el aspecto de haber estado allí durante semanas, tal vez meses, pero no conocía a Sorenson lo suficiente como para mencionarlo, ni, por otra parte, le importaba un comino. Además, el tren ya llegaba. Ambos muchachos dieron una especie de medio giro a la izquierda para ponerse de cara a la locomotora que se acercaba. Casi al mismo tiempo se abrió con estrépito la puerta de la sala de espera, y los muchachos que habían disfrutado de su calor empezaron a salir para recibir al tren; en su mayoría, daban la impresión de llevar al menos tres cigarrillos encendidos en cada mano.

El propio Lane encendió un cigarrillo mientras el tren entraba en la estación. Entonces, como muchas personas a quienes, tal vez, sólo debería expedirse un muy condicional billete de andén, intentó borrar de su rostro toda expresión que, con toda sencillez, quizá incluso bellamente, pudiera revelar sus sentimientos hacia la persona que llegaba.

Franny fue una de las primeras muchachas que bajaron del tren, desde un vagón situado en el extremo norte del andén. Lane la localizó inmediatamente, y pese a lo que estuviera tratando de hacer con su rostro, el brazo que se elevó en el aire fue toda la verdad. Franny vio ese brazo, y también a Lane, y agitó la mano en un movimiento extravagante. Llevaba un abrigo de mapache de pelo recortado, y Lane, caminando hacia ella a toda prisa, pero con un gesto de quien avanza con lentitud, se explicó a sí mismo con reprimida excitación que él era el único del andén que realmente *conocía* el abrigo de Franny. Recordó que una vez, después de besar a Franny durante una media hora en un coche prestado, le había besado la solapa del abrigo, como si fuese una extensión orgánica, perfectamente deseable, de su propia persona.

— ¡Lane! —saludó Franny, gozosamente: no era partidaria de borrar la expresión de su rostro. Le echó los brazos al cuello y le besó. Fue un beso de andén, lo bastante espontáneo en el primer impulso, pero algo inhibido después y convertido casi en un golpe de frente—. ¿Has recibido mi carta?

— ¿Qué carta? —inquirió Lane, cogiendo su maleta. Era azul marino con ribetes de piel blanca, como otra media docena de maletas que acababan de ser bajadas del tren.

— ¿No la has recibido? La eché al correo el miércoles. ¡Oh, Dios mío! Yo misma fui a echarla...

—Oh, aquélla. Sí. ¿Este es todo tu equipaje? ¿Qué libro es ése?

Franny miró su mano izquierda. Así un libro pequeño, encuadernado en tela verde pálido.

— ¿Este? Oh, uno cualquiera —contestó.

Abrió el bolso y metió el libro dentro, y siguió a Lane por el largo andén hacia la parada de taxis. Le cogió del brazo y llevó casi toda la conversación, si no toda. Dijo algo, primero, sobre un vestido que tenía en la maleta y debía ser planchado. Se había comprado una plancha pequeña, muy bonita, que parecía para una casa de muñecas, pero había olvidado traerla. Dijo que no creía haber conocido a más de tres chicas en el tren —Martha Ferrar, Tippi Tibbett y Eleanor no sé cuánto, a quien conoció tres años atrás, en su día de internado, en Exeter o un sitio parecido. Todas las demás pasajeras del tren, dijo Franny, tenían un aspecto muy Smith, excepto dos, de tipo absolutamente Vassar y una *absolutamente* Bennington o Sarah Lawrence. La de tipo Bennington-Sarah Lawrence daba la impresión de haber pasado todo el viaje en el retrete, esculpiendo, pintando o algo por el estilo, o de llevar leotardos bajo el vestido. Lane, mientras andaba de prisa, dijo que le parecía lamentable no haber podido alojarla en Croft House —era imposible, naturalmente—, pero le había encontrado este lugar, muy agradable y cómodo. Pequeño, pero limpio y todo lo demás. Le gustaría, añadió, y Franny tuvo de inmediato la visión de una casa de huéspedes de maderas blancas. Tres chicas que no se conocían en una sola habitación. La que llegara antes conseguiría el sofá cama plegable, las otras dos compartirían una cama de matrimonio con un colchón absolutamente fantástico.

---Estupendo —dijo con entusiasmo.

A veces le era difícilísimo ocultar su impaciencia ante la ineptitud general del macho de la especie y la de Lane en particular. Recordó una noche lluviosa en Nueva York, justo después del teatro, cuando Lane, con un sospechoso exceso de caridad callejera, se dejó quitar el taxi por aquel hombre verdaderamente horrible vestido de *smoking*. A ella no le importó demasiado —es decir, *Dios mío*, sería espantoso tener que ser hombre y verse obligado a buscar taxis bajo la lluvia—, pero recordaba la mirada realmente horrible y hostil que Lane le dirigió al volver a la acera. Ahora, sintiendo una extraña culpabilidad al pensar en esto y en otras cosas, dio al brazo de Lane un apretón especial de afecto simulado. Los dos subieron a un taxi. La maleta azul marino de ribetes blancos fue colocada junto al chófer.

—Dejaremos la maleta y lo demás en el sitio donde vas a alojarte, sólo echarlas detrás de la puerta, y entonces nos iremos a almorzar —dijo Lane—. Estoy muerto de hambre. —Se inclinó hacia delante y dio una dirección al chófer.

— ¡Oh, es maravilloso verte! —exclamó Franny mientras el coche arrancaba—. Te he echado mucho de menos.

En cuanto hubo pronunciado las palabras se dio cuenta de que no correspondían en absoluto a la verdad. Sintióse culpable otra vez, tomó la mano de Lane y, enérgica y efusiva, entrelazó sus dedos con los de él.

Alrededor de una hora después, los dos estaban sentados ante una mesa relativamente aislada de un restorán llamado Sickler's, en el barrio comercial, un lugar muy en boga en especial entre el grupo intelectual de estudiantes universitarios. —Más o menos esos mismos estudiantes que de haber acudido a Yale o Harvard hubieran alejado a sus parejas de Mory's o Cronin's con aire demasiado casual. Podía decirse que Sickler's era el único restorán de la ciudad donde los bistecs no eran «así de gruesos» — con el pulgar y el índice puestos a una distancia de dos centímetros y medio. La

especialidad de Sickler's eran los caracoles. Sickler's era el lugar donde un estudiante y su pareja pedían sendas ensaladas o, habitualmente, ninguno de ellos la pedía, debido a su aliño con ajo. Tanto Franny como Lane bebían martini. Diez o quince minutos antes, cuando se los habían servido, Lane probó el suyo, y entonces se apoyó en el respaldo y paseó la mirada por el comedor con un sentimiento casi palpable de bienestar, por encontrarse (sin duda estaba seguro de que nadie lo discutiría) en el lugar apropiado y en compañía de una muchacha impecablemente bonita —una muchacha que no sólo era de una belleza extraordinaria sino que además, y esto era aún mejor, de un modo categórico no pertenecía al tipo de suéter de cashmere y falda de franela. Franny había visto esta pequeña y momentánea revelación, y la tomó por lo que era, ni más ni menos. Pero por un convenio antiguo y permanente con su psique, optó por sentirse culpable de haber comprendido la circunstancia, y se sentenció a sí misma a escuchar la posterior charla de Lane con una expresión especialmente atenta.

Lane hablaba ahora como lo hace una persona que ha monopolizado la conversación durante un buen cuarto de hora y cree que ha alcanzado un punto en que su voz no puede cometer el menor error.

—Quiero decir, hablando crudamente —estaba diciendo—, que podría asegurarse que carece de testicularidad. ¿Sabes a qué me refiero?

Se encorbaba retóricamente hacia delante, hacia Franny, su receptivo auditorio, con los antebrazos apoyados a ambos lados de su martini.

--¿Carece de qué? —preguntó Franny. Tuvo que carraspear antes de hablar; hacía tanto rato que no decía nada.

Lane titubeó.

—Masculinidad —dijo.

—Ya te he oído la primera vez.

--En cualquier caso, éste era el asunto, por decirlo así. Es lo que he intentado resaltar de un modo bastante sutil --dijo Lane, siguiendo muy de cerca el hilo de su propia conversación—. Quiero decir, *Dios mío*, que pensé de verdad que iba a pasar de largo, como un maldito balón de plomo, y cuando lo recuperé con esta maldita «A» encima, en letras de casi dos metros de altura, te juro que casi me desmayé.

Franny volvió a carraspear. Al parecer, había cumplido totalmente su sentencia autoimpuesta de ser una oyente buena y sin trampas. — ¿Por qué? —preguntó. Lane se interrumpió apenas: — ¿Por qué, qué?

— ¿Por qué pensaste que iba a pasar de largo como un balón de plomo?

—Acabo de decírtelo. Te lo he explicado hace un momento. Ese tipo Brughman es un gran estudioso de Flaubert. O por lo menos yo creía que lo era.

—Oh —dijo Franny. Sonrió y bebió un sorbo de martini--. Es maravilloso —añadió, mirando la copa—. Me alegro mucho de que no sea veinte por uno. Los odio cuando son absolutamente todo ginebra.

Lane asintió.

—En cualquier caso, creo que tengo ese maldito papel en mi habitación. Si tenemos una oportunidad durante el fin de semana, te lo leeré.

—Maravilloso. Me encantaría escucharlo.

Lane asintió de nuevo.

—Quiero decir que no dije nada para asombrar al mundo ni nada parecido. — Cambió de posición en la silla—. Pero... no sé, creo que el énfasis que puse en el *por qué* de su neurótica atracción por el *mot juste* no estuvo nada mal. Me refiero a la luz de lo que hoy día sabemos. No sólo el psicoanálisis y toda esa basura, aunque influya hasta un cierto punto. Ya sabes a qué me refiero. No soy partidario de Freud ni nada por el estilo, pero hay ciertas cosas que no se pueden calificar de freudianas con una F

mayúscula y olvidarse de ellas. Quiero decir que hasta cierto punto creo haber estado perfectamente justificado para señalar que ninguno de los muchachos realmente buenos (Tolstoi, Dostoyevski, *Shakespeare*, por el amor de Dios) fue tan maldito componedor de palabras. Se limitaron a *escribir*. ¿Sabes a qué me refiero?

Lane miró a Franny con cierta expectativa. Le parecía que le había escuchado con una atención extra especial.

—¿Te vas a comer la aceituna o no?

Lane echó una breve mirada a su copa de martini, y después volvió a mirar a Franny.

—No —repuso con frialdad—. ¿La quieres?

—Si tú la dejas —dijo Franny.

Sabía por la expresión de Lane que había hecho una pregunta inoportuna. Y lo que era peor, supo de repente que no quería la aceituna y se extrañó de haberla *pedido*. Pero, cuando Lane le alargó su copa de martini, no pudo hacer nada excepto aceptar la aceituna y comerla con aparente deleite. Entonces cogió un cigarrillo del paquete que Lane tenía sobre la mesa, y él se lo encendió y encendió otro para sí mismo.

Tras la interrupción de la aceituna se produjo un corto silencio en la mesa. Cuando Lane lo rompió, fue porque era incapaz de guardarse una frase ingeniosa ni siquiera por un instante.

—Ese tipo Brughman cree que debería publicar el maldito papel en alguna parte —dijo de improviso—. Pero no sé qué hacer. —Entonces, como si de pronto se sintiera exhausto o, más bien, agotado por las exigencias de un mundo ávido del fruto de su intelecto, empezó a darse masaje en un lado de la cara con la palma de la mano, quitándose, con crasitud inconsciente, una legaña de un ojo—. Me refiero a que los ensayos críticos sobre Flaubert y los otros muchachos valen un maldito centavo por docena. —Reflexionó, con aspecto algo taciturno—. De hecho no creo que haya habido trabajos realmente incisivos sobre él en los últimos...

—Estás hablando como un jefe de sección. Sí, exactamente igual.

—¿Cómo dices? —preguntó Lane con calculada calma.

—Estás hablando exactamente como un jefe de sección. Lo siento, pero es verdad. Es la pura verdad.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo habla un jefe de sección, si permites la pregunta?

Franny vio que estaba irritado, y hasta qué punto, pero de momento, con partes iguales de autocensura y malicia, estaba decidida a exponer su opinión.

—Bueno, no sé cómo serán aquí, pero en el lugar de donde yo vengo, un jefe de sección es una persona que se encarga de una clase cuando el profesor está ausente u ocupado con un colapso nervioso o en el dentista o algo sí. Habitualmente es un estudiante graduado o algo parecido. En cualquier caso, si se trata de un curso de literatura rusa, por ejemplo, entra con su pequeña camisa abotonada y su corbata a rayas y empieza a machacar a Turguenev durante una media hora. Entonces, cuando ha terminado, cuando te ha destruido completamente a Turguenev, se pone a hablar de Stendhal o de alguien sobre el cual escribió su tesis para el M.A. (1) Donde yo voy, el Departamento de inglés tiene unos diez pequeños jefes de sección que van de un lado a otro destruyendo cosas para la gente, y son todos tan listos que apenas pueden abrir la boca, y perdona la contradicción. Quiero decir que si te enzarzas en una discusión con ellos, todo lo que hacen es adoptar esta expresión terriblemente *benigna* en sus...

—Hoy tienes un maldito microbio..., ¿lo sabías? ¿Qué diablos te pasa?

(1) Magister Artium = Maestro en Artes.

Franny sacudió rápidamente la ceniza del cigarrillo y puso el cenicero un centímetro más cerca de sí.

—Lo siento, soy odiosa —dijo—. Me he sentido tan *destructiva* esta semana. Es horrible, soy odiosa.

—Tu carta no sonaba tan maldita ni destructiva.

Franny asintió solemnemente. Estaba contemplando una cálida mancha de sol, del tamaño de una ficha de póker, que brillaba sobre el mantel.

—Tuve que esforzarme al escribirla —contestó.

Lane iba a replicar algo, pero el camarero llegó de repente para llevarse las copas vacías.

—¿Quieres otro? —preguntó Lane a Franny.

No obtuvo respuesta. Franny miraba la mancha de sol con una intensidad especial, como si estuviera considerando la idea de echarse sobre ella.

—Franny —dijo Lane en tono paciente, pues el camarero estaba escuchando—. ¿Quieres otro martini o no?

Ella levantó la vista.

—Lo siento. —Vio las copas vacías en la mano del camarero—. No. Sí. No lo sé.

Lane se echó a reír, mirando al camarero.

--¿Sí o no? —dijo.

--Sí por favor. —Parecía más atenta.

El camarero se alejó. Lane le siguió con la mirada hasta verlo salir del comedor, y entonces miró de nuevo a Franny, que se entretenía amontonando la ceniza al borde del cenicero limpio que acababa de traer el camarero y tenía los labios entreabiertos. Lane la contempló un momento con creciente irritación. Lo más probable era que le disgustara y temiera cualquier signo de indiferencia en una muchacha con quien salía en plan serio. En cualquier caso, seguramente le preocupaba la posibilidad de que este microbio de Franny pudiese estropear todo el fin de semana. Se inclinó de pronto hacia delante, poniendo los brazos sobre la mesa, como para aclarar de una vez este asunto, por Dios, pero Franny habló antes que él.

—Hoy estoy muy estúpida —dijo—. Debo estar en baja forma.

Se sorprendió mirando a Lane como si fuera un desconocido, o el anuncio de una marca de linóleo al otro extremo de un vagón del Metro. Sintió una vez más la punzada de culpa y deslealtad, que parecía estar en el orden del día, y reaccionó contra ella alargando el brazo para cubrir la mano de Lane con la suya. Retiró la mano casi inmediatamente y la usó para coger el cigarrillo del cenicero.

—Saldré de este estado dentro de un momento —aseguró—. Te lo prometo de corazón. —Sonrió a Lane, genuinamente en cierto sentido, y en aquel instante una sonrisa como respuesta podría haber mitigado, al menos hasta cierto punto, los acontecimientos posteriores, pero Lane estaba ocupado fingiendo su clase de indiferencia particular, y optó por no devolver la sonrisa. Franny dio chupada al cigarrillo—. Si no fuera tan tarde y todo lo demás —dijo—, y si no hubiera decidido, como una idiota, aspirar a una *distinción*, creo que dejaría el curso de inglés. No lo sé. —Sacudió la ceniza del cigarrillo—Estoy tan harta de pedantes y presumidos demoleadores, que podría echarme a gritar. —Miró a Lane—. Lo siento, esto pasará, te doy mi palabra... Sólo que si tuviera algún valor, este año no hubiese vuelto a la universidad No lo sé. Quiero decir que todo es la más increíble de las farsas.

—Muy brillante. Ha sido realmente brillante.

Franny aceptó el sarcasmo como merecido.

—Lo siento —dijo.

—Para de decir que lo sientes, ¿quieres? Supongo que no se te habrá ocurrido pensar que estás generalizando hasta la exageración. Si todas las personas del Departamento de inglés fueran tan grandes demolidores, sería algo totalmente distinto...

Franny le interrumpió, pero de modo casi inaudible. Estaba mirando por encima del hombro de franela de Lane hacia algún punto vago del extremo del comedor.

—¿Qué? —preguntó Lane.

—He dicho que no lo sé. Tienes razón. Estoy distraída, eso es todo. No me hagas caso.

Pero Lane no podía abandonar una controversia hasta que se hubiera resuelto a su favor.

—Diablos, quiero decir —insistió— que hay personas incompetentes en todas las profesiones. Es una cuestión básica. Olvidemos por un momento a esos malditos jefes de sección. —Miró a Franny—. ¿Me escuchas o no?

—Sí.

—En vuestro maldito Departamento de inglés tenéis a dos de los mejores hombres del país. Manlius. Espósito. Dios mío, me gustaría tenerlos *aquí*. Al menos son poetas, por el amor de Dios.

—No lo son —replicó Franny—. Esto es en parte lo terrible del caso. Quiero decir que no son *verdaderos* poetas. Solo son gente que escribe poemas que se publican e incluyen en antologías por todas partes, pero no son *poetas*. --Se detuvo, con timidez, y apagó el cigarrillo. Parecía que había palidecido durante los últimos minutos. De repente, incluso su lápiz labial dio la impresión de ser un tono o dos más claro, como si se lo hubiera frotado con una hoja de Kleenex—. No hablemos de ello —añadió, casi indiferente, aplastando la colilla en el cenicero—. Estoy extraña, estropearé todo el fin de semana. Quizá haya un escotillón bajo mi silla y me limite a desaparecer.

El camarero se acercó un momento para dejar la segunda copa de martini frente a cada uno de ellos. Lane puso los dedos, que eran esbeltos y largos y casi siempre estaban a la vista, alrededor del pie de su copa.

No estás *estropeando* nada —dijo en voz baja—. Sólo me interesa averiguar a qué diablos te refieres. Quiero decir, ¿es preciso ser un maldito tipo bohemio o estar *muerto*, por el amor de Dios, para ser un *verdadero poeta*? ¿Qué quieres, un bastardo de pelo rizado?

—No. ¿Por qué no olvidamos la cuestión? Te lo ruego. Me encuentro horriblemente mal y empiezo a tener un terrible...

—Me encantaría olvidar todo este tema, me encantaría, te lo aseguro. Pero dime primero qué es un verdadero poeta, si no te importa. Te lo agradecería. De verdad.

Brillaba una débil traza de sudor en la parte alta de la frente de Franny. Podía significar solamente que en la sala hacía demasiado calor, o que tenía el estómago revuelto, o que los martinis eran demasiado fuertes; en cualquier caso, Lane no pareció advertirlo.

—*Ignoro* qué es un verdadero poeta. Me gustaría que lo *dejaras*, Lane. Hablo en serio. Siento algo muy raro y Peculiar y no puedo...

—Está bien, está bien... de acuerdo, Relájate --dijo Lane—. Sólo intentaba...

—Lo único que sé es esto —prosiguió Franny—. Si eres un poeta, haces algo hermoso. Me refiero a que se supone que *dejas* algo hermoso cuando terminas una página o lo que sea. Los que tú mencionas no dejan ni una sola y única cosa hermosa. Todo lo que hacen, tal vez, los que son un poco mejores, es meterse en tu cabeza y dejar algo en ella, pero sólo porque lo *hacen*, sólo porque saben cómo dejar *algo*, no es razón

para que sea un *poema*, ¡no, por Dios! Puede que sea solamente una especie de *excremento* sintáctico terriblemente fascinante, y perdona la expresión. Como lo que hacen Manlius y Espósito y todos esos pobres hombres.

Lane se tomó tiempo para encenderse un cigarrillo antes de hablar. Después replicó:

—Creía que te gustaba Manlius. De hecho, si la memoria no me falla, hace cosa de un mes dijiste que era un *encanto* y que...

—Claro que me gusta. Pero estoy harta de que la gente sólo me guste. Me entusiasmaría conocer a alguien a quien pudiera respetar... ¿Me disculpas un minuto? — Franny se levantó de repente, con el bolso en la mano. Estaba muy pálida.

Lane se puso en pie, empujando su silla hacia atrás, con la boca entreabierta.

—¿Qué te ocurre? —preguntó—. ¿Estás bien? ¿Te pasa algo?

—Volveré dentro de un segundo.

Franny abandonó el comedor sin pedir instrucciones, como si supiera adónde ir, por almuerzos anteriores en Sickler's.

Lane, ahora solo en la mesa, se quedó fumando y sorbiendo su martini en pequeñas dosis para que le durara hasta el regreso de Franny. Estaba muy claro que le había abandonado totalmente el sentimiento de bienestar que experimentara hacía media hora por encontrarse en el lugar apropiado, con la muchacha apropiada o de aspecto apropiado. Echó una mirada al abrigo de mapache de pelo cortado, doblado un poco al sesgo sobre el respaldo de la silla vacía de Franny —el mismo abrigo que le había excitado en la estación, gracias a su singular familiaridad con él—, y ahora lo examinó con un absoluto descontento. Por alguna razón, las arrugas del forro de seda parecían disgustarle. Dejó de mirarlo y empezó a contemplar el pie de su copa de martini, con aspecto preocupado y sintiéndose víctima de una vaga e injusta conspiración. Una cosa era segura. El fin de semana se iniciaba con un principio malditamente peculiar. No obstante, en aquel momento levantó la vista de la mesa y vio a alguien que conocía al otro extremo de la sala: A un condiscípulo, con una muchacha. Lane se enderezó un poco en la silla y cambió su expresión de recelo y descontento total por la de un hombre cuya pareja se ha ido simplemente al lavabo, dejándole, como suelen hacer las parejas, sin nada mejor que hacer que fumar y parecer aburrido, con preferencia atractivamente aburrido.

El lavabo de señoras de Sickler's era casi tan grande como el propio comedor, y, en un cierto sentido, no parecía ser menos cómodo. Nadie lo atendía y al parecer estaba ocupado cuando Franny entró. Se quedó un momento —como si se tratara de un determinado punto de reunión— en el centro del suelo embaldosado, ahora tenía la frente cubierta de sudor, y la boca abierta estaba aún más pálida que en el comedor.

Entonces, de repente y con mucha rapidez se dirige al más alejado y de aspecto más anónimo de los siete ocho cubículos —que, por suerte, no requería una moneda para abrirse—, cerró la puerta tras de sí y, con cierta dificultad, manipuló el cerrojo hasta la posición de cerrado. Sin consideración aparente de la extrañeza del lugar, se sentó. Juntó firmemente las rodillas, como para formar una unidad más pequeña y compacta. Entonces colocó las manos verticalmente sobre sus ojos y apretó con fuerza los talones, como si quisiera paralizar el nervio óptico y ahogar todas las imágenes en una oscuridad abismal. Sus dedos extendidos, pese a que temblaban, o quizá porque temblaban, parecían extrañamente bonitos y graciosos. Mantuvo esta posición tensa y casi fetal durante un momento de expectativa y entonces se derrumbó. Lloró durante cinco minutos seguidos, y sin tratar de reprimir ninguna de las manifestaciones más

ruidosas de la pena y la confusión, con todos los convulsos sonidos guturales que emite un niño histérico cuando el aliento está intentando pasar por una epiglotis parcialmente cerrada. Y sin embargo, cuando al final se detuvo, se detuvo simplemente, sin las dolorosas y agudas inspiraciones que casi siempre siguen a una violenta explosión externa e interna. Cuando se detuvo, fue como si en el interior de su mente hubiera tenido lugar un cambio trascendental de polaridad, cambio que produjo en su cuerpo un efecto inmediato y pacificador. Con la cara húmeda de lágrimas, pero carente de toda expresión, casi vacía, recogió su bolso del suelo, lo abrió y sacó el pequeño libro encuadernado en tela verde pálido. Lo puse sobre su falda —mejor dicho, sobre sus rodillas —y lo miró, lo contempló, como si aquel fuese el mejor de los lugares para un libro pequeño encuadernado en tela verde pálido. Al cabo de un momento levantó el libro hasta su pecho y lo apretó contra sí, con firmeza y muy brevemente. Entonces lo metió de nuevo en el bolso, se levantó y salió del cubículo. Se lavo la cara con agua fría, la secó con una toalla que pendía de un alto toallero, se aplicó lápiz labial, peino sus cabellos y salió del lavabo.

Su aspecto era francamente atractivo mientras cruzaba el comedor en dirección a la mesa, en modo alguno diferente del de una muchacha que se encuentra en el *qui vive* apropiado para un gran fin de semana de universidad. Cuando se acercaba a su silla, de prisa y sonriendo, Lane se levantó con lentitud, y con una servilleta en la mano izquierda.

—Dios mío, lo siento —dijo Franny—. ¿Pensabas que me había muerto?

—No pensaba que te habías *muerto* —replicó Lane, acercándole la silla—.

Ignoraba qué diablos ocurría. —Fue hacia su propia silla—. No disponemos de mucho maldito tiempo, ¿sabes? —se sentó—. ¿Estás bien? Tienes los ojos un poco enrojecidos. —La miró con más atención—. ¿Estás bien o no?

Franny encendió un cigarrillo.

—*Ahora* estoy de maravilla. No me he sentido tan fantásticamente *firme* en toda mi vida. ¿Ya has encargado el menú?

—Te estaba esperando —dijo Lane, todavía mirándola con atención—. ¿Qué te pasaba? ¿El estómago?

—No. Sí y no. No lo sé —repuso Franny. Echó una ojeada al menú que tenía sobre el plato, y lo consultó sin cogerlo—. Sólo quiero un bocadillo de pollo. Y tal vez un vaso de leche... Pero tú pide lo que quieras. Es decir, caracoles, pulpos, todo. En realidad yo no tengo nada de apetito.

Lane la miró y en seguida exhaló una columna de humo, delgada y muy expresiva, sobre su plato.

—Este va a ser un fin de semana realmente seductor —observó—. Un bocadillo de pollo, por amor de Dios.

Franny se incomodó.

—No tengo apetito, Lane... Lo *siento*. ¡Oh! Escucha por favor. Tú pide lo que te apetezca, ¿quieres?, y yo comeré contigo. Pero no puedo conjurar el apetito sólo porque tú lo desees.

—Está bien, está bien.

Lane alargó el cuello y atrajo la atención del camarero. Un momento después había encargado el bocadillo de pollo y el vaso de leche para Franny, y caracoles, ancas de rana y una ensalada para sí mismo. Se miró el reloj de pulsera cuando el camarero se hubo alejado, y dijo:

—A propósito, nos esperan en Tenbridge de una y cuarto a una y media. No más tarde. Le dije a Wally que probablemente pasaríamos a tomar un trago, y quizá después iremos todos al estadio en su coche. ¿Te importa? A ti te gusta Wally.

—Ni siquiera sé quién es.

—Por Dios, le has visto por lo menos veinte veces. Wally Campbell. Qué barbaridad. Si le has visto una vez, ya le conoces...

—Oh, ahora recuerdo... Escucha, no me *odias* porque no pueda acordarme de una persona inmediatamente. En especial cuando se parece a todo el mundo y habla, viste y actúa como todo el mundo. —Franny obligó a su voz a enmudecer. Le sonaba quisquillosa y maligna, y sintió una oleada de odio hacia sí misma que, de un modo literal, provocó de nuevo la aparición de gotas de sudor en su frente. Pero su voz continuó, a pesar de ella misma—: No quiero decir que haya nada horrible en él o algo por el estilo. Es sólo que durante cuatro macizos años no he dejado de ver Wallys Campbell dondequiera que haya estado. Adivino cuándo van a ser *encantadores*. Adivino cuándo van a empezar a contarme algún chisme realmente odioso sobre una chica que duerme en mi habitación. Adivino cuándo van preguntarme qué he hecho durante el verano, y adivino cuándo van a acercarse una silla y sentarse en ella cara al respaldo y empezar a fanfarronear en una terriblemente, terriblemente baja, o a mencionar *nombres* en una voz terriblemente baja y *casual*. Hay una ley no escrita según la cual la gente de cierta posición social o financiera puede mencionar nombres hasta la saciedad siempre que digan algo terriblemente difamatorio sobre la persona tan pronto como han pronunciado su nombre: que es un bastardo o una ninfómana o un drogadicto, o *algo* horrible. —Se interrumpió otra vez. Guardó silencio durante un momento, haciendo girar el cenicero entre los dedos y con el cuidado de no levantar la vista y ver la expresión de Lane—. Lo siento —dijo—. No se trata sólo de Wally Campbell. Solamente lo he elegido porque tú lo has mencionado. Y porque se parece mucho a alguien que pasó el verano en Italia u otro lugar.

—Para tu información, estuvo en Francia el verano pasado —manifestó Lane—. Sé lo que quieres decir —añadió rápidamente—, pero estás siendo muy in...

—Está bien —dijo Franny, cansada—. Francia. —Saco un cigarrillo del paquete que había sobre la mesa—. No es sólo Wally. Por Dios, podría ser una chica. Quiero decir que si él fuera una chica, una compañera de cuarto, por ejemplo, habría estado pintando paisajes en una compañía teatral todo el verano. O recorrido Gales en bicicleta. O alquilado un apartamento en Nueva York y trabajado para una revista o una agencia de publicidad. Me a que es todo el mundo. Todo lo que hace la gente es tan... no sé... no erróneo, ni siquiera malo, ni estúpido necesariamente. Pero sí tan pequeño y sin sentido y... que inspira tristeza. Y lo peor es que si se vuelve bohemio o algo chiflado, está siendo conformista como todos los demás, sólo que de un modo diferente. --Calló Sacudió brevemente la cabeza, con el rostro muy blanco, y durante una fracción de segundo se pasó la mano por la frente, menos, al parecer, para descubrir si estaba sudando, que para averiguar, como si fuera su propia madre, si tenía fiebre—. Me siento tan extraña —dijo—Creo que me estoy volviendo loca. Tal vez ya lo estoy.

Lane la miraba con auténtica preocupación: más preocupación que curiosidad.

—Estás pálida, realmente pálida, ¿Lo sabes? —observó.

Franny meneó la cabeza.

—Estoy bien. Estaré bien dentro de un minuto. —Levantó la vista cuando el camarero llegó con lo que habían encargado—. Oh, tus caracoles tienen un aspecto excelente. —Se llevó el cigarrillo a los labios, pero se había apagado—. ¿Qué has hecho con las cerillas? —preguntó.

Lane le encendió el cigarrillo cuando el camarero se hubo ido.

—Fumas demasiado —dijo. Cogió el pequeño tenedor que estaba junto al plato de caracoles, pero volvió a mirar a Franny antes de utilizarlo—. Estoy preocupado por ti. Lo digo en serio. ¿Qué diablos te ha ocurrido durante este par de semanas?

Franny le miró, y simultáneamente se encogió de hombros y meneó la cabeza.
—Nada. Absolutamente nada —dijo—. Come. Cómete los caracoles. Son horribles cuando se enfrían.

—Tú eres la que ha de comer.

Franny asintió y echó una mirada a su bocadillo de pollo. Sintió una ligera náusea y desvió inmediatamente la vista y dio una chupada al cigarrillo.

--¿Cómo va la obra? —preguntó Lane, atento a sus caracoles

--No lo sé. Ya no intervengo. Lo dejé.

--¿Lo dejaste? —Lane la miró—. Pensé que te entusiasmaba el papel. ¿Qué ocurrió? ¿Lo dieron a otra?

--No, no fue eso. Era sólo mío. Es desagradable, muy desagradable.

--¿Bueno, ¿qué pasó? No habrás dejado todo el curso, ¿verdad?

Franny asintió y tomó un sorbo de leche.

Lane, después de masticar y tragar, preguntó:

--¿Por qué, si puede saberse? Yo creía que el maldito teatro era tu pasión. Se trataba de lo único sobre lo cual te he oído...

--Lo dejé, eso es todo —dijo Franny—. Empezó a molestarme y a hacerme sentir una pequeña y repugnante egomaníaca. —Reflexionó—. No lo sé, en primer lugar, parecía de tan mal gusto querer actuar. Me refiero a todo aquel *ego*. Y solía odiarme a mí misma cuando participaba en una obra y volvía entre bastidores cuando ésta terminaba. Todos aquellos egos corriendo de un lado a otro sintiéndose terriblemente *caritativos* y *afectuosos*. Todo mundo besándose y dejando maquillaje por todas partes, y luego tratando de ser horriblemente natural y cuando tus amigos iban a verte entre bastidores. Me odiaba a mí misma... Y lo peor era que casi siempre me avergonzaba estar en las obras en que actuaba. Especialmente en las giras de verano. —Miró a Lane—. Y tenía buenos papeles, así que no me mires de ese modo. No era eso. Era que no me hubiese avergonzado si alguien a quien respetaba, mis hermanos, por ejemplo, me hubiera oído declamar algunas de las *frases* que debía decir. Solía escribir a ciertas personas para decirles que no vinieran. —Volvió a reflexionar—. Excepto Pegeen en el verano pasado. Quiero decir que el papel podría haber sido muy bueno, pero el estúpido que hacía de *playboy* estropeó toda la diversión. Era tan lírico... ¡Dios mío, qué lírico!

Lane había terminado los caracoles. Se quedó deliberadamente sin expresión.

—Obtuvo críticas excelentes —observó—. Tú me mandaste los recortes, ¿te acuerdas?

Franny suspiró.

—Muy bien, de acuerdo, Lane.

—No, me refiero a que has estado hablando durante media hora como si fueras la única persona del mundo dotada de algún maldito sentido, de alguna capacidad crítica. Quiero decir que si varios de los mejores críticos opinaron que este hombre estuvo magnífico en la obra, tal vez era verdad y tú estás equivocada. ¿Se te ha ocurrido pensarlo? Debes saber que no has llegado exactamente a la madura y venerable...

—Estuvo magnífico para alguien que sólo tiene talento. Si quieres representar bien al *playboy*, tienes que ser un genio. Tienes que *serlo*, eso es todo... No puedo evitarlo —dijo Franny. Arqueó un poco la espalda, y, con los labios entreabiertos, se puso la mano sobre la coronilla—. Me siento tan extraña y aturdida. No sé qué me pasa.

— ¿Crees que *tú* eres un genio?

Franny bajó la mano de la cabeza.

—Oh, Lane, por favor. No me hagas eso.

—Yo no hago nada...

—Todo cuanto sé es que me estoy volviendo loca —declaró Franny—. Estoy harta de tanto ego, ego, ego. Del mío y del de todo el mundo. Estoy harta de que todo el mundo quiera *llegar* a alguna parte, hacer algo diferente, ser alguien interesante. Es repulsivo... lo es, *lo es*. No me importa lo que digan los demás.

Lane arqueó las cejas al oír esto, y se apoyó en el respaldo para ser más convincente.

—¿Estás segura de que no te asusta competir? —Preguntó con estudiada calma—. No entiendo mucho de eso, pero apostaría a que un buen psicoanalista, me refiero a uno realmente competente, tomaría esa afirmación...

—No me asusta competir. Es exactamente lo contrario. ¿No lo ves? Tengo miedo de que tendré que competir... y eso es lo que me horroriza. Por eso dejé el Departamento de teatro. El hecho de que me condicione tan horriblemente aceptar los valores ajenos y de que me guste el aplauso y que la gente se entusiasme conmigo no lo justifica. Me avergüenzo de ello. Me da náuseas. Me da náuseas no tener el valor de ser una absoluta nulidad. Tengo asco de mí misma y de todos cuantos desean causar alguna especie de sensación. —Hizo una pausa, y de pronto tomó el vaso de leche y se lo llevó a los labios—. Lo sabía —dijo, posando el vaso—, esto es algo nuevo. Los dientes me hacen algo raro. Me rechinan. Casi mordí un vaso hace dos días. Quizá estoy loca de remate y no me he dado cuenta. —El camarero se había acercado para servir a Lane las ancas de rana y la ensalada, y Franny levantó la vista hacia él. El, por su parte, miró el bocadillo de pollo todavía intacto. Preguntó si tal vez la señorita deseaba comer otra cosa. Franny le dio las gracias y dijo que no—. Es que como muy despacio —explicó.

El camarero, que ya no era joven, pareció mirar por un instante su palidez y su frente sudorosa, y en seguida se inclinó y se fue.

—¿Quieres usar esto un momento? —preguntó Lane de pronto, alargando un pañuelo blanco, doblado. Su voz sonaba comprensiva y bondadosa, pese a un perverso intento de hacerla sonar indiferente.

—¿Por qué? ¿Lo necesito?

—Estás sudando. No sudando, pero tienes la frente un poco sudorosa.

—¿De verdad? ¡Qué horrible! Lo siento... —Franny levantó su bolso hasta el nivel de la mesa, lo abrió y empezó a hurgar en su interior—. Tengo un Kleenex en alguna parte.

—Usa mi pañuelo, por el amor de Dios. ¿Qué diferencia hay?

—*No...* me encanta tu pañuelo y no quiero ensuciarlo de sudor —dijo Franny. Llevaba el bolso muy lleno. Para ver mejor, empezó a sacar unas cuantas cosas y dejarlas sobre el mantel, justo a la izquierda del bocadillo intacto—. Aquí está —anunció. Usó el espejo de la polvera y se secó rápida y ligeramente la frente con una hoja de Kleenex—. Dios mío. Parezco un fantasma. ¿Cómo puedes soportarme?

—¿Qué libro es ése? —preguntó Lane.

Franny saltó, literalmente. Miró hacia el desordenado montón de objetos extraídos del bolso, que estaban sobre el mantel.

—¿Qué libro? —inquirió—. ¿Te refieres a éste? —Tomó el pequeño libro encuadernado en tela y volvió a meterlo en el bolso—. Algo que compré para hojear en el tren.

—Déjame verlo. ¿Qué es?

Franny no pareció oírle. Abrió de nuevo la polvera y se miró rápidamente al espejo.

—Dios mío —dijo. Entonces lo metió todo en el bolso: polvera, billetero, factura de la lavandería, cepillo de dientes, un tubo de aspirinas y un lápiz labial con funda dorada—. No sé por qué sigo paseando este estúpido lápiz de oro —comentó—. Me lo regaló un chico muy cursi por mi cumpleaños, cuando yo estaba en segundo. Él lo consideraba un regalo muy inspirado y bonito, y no dejó de mirarme a la cara mientras yo abría el paquete. Siempre trato de deshacerme de él, pero no puedo hacerlo. Me iré con él a la tumba. —Reflexionó—. El chico no dejaba de sonreír y decirme que siempre tendría buena suerte si lo llevaba constantemente conmigo.

Lane había empezado a comer las ancas de rana.

—Pero ¿qué es este libro? ¿O se trata de un maldito secreto? —preguntó.

— ¿Este libro pequeño que llevo en el bolso? —dijo Franny. Le miró partir un par de ancas de rana. Entonces sacó un cigarrillo del paquete que había sobre la mesa y se lo encendió—. Oh, no sé. Es algo llamado *El camino de un peregrino*. —Observó comer a Lane durante un momento—. Lo saqué de la biblioteca. El hombre que enseña Estudio de la religión, la asignatura a que me he apuntado este curso, lo mencionó. — Dio una chupada al cigarrillo—. Lo tengo hace semanas, y siempre me olvido de devolverlo.

— ¿Quién lo ha escrito?

—No lo sé —repuso Franny en tono casual—. Un campesino ruso, al parecer. — Continuó mirando comer a Lane—. No menciona su nombre. No sabes cómo se llama durante toda la duración de la historia. Sólo dice que es un campesino, que tiene treinta y tres años y un brazo inservible. Y que su esposa está muerta. Todo pasa en el siglo diecinueve.

Lane acababa de desviar su atención de las ancas de rana a la ensalada.

— ¿Es bueno? —preguntó—. ¿De qué trata?

—Lo ignoro. Es peculiar. Quiero decir que es primordialmente un libro religioso. Supongo que podría decirse que es terriblemente fanático, pero en cierto modo no lo es. Me refiero a que empieza con que este campesino, el peregrino, quiere averiguar qué significa la frase de la Biblia que dice que debemos orar incesantemente. Ya sabes, sin parar. La frase es de la Epístola a los tesalonicenses o de otro lugar parecido. Así que empieza a andar por toda Rusia, buscando a alguien que pueda decirle *cómo* orar incesantemente. Y qué hay que decir cuando se logra. —Franny parecía muy interesada en el modo en que Lane desmembraba las ancas de rana. Sus ojos permanecían fijos en el plato mientras hablaba—. Todo lo que lleva es una mochila llena de pan y sal. Entonces conoce a esta persona, un *staretz*, una especie de persona religiosa terriblemente avanzada, y el *staretz* le habla de un libro titulado *Philokalía*, escrito al parecer por un grupo de monjes terriblemente avanzados que abogaban por este increíble método de oración.

— ¡Quietas! —dijo Lane a un par de ancas de rana.

—Sea como sea, el peregrino aprende a rezar del modo como estas personas tan místicas dicen que debe hacerse; quiero decir que se dedica a ello hasta que ha adquirido la perfección. Entonces continúa caminando por toda Rusia, conociendo a toda clase de personas absolutamente maravillosas y diciéndoles cómo orar por este increíble método. Y esto es en realidad todo el libro.

—Detesto mencionarlo, pero voy a oler a ajo —observó Lane.

—En uno de sus viajes conoce a un matrimonio al que amo más que a cualquier personaje sobre el que haya leído en mi vida—dijo Franny—. Está caminando por un sendero del campo, con su mochila a la espalda, cuando dos niños muy pequeños echan a correr tras él, gritando: « ¡Querido mendigo! ¡Querido mendigo! Has de venir a casa a ver a mamá. Le gustan los mendigos.» Así que va a casa de los niños, y esta persona

realmente encantadora, la madre de los niños, sale de la casa con gran apresuramiento e insiste en ayudarle a quitarse las botas viejas y sucias y en darle una taza de té. Entonces el padre llega a la casa, y al parecer a él también le gustan los mendigos y peregrinos, y se sientan a cenar todos juntos. Y mientras están cenando, el peregrino quiere saber quiénes son todas las señoras que se sientan a la mesa, y el marido le dice que todas son sirvientas, pero que siempre comen con él y su esposa porque son sus hermanas en Cristo. —De pronto Franny se enderezó algo en su asiento, tímidamente—. Quiero decir que me encantó que el peregrino quisiera saber quién eran todas las mujeres. —Miró a Lane untar de mantequilla un pedazo de pan—. En cualquier caso, después de la cena el peregrino pernocta en la casa, y él y el marido se quedan hasta tarde hablando de este método de orar sin interrupción. El peregrino le dice cómo se hace. Por la mañana se marcha y emprende nuevas aventuras. Conoce a toda clase de personas, quiero decir que esto es todo el libro, en realidad, y a todas les enseña a rezar de esta manera especial.

Lane asintió, metiendo el tenedor de la ensalada.

—Espero que tengamos tiempo sobrante este fin de semana para que puedas echar una ojeada a ese maldito papel de que te hablé —dijo—. No sé, a lo mejor no hago nada con él; quiero decir publicarlo o lo que sea, pero me gustaría que le dieras un vistazo mientras estás aquí.

—Me encantará —repuso Franny. Le miró untar de mantequilla otra rebanada de pan—. Quizá te gustase este libro —añadió de repente—. Me refiero a que es tan sencillo.

—Suenas interesante. No quieres tu mantequilla, ¿verdad?

—No, tómala. No puedo prestártelo, porque hace tiempo que caducó el plazo, pero es probable que lo encuentres en la biblioteca de aquí. Estoy segura de ello.

—No has tocado tu maldito bocadillo —dijo de pronto Lane—. ¿Lo sabes?

Franny miró su plato como si acabaran de ponerlo delante de ella.

—Lo comeré en seguida —contestó. Guardó silencio un momento, con el cigarrillo en la mano izquierda, pero sin fumarlo, y con la mano derecha apretando tensamente la base del vaso de leche—. ¿Quieres oír cuál era el método especial de orar que le enseñó el *staretz*? —preguntó—. Es muy interesante, en cierto modo.

Lane cortaba su último par de ancas de rana. Asintió.

—Claro —dijo—, claro.

—Bueno, como ya te he dicho, el peregrino, este sencillo campesino, inició su peregrinaje para descubrir el significado de la frase de la Biblia que dice que hay que orar sin interrupción. Y entonces encontró a este *staretz*, esta persona religiosa muy avanzada que he mencionado, y que había estudiado la *Philokalia* durante muchísimos años. —Franny se detuvo de pronto para reflexionar, ordenar sus ideas—. Pues bien, el *staretz* le habla primero de todo del Padrenuestro. «Jesucristo Nuestro Señor, ten piedad de mí.» Quiero decir que se reduce a esto. Y le explica que éstas son las mejores palabras para rezar. Especialmente la palabra «piedad», porque es una palabra tan inmensa y puede significar tantas cosas. Me refiero a que no tiene que significar solamente *piedad*. —Franny hizo otra pausa para reflexionar. Ya no miraba el plato de Lane, sino por encima de su hombro—. El caso es que el *staretz* —prosiguió— dice al peregrino que si se repite esta plegaria una y otra vez, al principio sólo tienes que decirla con los *labios*, lo que ocurre eventualmente es que la plegaria adquiere actividad propia. Algo *ocurre* al cabo de un tiempo. No sé qué, pero ocurre algo, y las palabras se sincronizan con los latidos del corazón y entonces uno está de verdad rezando sin cesar. Lo cual produce un efecto místico enorme por cierto en la propia actitud. Quiero decir que esto es todo el *objeto* de la cuestión, más o menos. Me refiero a que lo haces para

purificar todos tus puntos de vista y conseguir un concepto absolutamente nuevo de todas las cosas y su significado.

Lane había acabado de comer. Ahora, mientras Franny hacía otra pausa, se apoyó en el respaldo, encendió un cigarrillo y contempló su rostro. Ella seguía mirando abstraída por encima del hombro de él, y apenas parecía consciente de su presencia.

—Pero el caso, lo maravilloso del caso es que cuando has empezado a hacerlo, ni siquiera necesitas tener fe en lo que haces. Quiero decir que aunque te sientas terriblemente turbado por todo este asunto, no existe el menor problema, es decir, no estás *insultando* a nadie ni a nada. En otras palabras, nadie te pide que creas nada cuando empiezas. Ni siquiera tienes que pensar en lo que dices, según el *staretz*. Todo cuanto necesitas al principio es cantidad. Entonces, más adelante, se convierte por sí misma en calidad. Gracias a su propio poder, o algo así. Dice que cualquier nombre de Dios, cualquiera de ellos, tiene este peculiar poder de actividad propia, y que empieza a funcionar en cuanto lo has conjurado.

Lane estaba en una postura algo indolente, fumando, y con la vista fija en el rostro de Franny. Aún estaba pálida, pero su palidez había sido mayor en otros momentos desde que ambos se encontraban en Sickler's.

—De hecho, todo esto tiene muchísimo sentido —continuó Franny—, porque en las sectas Nembutsu del budismo, la gente repite «*Namu Amida Butsu*» una y otra vez, que significa «Buda sea alabado» o algo así, y ocurre *lo mismo*. Exactamente lo mismo...

—Calma. Tómalo con calma —interrumpió Lane—. En primer lugar, estás a punto de quemarte los dedos.

Franny echó una mínima ojeada a su mano izquierda, y dejó caer en el cenicero la colilla aún ardiente de su cigarrillo.

—También ocurre lo mismo en «*La nube de los Incipientes*», sólo con la palabra «Dios». Quiero decir que te limitas a repetir la palabra «Dios» —miró a Lane más directamente de como lo había hecho durante varios minutos—. Lo esencial es, en cierto modo, si has oído en toda tu vida algo más fascinante. Me refiero a que es tan difícil decir que se trata sólo de una coincidencia y luego olvidarlo; esto es lo que me parece tan fascinante. Al menos, tan terriblemente... —Se interrumpió. Lane cambiaba de posición en la silla y había una expresión en su rostro (una cuestión de cejas arqueadas, principalmente) que ella conocía muy bien—. ¿Qué pasa? —le preguntó.

—¿Crees de verdad en estas tonterías, o qué?

Franny tomó el paquete de cigarrillos y sacó uno.

—No he dicho si lo creo o no —repuso, buscando el sobre de cerillas sobre la mesa—. He dicho que era fascinante. —Aceptó fuego de Lane—. Creo que es una coincidencia terriblemente peculiar —dijo, exhalando el humo— que te encuentres una y otra vez con esta clase de consejo, me refiero a todas esas personas religiosas realmente avanzadas y absolutamente auténticas que no dejan de decirte que si repites sin cesar el nombre de Dios, *ocurre* algo. Incluso en la India. En la India te dicen que medites sobre el *Om*, cuyo significado es el mismo, en realidad, y produce exactamente el mismo resultado. De modo que no puedes limitarte a buscar una explicación racional y ni siquiera...

—¿Cuál es el resultado? —preguntó sucintamente Lane.

--- ¿Qué?

—¿Cuál es el resultado que se espera? Todo este galimatías de la sincronización y conjuros absurdos. ¿Acabas con un ataque cardíaco? No sé si lo sabes, pero podrías hacerte a ti misma, alguien podría hacerse a sí mismo muchísimo...

—Llegas a ver a Dios. Ocurre algo en una parte del corazón que es absolutamente no física, donde, según los hindúes, reside el *atman*, por si alguna vez has estudiado Religión, y llegas a ver a Dios, eso es todo. —Sacudió la ceniza del cigarrillo con timidez, sin acertar el cenicero. Recogió la ceniza con los dedos y la soltó en él—. Y no me preguntes quién o qué es Dios. Me refiero a que ni siquiera sé si existe. Cuando era pequeña solía pensar... —Se detuvo. El camarero había vuelto para llevarse los platos y redistribuir los menús.

—¿Quieres algún postre, o café? —preguntó Lane.

—Creo que sólo me terminaré la leche. Pero pide tú algo —repuso Franny. El camarero acababa de recoger el bocadillo de pollo intacto. No se atrevió a mirarle.

Lane consultó su reloj de pulsera.

—Dios mío, no tenemos tiempo. Tendremos suerte si no llegamos tarde al *partido*. —Miró al camarero—. Sólo café para mí, por favor. —Esperó a que el camarero se alejase, y entonces se inclinó hacia delante, con los brazos sobre la mesa, completamente relajado, con el estómago lleno y el café a punto de llegar, y dijo—: Bueno, es interesante, de todos modos. Todas esas tonterías... creo que no dejas ningún margen para la *psicología* más elemental. Quiero decir que todas esas experiencias religiosas tienen un trasfondo psicológico muy evidente. ¿Sabes a qué me refiero?... Pero es interesante, no se puede negar. —Miró a Franny y le sonrió—. De todos modos, sólo por si he olvidado mencionarlo, te quiero. ¿Lo he mencionado alguna vez?

—Lane, ¿me disculparás otra vez un segundo? —dijo Franny. Ya se había levantado antes de terminar la pregunta.

Lane se puso en pie, lentamente, mirándola.

—¿Estás bien? —interrogó—. ¿Vuelves a sentir mareo o qué?

—Sólo estoy rara. Vuelvo en seguida.

Caminó con rapidez a través del comedor, en la misma dirección que antes. Pero se detuvo de repente ante el pequeño bar del extremo opuesto de la sala. El *barman*, que estaba secando una copa de jerez, la miró. Ella puso la mano derecha en la barra, entonces bajó la cabeza —la inclinó— y se llevó la mano izquierda a la frente, sólo tocándola con las yemas de los dedos. Se tambaleó un poco, y luego cayó al suelo, desmayada.

Pasaron casi cinco minutos antes de que Franny volviera del todo en sí. Yacía sobre un canapé en el despacho del gerente, y Lane estaba sentado junto a ella. Su rostro, inclinado sobre el de Franny, tenía ahora una notable palidez propia.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó con una voz de sala de hospital—. ¿Estás mejor?

Franny asintió. Cerró los ojos un segundo, a causa de la luz del techo, y en seguida volvió a abrirlos.

—¿Tengo que decir «¿Dónde estoy?» —preguntó—. ¿Dónde estoy?

Lane se rió.

—Estás en el despacho del gerente. Todos corren de un lado a otro buscando amoníaco y médicos y lo que sea para que recobres el conocimiento. Al parecer se han quedado sin amoníaco. ¿Cómo te encuentras? En serio.

—Bien. *Estúpida*, pero bien. ¿Me he *desmayado* de verdad?

— ¡Y cómo! Te has caído redonda —dijo Lane, tomándole la mano—. ¿Qué crees que ha pasado? Quiero decir que parecías tan... ya sabes... tan perfecta cuando hablamos por teléfono la semana pasada. ¿No habías desayunado o qué?

Franny se encogió de hombros. Paseó la mirada por la habitación.

—Es tan vergonzoso —comentó—. ¿Me ha traído alguien en *brazos* hasta aquí?

—El *barman* y yo. Puede decirse que te acarreamos. Me has dado un susto descomunal, y no bromeo.

Franny miró hacia el techo, pensativamente y sin pestañear, con la mano en la de él. Entonces se ladeó y, con la mano izquierda, hizo un gesto como para subir el puño de la manga de Lane.

— ¿Qué hora es? —preguntó.

—No te preocupes por eso —repuso Lane—. No tenemos ninguna prisa.

—Querías acudir a aquella reunión.

—Al diablo con ella.

— ¿También es demasiado tarde para el partido? —inquirió Franny.

—Escucha, te he dicho que al diablo con todo eso. Tú vas a volver a tu habitación de... como se llame, Postigos Azules, y descansar un poco. Esto es lo único importante —dijo Lane. Se sentó un poco más cerca de ella, se inclinó y la besó brevemente. Se volvió a mirar hacia la puerta y después miró de nuevo a Franny—. Esta tarde vas a *descansar*. Es todo lo que vas a hacer. —Le acarició un momento el brazo—. . Entonces, quizá al cabo de un rato, después de que hayas descansado bien, me las arreglaré para subir al piso de arriba. Creo que hay una maldita escalera en la parte de atrás. Lo averiguaré.

Franny no dijo nada. Estaba mirando el techo.

— ¿Sabes cuánto tiempo hace? —Preguntó Lane—. ¿Cuándo fue aquella noche del viernes? Por lo menos a principios del mes pasado, ¿verdad? —Meneó la cabeza—. No está nada bien. Demasiado maldito tiempo entre dos tragos. Para decirlo crudamente. —Miró a Franny con más atención—. ¿De verdad te sientes mejor?

Ella asintió, volviendo la cabeza hacia él.

—Tengo una sed terrible, eso es todo. ¿Crees que puedo pedir un poco de agua? ¿Sería demasiada molestia?

— ¡Claro que no! ¿Estarás bien si te dejo sola un segundo? ¿Sabes lo que creo que haré?

Franny negó con la cabeza a la segunda pregunta.

—Haré que alguien te traiga un vaso de agua. Entonces buscaré al *maitre* y le diré que ya no hace falta el amoníaco y, a propósito, pagaré la cuenta. Después pararé un taxi para no tener que buscarlo contigo. Puede que tarde unos minutos, pues casi todos estarán llenos de gente que acudirá al partido. —Soltó la mano de Franny y se levantó—. ¿De acuerdo?

—Sí, muy bien.

—Estupendo. En seguida vuelvo. No te muevas. —Salió de la habitación.

Una vez sola, Franny se quedó muy quieta, con la vista fija en el techo. Sus labios empezaron a moverse, formando palabras sin sonido, y continuaron moviéndose.

ZOOEY

Los hechos que narraré hablan probablemente por sí mismos, pero sospecho que con algo más de vulgaridad que la habitual. Así pues, para equilibrar las cosas, empezaremos con ese *odium* excitante y siempre fresco: la introducción formal del autor. La que tengo en mente no sólo va, en seriedad y verborrea, mucho más allá de mis locas esperanzas, sino que es, además, extremadamente personal. Si tengo la suerte adecuada y me sale bien, su efecto podría compararse a una ronda obligatoria por la sala de máquinas, conmigo como guía, dirigiendo la visita en un viejo bañador Jantzen de una sola pieza.

Para ir directamente a lo peor, lo que voy a ofrecer no es en realidad una narración corta sino una especie de película doméstica en prosa, y los que han visto su longitud me han aconsejado encarecidamente que no elabore para ella cualquier plan complicado de distribución. Es mi privilegio y quebradero de cabeza divulgar que el grupo disidente consiste en los tres propios protagonistas, dos hembras y un varón. Empezaremos por la primera dama, la cual, me imagino, preferiría que la describiera brevemente como un tipo lánguido y sofisticado. Esta dama presiente que las cosas no habrían salido del todo mal si yo me hubiese limitado a hacer una escena de quince o veinte minutos en la que ella se sonara varias veces e infiero que la hubiese cortado. Dice que es desagradable ver a alguien sonándose una y otra vez. La otra dama del conjunto, una actriz esbelta y coqueta, desaprueba que la haya fotografiado, por así decirlo, con su bata vieja. Ninguna de estas dos bellas (como han insinuado que les gustaría llamarse) se opone con demasiada estridencia a mis fines abusivos. Por una razón terriblemente sencilla, en realidad, aunque para mí resulte algo vergonzosa. Saben por experiencia que me echo a llorar a la primera palabra dura o reprobatoria. Pero es el primer actor quien me ha dirigido la súplica más elocuente para que abandone la producción. Siente que el argumento raya en el misticismo, o la mistificación religiosa... en cualquier caso, expone con mucha claridad su preocupación de que un elemento trascendente de mala calidad y excesivamente obvio no hará más que precipitar, adelantar, el día y la hora de mi fracaso profesional. La gente ya está meneando la cabeza a mi alrededor, y cualquier uso inmediatamente posterior por mi parte de la palabra «Dios», excepto como una imprecación americana, sana y familiar, será tomado —o mejor, confirmado— como la peor especie de jactancia y un signo seguro de que

voy en línea recta hacia mi perdición. Lo cual, por supuesto, es algo que obliga á hacer una pausa a cualquier hombre de corazón pusilánime y, en especial, si es escritor. Pero sólo una pausa. Porque una objeción, por muy elocuente que sea, sólo sirve si es aplicable. El hecho es que he estado produciendo películas domésticas en prosa, con alguna intermitencia, desde que tenía quince años. En un punto de *El gran Gatsby* (que fue mi *Tom Sawyer* cuando tenía doce años), el joven narrador observa que todo el mundo cree tener al menos una de las virtudes cardinales, y declara, bendito sea su corazón, que a su juicio la suya es la honestidad. La *mía*, creo yo, es conocer la diferencia entre una historia mística y una historia de amor. Declaro que mi oferta actual no es una historia mística, ni una historia religiosa y oscura. *Digo* que es una historia de amor compuesta o múltiple, pura y complicada.

La trama argumental, para terminar, es en gran parte el resultado de un esfuerzo de colaboración bastante profano. Casi todos los hechos que siguen (con *calma* y lentitud) me fueron suministrados originalmente en entregas con odiosos intervalos por los tres propios personajes. Debo añadir que ninguno de los tres demostró tener el menor talento para la brevedad del detalle o la comprensión del incidente. Defecto, me temo, que se reflejará en esta versión, o filmación, final. No puedo disculparlo, por desgracia, pero insisto en una tentativa de explicarlo. Los cuatro somos parientes cercanos, y hablamos una especie de lenguaje familiar esotérico, una forma de geometría semántica en la cual la distancia más corta entre dos puntos es un espacioso círculo.

Una última palabra de advertencia: el apellido de nuestra familia es Glass. Dentro de un momento se verá al hijo menor de los Glass leyendo una carta excesivamente larga (que será reproducida aquí en toda su extensión, puedo prometerlo con seguridad), escrita por el mayor de sus hermanos vivos, Buddy Glass. Me dicen que el estilo de la carta contiene un parecido mucho más que casual con el estilo, o amaneramientos de escritura de este narrador, y el lector en general llegará a la temeraria conclusión de que el autor de la carta y yo somos la misma persona. Será temerario, y me temo que debe serlo. Sin embargo, de ahora en adelante dejaremos a este Buddy Glass en la tercera persona. Yo, al menos, no veo una buena razón para sacarle de ella.

A las diez y media de la mañana de un lunes, en noviembre de 1955, Zooney Glass, un joven de veinticinco años, se encontraba sentado en una bañera muy llena leyendo una carta fechada hacía cuatro años. Era una carta de aspecto casi interminable, escrita a máquina en varias hojas de fino papel amarillo, y le resultaba algo difícil mantenerla apoyada contra las dos islas secas de sus rodillas. A su derecha, un cigarrillo algo húmedo se balanceaba sobre el borde de la jabonera de esmalte, empotrada, y era evidente que estaba bien encendido, ya que de vez en cuando daba una o dos chupadas sin tener que desviar del todo la vista de la carta. La ceniza caía invariablemente en el agua de la bañera, ya fuera directamente o por sobre una de las páginas de la carta. El parecía ignorante de la suciedad del proceso. Sin embargo, parecía ser consciente, aunque de un modo somero, de que el calor del agua empezaba a producirle un efecto deshidratante. A medida que leía —o releía—, utilizaba más a menudo y con gesto más ausente el dorso de la muñeca para secarse la frente y el labio superior.

Aseguremos sin tardanza que en Zooney nos encontramos ante un tipo complejo, solapado y polifacético, y que sería preciso incluir aquí mismo al menos dos párrafos documentales. Para empezar, era un muchacho más bien bajo y de extremada esbeltez

de cuerpo. Visto desde atrás —en especial desde donde sus vértebras eran visibles— podría haber pasado por uno de esos niños metropolitanos que se envían cada verano a campamentos subvencionados para que engorden y tomen el sol. De cerca, ya sea de cara o de perfil, era extremadamente guapo, incluso de un modo espectacular. Su hermana mayor (que con modestia prefiere ser identificada aquí como un ama de casa de Tuckahoe) me ha pedido que le describa como «el mohicano judeo-irlandés de ojos azules que murió en tus brazos ante la mesa de ruleta de Montecarlo». Un aspecto menos general y sin duda menos parroquial era que su rostro se había salvado por los pelos de una belleza excesiva, por no decir de un excesivo esplendor, gracias a que una oreja sobresalía un poco más que la otra. En cuanto a mí, sostengo una opinión muy diferente de estas dos últimas. Opino que el rostro de Zooey estaba muy cerca de ser un rostro totalmente bello. Como tal, era por supuesto vulnerable a la misma variedad de intrépidas e irreflexivas evaluaciones, en general engañosas, a las que está sujeta cualquier legítima obra de arte. Creo que sólo resta decir que cualquiera de un centenar de amenazas cotidianas —un accidente de tráfico, un resfriado, una mentira antes del desayuno— podría haber desfigurado o vulgarizado su espléndido aspecto en un día o en un segundo. Pero lo indestructible, y ya sugerido rotundamente como una clase de placer eterno, era un auténtico *esprit* superpuesto a todo su rostro; en especial a los ojos, donde era con frecuencia tan cautivador como una careta de Arlequín, y, en ocasiones, mucho más deslumbrante.

De profesión, Zooey era actor, primer actor en la televisión, y lo era desde hacía más de tres años. De hecho, se le podía calificar de tan «solicitado» (y según vagas informaciones de segunda mano llegadas a oídos de la familia, tan bien pagado) como puede serlo un primer actor de televisión que no sea, al mismo tiempo, una estrella de Hollywood o Broadway con una reputación nacional consagrada. Pero es posible que cualquiera de estas dos afirmaciones, sin elaboración, pueda conducir a una pauta de conjeturas excesivamente rígida. En realidad, Zooey había hecho un debut serio y formal como actor a la edad de siete años. Era el segundo empezando por la cola de lo que inicialmente fueran siete hermanos y hermanas (1) —cinco chicos y dos chicas— todos los cuales, a intervalos convenientemente espaciados durante la infancia, habían actuado con regularidad en una cadena de emisoras radiofónicas en un concurso infantil llamado: «Es un niño sabio». Una diferencia de edad de casi dieciocho años entre el hijo mayor de los Glass, Seymour, y la más joven, Franny, había ayudado considerablemente a que la familia se reservara una especie de continuidad dinástica ante los micrófonos del «Niño Sabio», que duró algo más de dieciséis años, desde 1917 hasta bien entrado 1943, un lapso que conectó la era del charleston con la del B-17.

(1) Aquí parece imponerse el mal estético de una nota al pie. En todo lo que sigue, solamente serán vistos u oídos los dos menores de los siete hijos. Sin embargo, los cinco restantes, de mayor edad, entrarán y saldrán del argumento con frecuencia considerable, como otros tantos fantasmas de Banquo. Por ello al lector puede interesarle saber desde el principio que en 1955 hacía ya casi siete años que había muerto el mayor de los hermanos Glass, Seymour. Se suicidó mientras estaba de vacaciones con su esposa en Florida. De estar vivo, hubiera cumplido treinta y ocho años en 1955. El siguiente en edad, Buddy, era lo que en la jerga de la nómina universitaria se conoce como "escritor residente" de una escuela semi-superior femenina al norte del Estado de Nueva York. Vivía solo en una casa pequeña sin calefacción ni electricidad a unos cuatrocientos metros de una popular pista de esquí. La siguiente, Boo Boo, estaba casada y tenía tres niños. En noviembre de 1955 se hallaba viajando por Europa con su marido y sus tres hijos. Por orden de edad, los gemelos Walt y Waker venían después de Boo Boo. Walt había muerto hacía algo más de diez años, víctima de una explosión fortuita mientras estaba en Japón con el ejército de ocupación. Waker, doce minutos más joven que él, era sacerdote católico romano, y en noviembre de 1955 se encontraba en Ecuador, asistiendo a una conferencia de jesuitas.

(Creo que todos estos datos son relevantes hasta cierto punto.) Pese a todos los años y las pausas que mediaron entre sus éxitos individuales en el programa, puede decirse (con escasas, y en realidad poco importantes reservas) que los siete niños lograron contestar por las ondas una cantidad prodigiosa de preguntas alternativamente pedantes y divertidas —enviadas por los radioyentes— con una frescura y un aplomo que fueron considerados únicos en la radio comercial. La reacción del público ante los niños fue con frecuencia cálida, pero nunca tibia. En general, lo radioyentes se dividían en dos bandos curiosamente ingobernables: los que sostenían que los Glass eran un hatajo de insufribles pequeños bastardos «superiores», que debían haber sido ahogados o envenenados con gas al momento de nacer, y los que sostenían que eran auténticos ingenios y sabios precoces, de índole envidiable y poco frecuente. En la actualidad (1957), hay antiguos radioyentes de «Es un niño sabio» que recuerdan con asombrosa exactitud muchas de las actuaciones individuales de los siete niños. En este mismo grupo, cada vez más reducido, pero todavía de una extraña coherencia, el consenso es que de todos los niños Glass, el mayor, Seymour, era en los años veinte y principios de los treinta el que se oía «más a gusto» y resultaba más consistentemente «agradable». Después de Seymour, en orden de preferencia o atractivo, en general, está situado Zooley, el más joven de los chicos. Y puesto que aquí tenemos un singular interés práctico por Zooley, añadiremos que, como ex participante en «Es un niño sabio», gozaba de una distinción especial entre (o por encima de) sus hermanos y hermanas. Durante sus años radiofónicos los siete niños fueron de vez en cuando caza no vedada para la clase de psicólogo infantil o educador profesional que se interesa ante todo por los niños superprecoces. En esta causa, o servicio, Zooley fue sin duda el niño Glass más vorazmente examinado, entrevistado y husmeado. De muy notable modo, y, que yo sepa, sin excepciones, sus experiencias en los campos divergentes al parecer de la psicología clínica, social o de quiosco le salieron muy caras, como si los lugares donde era examinado hubiesen tenido abundante y uniforme población de traumas muy contagiosos o simples y anticuados gérmenes. Por ejemplo, en 1942 (con la eterna desaprobación de sus dos hermanos mayores, que por entonces estaban en el Ejército), fue examinado por un solo grupo de investigación, en Boston, en cinco ocasiones diferentes. (Tenía doce años en la mayoría de las sesiones, y es posible que los viajes en tren —diez en total— ejercieran sobre él cierta atracción, por lo menos al principio.) El objeto principal de las cinco pruebas era, al parecer, aislar y estudiar en lo posible la fuente del precoz ingenio e imaginación de Zooley. Al finalizar la quinta prueba, el sujeto fue enviado a su casa en Nueva York con tres o cuatro aspirinas en un sobre especial, para combatir sus estornudos, que resultaron ser una pulmonía bronquial. Seis semanas más tarde llamaron por conferencia desde Boston a las once y media de la noche, mediante la inserción de muchas monedas pequeñas en una cabina pública, y una voz sin identificar (se supone que sin intención de sonar pedantemente bromista) comunicó al señor y la señora Glass que su hijo Zooley poseía, a los doce años, un vocabulario inglés equivalente al de Mary Baker Eddy, y que había que instarle a utilizarlo.

Resumiendo: La larga carta mecanografiada, de cuatro años atrás, que Zooley leía en la bañera esta mañana de lunes en noviembre de 1955, había sido sin duda sacada del sobre, desdoblada y vuelta a doblar en muchas ocasiones privadas durante los cuatro años, de forma que ahora no sólo tenía un aspecto general *unappetitlich*, sino que además estaba rota en varios lugares, sobre todo en los dobleces. El autor de la carta, como ya se ha dicho, era el hermano mayor de Zooley, Buddy. La carta en sí era casi interminable en extensión, de estilo recargado, aleccionadora, reiterativa, testaruda, reprobatoria, condescendiente, desconcertante y estaba llena de afecto hasta la

exageración. En suma, era exactamente la clase de carta que quien la recibe, tanto si quiere como si no, la lleva durante algún tiempo en el bolsillo del pantalón. Y también la que los escritores profesionales de cierta clase disfrutaban reproduciendo palabra por palabra:

3/18/51

Querido Zooey;

He acabado ahora mismo de descifrar una larga carta de mamá, llegada esta mañana, acerca de ti y de la sonrisa del general Eisenhower y de los niños del *Daily News* que se caen por el hueco del ascensor y de cuándo van a *quitarme* el teléfono de Nueva York e instalarme uno aquí en el campo, donde realmente lo *necesito*. Seguramente es la única mujer del mundo que sabe escribir una carta en cursiva invisible. Querida Bessie. Cada tres meses, como un reloj, recibo de ella quinientas palabras sobre el tema de mi pobre y antiguo teléfono privado y lo *estúpido* que es pagar Buen Dinero cada mes por algo que ya no se le ocurre usar a nadie. Lo cual es en realidad una gran mentira. Cuando estoy en la ciudad me siento invariablemente a hablar durante horas con mi viejo amigo Yama, el Dios de la Muerte, y un teléfono privado es de primera necesidad para nuestras pequeñas charlas. En fin, te ruego que le digas que no he cambiado de opinión. Amo con pasión ese viejo teléfono. Fue la única propiedad privada que jamás tuvimos Seymour y yo en todo el *kibbutz* de Bessie. Además es esencial para mi armonía interior ver el nombre de Seymour todos los años en la maldita guía telefónica. Me gusta hojear con confianza las páginas de la G. Sé buen chico y transmite por mí este mensaje. No palabra por palabra, pero de modo agradable. Sé más bueno con Bessie, Zooey, siempre que puedas; creo que no te lo digo porque sea nuestra madre, sino porque está cansada. Tú también lo estarás después de los treinta años, cuando todo el mundo retrasa un poco la marcha (incluso tú, quizá), pero ahora inténtalo con más empeño. No es suficiente tratarla con la amante brutalidad de un bailarín apache hacia su pareja — lo cual, dicho sea de paso, ella sabe comprender, tanto si lo crees como si no. Olvidas que su sentimentalismo prospera casi tanto como el de Les.

Aparte de mis problemas telefónicos, la última carta de Bessie es en realidad una carta sobre Zooey. Debo escribirte y decirte que tienes Toda la Vida Ante Ti y que sería Criminal no procurarte el doctorado en Filosofía antes de dedicarte por completo a la vida de actor. No dice en qué le gustaría que te doctorases, pero supongo, pequeño y asqueroso ratón de biblioteca, que ha de ser en matemáticas más que en griego. En cualquier caso, deduzco que su deseo es que tengas algo a qué Recurrir en caso de que por alguna razón no prospere tu carrera de actor. Cosa que puede ser muy acertada, y probablemente lo sea, pero no me siento inclinado a asegurarlo por las buenas. Hoy es uno de esos días en que veo a toda la familia, incluido yo mismo, por el extremo equivocado del telescopio. De hecho, esta mañana he tenido que luchar ante el buzón para saber quién era Bessie cuando he visto su nombre en el dorso del sobre. Por alguna buena razón, Escritura Avanzada 24-A me cargó con treinta y ocho cuentos cortos para llevar conmigo a casa este fin de semana. Creo que treinta y siete de ellos tratan de una lesbiana tímida y retraída, holandesa de Pennsylvania, que Quiere Escribir, y los relata en primera persona un mozuelo lascivo. En dialecto.

Doy por sentado que *conoces* el hecho de que pese a todos los años que he pasado trasladando mi cubículo de prostituta literaria de universidad en universidad, sigo sin tener ni siquiera una licenciatura en Artes. Parece que hace un siglo, pero creo que hubo inicialmente dos razones para que no me licenciara. (Sé bueno y no te muevas. Esta es la primera vez que te escribo desde hace años.) Primero, era un verdadero esnob

en la universidad, como sólo puede serlo un ex alumno del Niño Sabio y futuro especialista en inglés para toda la vida, y no me interesaba en absoluto ningún título, si todos los literatos ignorantes, locutores de radio y pedagogos imbéciles los tenían a montones. Y, segundo, Seymour se licenció en filosofía a una edad en que la mayoría de los jóvenes americanos acaban de salir de la escuela superior, y como ya era demasiado tarde para mí para alcanzarle en la forma debida, opté por dejarlo. Además, naturalmente, a tu edad yo ya sabía seguro que nunca me vería obligado a enseñar, que si las Musas me fallaban en cuanto al propio sustento, me afanaría por otro lado, como Booker T. Washington. Así pues, no creo tener nostalgia académica en ningún sentido determinado. En días especialmente negros me digo a mí mismo que si me hubiese cargado de títulos cuando podía hacerlo, ahora tal vez no estaría enseñando algo tan culto y sin remedio como Escritura Avanzada 24-A. Pero esto es probablemente una baladronada. Las circunstancias son desfavorables (y con mucha propiedad, me imagino) para todos los estetas profesionales, y sin duda todos merecemos las muertes locuaces, sombrías y académicas que nos tocarán en suerte tarde o temprano.

Estoy convencido de que tu caso es muy diferente del mío. De todos modos, creo que no estoy realmente del lado de Bessie. Si es Seguridad lo que quieres, o lo que Bessie quiere para ti, tu MA. siempre te calificará para enseñar tablas de logaritmos en cualquier aburrida escuela preparatoria del campo, y en la mayoría de universidades. Por otra parte, tu precioso griego no te servirá casi de nada en ningún campus de buen tamaño a menos que tengas un doctorado en Filosofía, viviendo como vivimos en un mundo de sombreros y capelos de latón. (Por supuesto que siempre puedes trasladarte a Atenas, la soleada y vieja Atenas.) Pero cuanto más lo pienso, más pienso que al diablo con más títulos para ti. Lo cierto es, si quieres saberlo, que no puedo desechar la idea de que serías un actor muchísimo mejor adaptado si Seymour y yo no hubiéramos añadido los *Upanishad* y el *Sutra Diamante* y Eckhart, y todos nuestros demás amores viejos, al resto de tus lecturas recomendadas cuando eras pequeño. Por derecho propio, un actor debería viajar con poco equipaje. Una vez, cuando éramos niños, S. y yo tomamos un bello almuerzo con John Barrymore. Era muy inteligente, y rebosaba instrucción, pero no soportaba el peso del molesto equipaje de una educación excesivamente formal. Menciono esto porque durante el fin de semana he hablado con un orientalista bastante pomposo, y en cierto momento, en una pausa metafísica muy profunda de la conversación, le dije que tenía un hermano pequeño que una vez se consoló de un amor desgraciado intentando traducir el *Upanishad Mundaka* al griego clásico. (Se rió a carcajada limpia, ya sabes cómo ríen esos orientalistas.)

Me gustaría tener una idea de qué te ocurrirá como actor. Eres un actor nato, ciertamente. Incluso nuestra Bessie lo sabe. Y también es cierto que tú y Franny sois las únicas bellezas de la familia. Pero ¿dónde actuarás? ¿Lo has pensado? ¿En el cine? De ser así, me aterra que si algún día aumentas algo de peso serás sacrificado como cualquier joven actor y te harán contribuir a la fiable amalgama hollywoodense de boxeador y místico, pistolero y niño desvalido, vaquero y Conciencia del Hombre, y todo lo demás. ¿Estarás conforme con esa sensiblería taquillera, o soñarás con algo más cósmico, *zum* Beispiel (1), representar a Pierre o Andrei en una producción en tecnicolor de *Guerra y Paz*, con asombrosas escenas de batallas y sin ningún matiz de caracterización (sobre la base de que son novelísticos y poco fotogénicos), y Anna Magnani haciendo osadamente el papel de Natacha (sólo para que la producción sea honesta y de alta calidad), y una magnífica música de fondo por Dimitri Popkin, y todos los primeros actores masculinos moviendo sus músculos faciales para demostrar que

(1) En alemán, por ejemplo.

están bajo una gran tensión emocional, y un Estreno Mundial en el Winter Garden, bajo los focos, con Molotov y Milton Berle y el gobernador Dewey presentando a las celebridades a medida que lleguen al teatro? (Por celebridades entiendo, naturalmente, a los viejos amantes de Tolstoi: el senador Dirksen, Zsa Zsa Gabor, Gayelord Hauser, Georgie Jessel, Charles of the Ritz.) ¿Cómo te suena? Y si te dedicas al teatro, ¿tendrás alguna ilusión a *ese* respecto? ¿Has visto alguna vez una producción realmente bella de, por ejemplo, *El jardín de los cerezos*? No digas que sí. Nadie la ha visto. Puedes haber visto producciones «inspiradas», producciones «competentes», pero nunca algo bello. Nunca una producción en que el talento de Chéjov sea respetado, matiz por matiz, idiosincrasia por idiosincrasia, por todos cuantos pisen el escenario. Me preocupas *terriblemente*, Zooey, y perdona el pesimismo, ya que no la sonoridad. Pero es que sé, pequeño bastardo, lo exigente que eres con las cosas. Y he pasado por la infernal experiencia de sentarme a tu lado en el teatro. Te veo con tanta claridad exigiendo de las artes representativas algo que allí sencillamente no es residual. Por el amor de Dios, ten cuidado.

Admito que hoy no es mi día. Llevo un buen calendario de neurótico y hoy hace exactamente tres años que Seymour se mató. ¿Te he contado alguna vez lo que ocurrió cuando fui a Florida a buscar su cadáver? Lloré como un patán en el avión durante cinco horas enteras. Ajustaba cuidadosamente mi cortinilla de vez en cuando para que nadie pudiera verme desde el otro lado del pasillo —no había nadie sentado a mi lado, gracias a Dios—. Cinco minutos antes de aterrizar me di cuenta de que unas personas hablaban en el asiento posterior. Una mujer decía, con todo el acento de Back Bay Boston y gran parte del de Harvard Square en la voz: «...y figúrate, a la *mañana siguiente* extrajeron medio litro de pus de su hermoso cuerpo». Esto es todo cuanto recuerdo haber oído, pero cuando bajé del avión unos minutos después y la Viuda Desconsolada se me acercó toda vestida de negro con un Bergdorf Goodman, en mi rostro había la Expresión Equivocada: mostraba los dientes en una sonrisa. Y así es exactamente como me siento hoy, por ninguna razón especial. En contra de mi sensata opinión, estoy seguro de que muy cerca de aquí — en la casa vecina, tal vez — está muriendo un buen poeta, pero también muy cerca de aquí a alguien le están extrayendo un absurdo litro de pus de su hermoso cuerpo joven, y no puedo correr para siempre arriba y abajo entre la pena y el deleite.

El mes pasado, el decano Sheeter (cuyo nombre suele transportar a Franny cuando lo menciono) me abordó con su indulgente sonrisa y su látigo, y ahora doy clases al cuerpo docente, a sus esposas, y a unos cuantos estudiantes de opresivo tipo profundo, todos los viernes, sobre el Zen y el budismo Mahayana. Proeza, no me cabe la menor duda, que eventualmente me conquistará la Cátedra de Filosofía Oriental en el Infierno. El caso es que ahora estoy cinco días en el campus en lugar de cuatro, y con mi propio trabajo por las noches y los fines de semana casi no me queda tiempo para pensar de un modo electivo. Lo cual es mi doliente manera de decir que me preocupo por ti y por Franny cuando tengo ocasión, pero no con la frecuencia que desearía. De verdad, lo que intento decirte es que la carta de Bessie ha tenido muy poco que ver con el hecho de que hoy me sentara a escribirte en un mar de ceniceros. Todas las semanas me facilita información urgente sobre ti y Franny y, yo nunca hago nada al respecto, así que no es eso. Lo que me ha impulsado es algo que hoy me ha ocurrido en el supermercado local. (No hay párrafo nuevo. Te lo ahorraré.) Yo estaba ante el puesto de la carne, esperando que me cortasen unas costillas de cordero. Una madre joven y su hija pequeña también esperaban. La niña debía tener unos cuatro años y, para pasar el rato, se ha apoyado en el cristal del mostrador y ha mirado fijamente mi cara sin afeitarse. Le he dicho que era la

niña más bonita que había visto en todo el día. Esto tenía sentido para ella, y ha dicho que sí con la cabeza. He añadido que apostaba algo a que tenía muchos amigos. Ha vuelto a asentir. Le he preguntado cuántos amigos tenía, y ella ha levantado dos dedos. « ¡Dos! —he exclamado—. Esto son muchos amigos. ¿Y cómo se llaman, preciosa?» Contesta ella, con voz estridente: «*Bobby y Dorothy.*» He agarrado mis costillas de cordero y echado a correr. Pero esto es exactamente lo que ha provocado esta carta, mucho más que la insistencia de Bessie para que te escriba sobre el doctorado y la carrera de actor. Esto y un poema de estilo haiku que encontré en la habitación de hotel donde Seymour se mató de un disparo. Estaba escrito con lápiz sobre el secante de la mesa: «La niña pequeña del avión / que volvió su cabeza de muñeca / para mirarme.» Con estas dos cosas en la mente pensé, mientras regresaba del supermercado, que ya era hora de que te escribiera y te dijese *por qué* S. y yo nos encargamos de tu educación y la de Franny tan pronto y tan arbitrariamente. Nunca te lo expresamos con palabras, y creo que ha llegado el momento de que uno de los dos lo haga. Pero ahora ya no estoy tan seguro de poder hacerlo. La niña de la carnicería ha desaparecido, y no veo muy bien la carita cortés de la niña del avión. Y el viejo horror de ser un escritor profesional, y el hedor habitual de las palabras que ello comporta, está empezando a sacarme de la silla. No obstante, se me antoja de una enorme importancia.

Las diferencias de edad existentes en la familia siempre parecieron aumentar, de manera innecesaria y perversa, nuestros problemas. No precisamente entre S., los gemelos, Boo Boo y yo, sino entre las dos parejas formadas por Franny y tú y S. y yo. Tanto Seymour como yo éramos adultos —él incluso hacía tiempo que había abandonado la facultad— cuando tú y Franny empezasteis a leer. En aquella época no teníamos verdadera necesidad de traspasaros a nuestros clásicos favoritos —al menos, no con el mismo gusto con que lo habíamos hecho con los gemelos o Boo Boo. Sabíamos que un estudioso nato no puede permanecer ignorante, y creo que en el fondo nos alegrábamos de ello, pero nos ponían nerviosos, e incluso nos asustaban, las estadísticas sobre niños pedantes y sabihondos académicos que se convierten en sabios de sala de recreo universitaria. Pero había algo muchísimo más importante, y era que Seymour ya había empezado a creer (y yo estaba de acuerdo con él, en la medida en que podía comprender la cuestión) que cualquier educación tendría un sabor tan dulce, o quizá mucho más dulce, si no se iniciaba con una búsqueda de conocimientos, sino con una búsqueda, como diría el Zen, del no conocimiento. El doctor Suzuki dice en alguna parte que alcanzar un estado de conciencia pura —*satori*— es estar con Dios antes de que hubiese dicho: «Hágase la luz.» Seymour y yo pensábamos que podía ser bueno ocultar esta luz de ti y de Franny (por lo menos mientras pudiéramos), y todos los demás efectos de iluminación más bajos y más de moda —artes, ciencias, clásicos, lenguas— hasta que ambos fuerais al menos capaces de concebir un estado en que la mente conoce la fuente de toda la luz. Pensábamos que sería maravillosamente constructivo (es decir, si nuestras propias «limitaciones» eran un obstáculo) contaros todo cuanto sabíamos sobre los hombres —santos, *arhats*, *bodhisatvas*, *jivenmuktas*— que sabían algo o todo acerca de este estado. Es decir, queríamos que los dos supierais quiénes y qué eran Jesús y Gautama y Lao-tsé y Shankara-charya y Huineng y Sri Ramakrishna, etcétera, antes de que supierais algo o demasiado sobre Homero o Shakespeare o incluso Blake o Whitman, por no hablar de George Washington y su cerezo o la definición de una península o cómo analizar un frase. De todos modos, tal era la gran idea. Además de todo esto, supongo que intento decir que sé lo mucho que lamentas los años en que S. y yo dirigíamos estudios caseros, y en particular las sesiones metafísicas. Sólo puedo esperar que un día —con preferencia si estamos borrachos como cubas— lleguemos a hablar sobre esto. (Entretanto, te diré que ni

Seymour ni yo teníamos por entonces la menor idea de que acabarías siendo actor. *Debimos* intuirlo, no cabe duda, pero no fue así. De haberlo adivinado, estoy seguro de que S. hubiera intentado hacer algo constructivo al respecto. Es probable que en alguna parte haya cursos preparatorios especiales para el Nirvana y puntos de Oriente, destinados estrictamente a los actores, y creo que S. los hubiera encontrado.) Debería terminar este párrafo, pero no puedo parar de susurrar. Darás un respingo al leer lo que sigue, pero tiene que seguir. Creo que sabes que después de la muerte de S. yo tenía las mejores intenciones de visitaros de vez en cuando para ver cómo os iba todo a Franny y a ti. Tú tenías dieciocho años, y no me preocupabas en exceso. Me enteré por un chismoso de una de mis clases de que tenías la reputación en tu dormitorio de abstraerte y sumirte en meditación durante diez horas seguidas, y *eso* sí me dio qué pensar. Pero entonces Franny tenía *trece* años. Sin embargo, no logré moverme. No me daba miedo que ambos, llorando, os situarais en un extremo de la habitación y me lanzarais, uno a uno, todos los tomos de los Libros Sagrados de Oriente de Max Müller. (Lo cual probablemente hubiera sido un éxtasis masoquista para mí.) Lo que sí me *daba miedo* eran las preguntas (mucho más que las acusaciones) que ambos pudierais formularme. Como recuerdo muy bien, dejé pasar todo un año después del funeral antes de volver a Nueva York. A partir de entonces ya fue más fácil ir por los cumpleaños y fiestas y estar razonablemente seguro de que las preguntas se referían a cuándo terminaría mi siguiente libro y si había esquiado últimamente, etcétera. Incluso vosotros dos habéis venido aquí muchos fines de semana, en los dos últimos años, y aunque hemos hablado y hablado y hablado, todos hemos coincidido en no decir ni una palabra. Hoy es la primera vez que he necesitado de verdad expresarme. Cuanto más me adentro en esta maldita carta, más pierdo el valor de mis convicciones. Pero te juro que he tenido una pequeña visión de la verdad perfectamente comunicable (ante las costillas de cordero) esta misma tarde, en el instante en que aquella niña me ha dicho que los nombres de sus amigos eran Bobby y Dorothy. Seymour me dijo una vez —en un autobús de circunvalación, nada menos— que todo legítimo estudio religioso *debe* conducir a olvidar las diferencias, las diferencias ilusorias, entre chicos y chicas, animales y piedras, día y noche, calor y frío. Esto me ha asaltado de improviso ante el mostrador de la carnicería, y me ha parecido una cuestión de vida o muerte volver a casa a más de cien kilómetros por hora para escribirte una carta. Oh, Dios mío, ojalá hubiese echado mano de un lápiz allí mismo, en el supermercado, en vez de fiarme de las carreteras. Pero quizá sea mejor así. Hay veces en que pienso que has perdonado a S. más completamente que cualquiera de nosotros. Waker me dijo una vez algo muy interesante a este respecto; de hecho, lo único que hago es repetir como un loro sus palabras. Dijo que tú eras el único a quien había ofendido el suicidio de S. y el único que realmente se lo perdonó. Los demás, dijo, éramos serenos por fuera e implacables por dentro. Esto puede ser más cierto que la misma verdad. ¿Cómo puedo saberlo? Lo que sé seguro es que tenía algo dichoso y excitante que contarte —y sólo en una cara de papel, y a doble espacio— y cuando llegué a casa comprendí que casi todo se había desvanecido, o incluso todo, y que no podía hacer otra cosa que escribir mecánicamente. Darte una conferencia sobre doctorados y la vida del actor. Qué complicado, qué gracioso, y cómo hubiera sonreído y sonreído el propio Seymour, y probablemente asegurándome, asegurándonos a todos, que no valía la pena preocuparse por ello.

Basta. *Actúa*, Zachary Martin Glass, cuando y donde quieras, puesto que crees que debes hacerlo, pero haz-lo *con todas tus fuerzas*. Si haces algo bello sobre un escenario, algo sin nombre y que inspire alegría, cualquier cosa que esté por encima y más allá del ingenio teatral, S. y yo rasgaremos *smokings* y sombreros de copa y entraremos solemnemente por la puerta del camerino con ramilletes de boca de dragón.

En cualquier caso, y por poco que valga, te ruego que cuentes con mi afecto y apoyo, sea cual sea la distancia.

Buddy.

Como siempre, mis intentos de omnisciencia son absurdos, pero tú, más que nadie, debes ser cortés con la parte de mí que es meramente ingeniosa. Hace años, en mis primeros y más pastosos días como presunto escritor, leí en voz alta un relato nuevo a S. y Boo Boo. Cuando terminé, Boo Boo dijo llanamente (pero mirando a Seymour) que el relato era «demasiado ingenioso». S. meneó la cabeza, dedicándome una esplendorosa sonrisa, y dijo que el ingenio era mi aflicción perpetua, mi pata de palo, y que resultaba del peor gusto llamar hacia ella la atención del grupo. Como un cojo con otro cojo, viejo Zooney, seamos corteses y bondadosos el uno con el otro.

Con mucho cariño.

B.

La última página, la de debajo, de la carta escrita hacía cuatro años estaba manchada de un color semejante al del cordobán, y rota en dos lugares por los dobleces. Zooney, cuando hubo terminado su lectura, la trató con cierto cuidado al ordenar otra vez las páginas. Para igualarlas, les dio unos golpecitos contra sus rodillas secas. Frunció el ceño. Entonces, con vivacidad, como si por fin hubiese leído la carta por última vez en su vida, la metió en el sobre como si fuese un puñado de virutas. Colocó el abultado sobre en el borde de la bañera y empezó a jugar un poco con él. Con un dedo lo hizo deslizar de un lado a otro del borde, para averiguar al parecer si podía mantenerlo en movimiento sin que se cayera al agua. Después de unos buenos cinco minutos, dio al sobre un golpe mal dirigido y tuvo que apresurarse a rescatarlo. Con lo cual finalizó el juego. Sosteniendo el sobre recuperado en la mano, se sumergió más en el agua, dejando que se cubrieran sus rodillas. Miró abstraídamente durante uno o dos minutos las baldosas de la pared al extremo de la bañera, luego echó una ojeada al cigarrillo, que reposaba en la jabonera, lo cogió y dio dos chupadas, pero se había apagado. Se incorporó de nuevo, muy bruscamente, con una gran aspersion de agua, y dejó caer la mano izquierda, la seca, junto al borde de la bañera. Un manuscrito mecanografiado yacía boca arriba sobre la alfombrilla. Lo recogió y lo izó a bordo, por así decirlo. Lo miró brevemente, y después insertó la carta escrita hacía cuatro años entre las páginas de en medio, donde las grapas de un manuscrito hacen mayor presión. Entonces apoyó el manuscrito contra sus rodillas ahora húmedas, más o menos a un centímetro sobre el nivel del agua, y empezó a volver las páginas. Cuando llegó a la página 9, dobló el manuscrito como una revista y empezó a leer o estudiar.

El papel de «Rick» estaba fuertemente subrayado a lápiz.

TINA (*perezosamente*): Oh, cariño, cariño, cariño. No te sirvo de mucho, ¿verdad?

RICK. No digas eso. No vuelvas a decirlo, ¿me oyes?

TINA: Pero es cierto. Soy una gafe. Soy una horrible gafe. A no ser por mí, haría siglos que Scott Kincaid te hubiera asignado a la oficina de Buenos Aires. Yo lo estropeé todo. (*Va hacia la ventana.*) Soy una de esas pequeñas zorras que malogran las uvas. Me siento como un personaje de una obra horriblemente sofisticada. Lo gracioso es que no soy sofisticada. No soy nada, sólo yo misma (*Se vuelve.*) Oh, Rick, Rick, estoy asustada. ¿Qué nos ha sucedido? Ya no puedo *encontrarnos*. Busco, busco, y no

estamos, simplemente. Tengo miedo. Soy como un niño asustado. (*Mira por la ventana.*) Odio esta lluvia. A veces me veo muerta bajo la lluvia.

RICK (*con calma*): Cariño, ¿no se trata de una frase de Adiós a las armas?

TINA (*volviéndose, furiosa*): Sal de aquí. ¡Vete! Vete de aquí antes de que salte por esta ventana. ¿Me has oído?

RICK (*agarrándola*): Escúchame, pequeña y preciosa ignorante. Adorable, infantil, trágica...

La lectura de Zooney fue repentinamente interrumpida por la voz de su madre —impertinente, casi constructiva—, interpellándole desde detrás de la puerta del cuarto de baño.

—¿Zooney? ¿Aún estás en la bañera?

—Sí, aún estoy en la bañera. ¿Por qué?

—Quiero entrar sólo un instante. Tengo algo para ti.

—Por el amor de Dios, mamá, estoy en la bañera.

—Será un momento, por favor. Corre la cortina de la ducha.

Zooney echó una mirada de despedida a la página que estaba leyendo, y entonces cerró el manuscrito y lo dejó caer al lado de la bañera.

—Dios Todopoderoso —exclamó—. A veces me veo muerto bajo la lluvia. —Una cortina de nailon color escarlata, con un dibujo de listas, franjas y grietas en amarillo canario, estaba arrugada a un extremo de la bañera, suspendida por medio de aros de plástico de una barra cromada. Inclinandose hacia delante, Zooney la alcanzó y la corrió a lo largo de la bañera, quedando oculto tras ella—. Está bien, por *Dios*. Entra, si tienes que entrar.

Su voz no tenía llamativos modismos de actor, pero era excesivamente vibrante; dejaba un «eco» implacable cuando no le interesaba controlarla. Años antes, como concursante de «Es un niño sabio», le habían avisado reiteradamente que se mantuviera a cierta distancia del micrófono.

La puerta se abrió, y la señora Glass, una mujer rechoncha con una redcilla en el pelo, entró de modo furtivo en el cuarto de baño. Su edad, en cualquier circunstancia, era furiosamente indeterminada, pero nunca lo era más que cuando llevaba una redcilla en el pelo. Sus entradas en las habitaciones solían ser verbales además de físicas.

---No sé cómo puedes estar tanto rato en la bañera.

—Cerró en seguida la puerta tras de sí, como si hubiese librado una permanente batalla a favor de su progenie contra las corrientes de aire después del baño—. Ni siquiera es saludable —añadió—. ¿Sabes cuánto rato has estado en esa bañera? Exactamente cuarenta y cinco...

— ¡No me lo digas! No me lo digas, Bessie.

— ¿Qué quieres decir con que no te lo diga?

--Lo que he dicho. Déjame la maldita ilusión de que no has estado ahí fuera contando los minutos que yo...

—Nadie ha contado los *minutos*, jovencito —dijo la señora Glass.

Estaba ya muy ocupada. Había traído consigo al cuarto de baño un paquete pequeño de forma apaisada, envuelto en papel blanco y atado con hilo de oro. Parecía contener un objeto del tamaño aproximado del diamante Hope o un accesorio de riego. La señora Glass lo miró con ojos entrecerrados y tiró del hilo con los dedos. Como el nudo no cedía, aplicó los dientes.

Llevaba su habitual indumento casero —lo que su hijo Buddy (que era escritor, y en consecuencia, como nos ha dicho nada menos que Kafka, *no un hombre decente*) llamaba su uniforme de pre notificación de la muerte. Consistía en su mayor parte en un antiguo kimono japonés azul oscuro. Lo llevaba casi invariablemente por el apartamento

durante el día. Con sus numerosos pliegues de aspecto ocultista, servía asimismo de recipiente para los bienes parafernales de una fumadora muy empedernida y una aficionada al bricolaje; había hecho añadir dos enormes bolsillos en la caderas, y habitualmente contenían dos o tres paquetes de cigarrillos, varios sobres de cerillas, un destornillador, un martillo de orejas, un cuchillo de explorador que había pertenecido a uno de sus hijos y uno o dos volantes de grifo esmaltado. Además de un surtido de tornillos, clavos, goznes y cojinetes de bolas—todo lo cual tendía a hacer chirriar débilmente a la señora Glass mientras se movía por su espacioso apartamento. Durante diez años o más, sus dos hijas habían conspirado a menudo, aunque con impotencia, para hacer desaparecer este kimono veterano. (Su hija casada, Boo Boo, había insinuado que tal vez sería necesario asestarle un *cooup de gráce* con un instrumento romo antes de tirarlo al cubo de basura.) Por muy oriental que la bata quisiera parecer, no desvirtuaba ni un ápice la impresión única, rebosante de impacto, que la señora Glass, *chez elle*, producía en cierto tipo de observador. Los Glass vivían en un apartamento viejo, pero categóricamente no pasado de moda, en un edificio de la calle Setenta y Tantos Este, donde quizá las dos terceras partes de las inquilinas más maduras poseían abrigos de piel y, después de abandonar el inmueble una soleada mañana de un día entre semana, podían encontrarse media hora después, al menos con probabilidad, entrando o saliendo de uno de los ascensores de Lord & Taylor, o Saks, o Bonwit Teller. En este local distintamente manhattanesco, la señora Glass era (desde un punto de vista indudablemente pícaro) algo que ofendía la vista de un modo bastante refrescante. Ante todo daba la impresión de que nunca, nunca abandonaba el edificio, pero en *caso* de hacerlo, llevaría un chal oscuro y se encaminaría en la dirección general de O'Connell Street, para reclamar allí el cuerpo de uno de sus hijos mitad irlandeses, mitad judíos, que por algún error clerical acababa de caer víctima de un disparo de los Black and Tans.

La voz de Zooney sonó de pronto, llena de suspicacia.

— ¡Mamá! ¿Qué diablos estás haciendo ahí?

La señora Glass había desenvuelto el paquete y ahora leía la letra menuda de una funda de pasta dentífrica.

—Hazme el favor de cerrar el pico —dijo, algo abstraída.

Fue hacia el botiquín, que estaba sobre el lavabo, contra la pared. Abrió la puerta de espejo y dio un repaso a los congestionados estantes con la mirada —o más bien, el biqueo magistral— de un experto jardinero de botiquín. Ante ella, en exuberantes hileras, se extendía una legión, por así decirlo, de dorados productos farmacéuticos, amén de varios utensilios técnicamente menos indígenas. En los estantes había yodo, mercurocromo, cápsulas de vitaminas, seda dental, aspirina, Anacina, Bufferin, Argirol, Musterole, Ex-Lax, leche de magnesia, Sal hepática, Aspergum, dos navajas Gillette, una navaja inyectora Sckick, dos tubos de crema de afeitar, una foto curvada y algo rota de un grueso gato blanco y negro dormido sobre la baranda de un porche, tres peines, dos cepillos, una botella de ungüento Wildroot para el cabello, una botella de Eliminador de caspa Fitch, un frasco pequeño, sin etiqueta, de supositorios de glicerina, gotas para la nariz Vicks, Vicks VapoRub, seis pastillas de jabón de Castilla, los fragmentos de tres entradas para una comedia musical de 1946 (*Llámame Mister*), un tubo de crema depilatoria, una caja de Kleenex, dos conchas de mar, un surtido de limas usadas, dos tarros de crema limpiadora, tres pares de tijeras, una canica azul sin defectos (conocida por los jugadores de canicas, al menos en los años veinte, como una «pieza pura»), una crema para cerrar los poros, un par de pinzas, el chasis sin cadena de un reloj de pulsera femenino, una caja de bicarbonato de sosa, un anillo de internado femenino con un ónice resquebrajado, una botella de Stopette, e, inconcebiblemente o

no, muchas cosas más. La señora Glass estiró el brazo con rapidez y extrajo un objeto del estante inferior, que tiró a la papelera produciendo un tintineo ahogado.

—Te voy a guardar aquí un poco de esa pasta dentífrica nueva que todo el mundo alaba tanto —anunció sin volverse y poniendo en práctica sus palabras—. Quiero que dejes de usar esos absurdos polvos; van a estropear *todo* el bonito esmalte de tus dientes. Tienes unos dientes preciosos, y lo menos que puedes hacer es cuidarlos con...

—¿Quién lo ha dicho? —Desde detrás de la cortina llegó un sonido de agua turbulenta—. ¿Quién diablos ha dicho que me va a estropear todo el bonito esmalte de los dientes?

—Lo he dicho *yo*. —La señora Glass echó a su jardín una última ojeada crítica—. Hazme el favor de usarla. —Empujó un poco con los dedos extendidos una caja de Sal hepática todavía sin abrir, a fin de igualarla con los demás objetos de la hilera, y cerró la puerta del botiquín. Abrió el grifo del agua fría—. Me gustaría saber quién se lava las manos y después no limpia el lavabo —dijo, frunciendo el ceño—. Se supone que esta familia está compuesta exclusivamente de adultos. —Aumentó la presión del agua y lavó la pileta breve, pero concienzudamente con una sola mano—. Supongo que aún no has hablado con tu hermana pequeña —observó, volviéndose hacia la cortina de la ducha.

—No, aún no he hablado con mi hermana pequeña. Y ahora, ¿quieres irte de una vez?

—¿Por qué no? —Interrogó la señora Glass—. Eso no está bien, Zooey, no está *nada* bien. Te pedí como un favor especial que fueras a ver si había algo...

—En primer lugar, Bessie, me he levantado hace una hora. En segundo lugar, anoche hablé con ella durante dos horas largas, y no creo en absoluto que hoy tenga ganas de hablar con ninguno de nosotros. Y en tercer lugar, si no sales del cuarto de baño voy a prender fuego a esta horrible y maldita cortina. Lo digo en serio, Bessie.

Hacia la mitad de estos tres puntos aclaratorios, la señora Glass se había sentado y dejado de escuchar.

—A veces casi podría asesinar a Buddy por no tener teléfono —dijo—. Es tan innecesario. ¿Cómo puede *vivir* así un hombre adulto, sin *teléfono*, sin *nada*? Nadie tiene el menor deseo de invadir su *intimidad*, si eso es lo que *quiere*, pero desde luego no creo que sea necesario vivir como un *ermitaño*. —Se movió con brusquedad, y cruzó las piernas—. ¡Ni siquiera es seguro, caramba! Supón que se rompiera una pierna o algo parecido, viviendo tan apartado y en el *bosque*. Me preocupa continuamente.

—Conque sí, ¿eh? ¿Qué te preocupa: que se rompa una pierna o que no tenga teléfono cuando a ti te interesa?

—Para tu información, jovencito, me preocupan las *dos cosas*.

—Bueno, pues... no pierdas el tiempo preocupándote. Eres tan tonta, Bessie. ¿Por qué eres tan tonta? Dios mío, conoces a Buddy. Aunque estuviera a treinta *kilómetros* dentro del bosque, con las dos piernas rotas y una maldita *flecha* clavada en la espalda, se arrastraría hasta su cueva sólo para asegurarse de que nadie había entrado a probarse sus chanclos. —Detrás de la cortina sonó una risotada gozosa, aunque algo siniestra—. Puedes creerme. Le interesa demasiado su maldita intimidad para morir en un bosque.

—Nadie ha hablado de *morir* —dijo la señora Glass. Dio un retoque menor e innecesario a su redecilla del pelo—. Me he pasado la mañana *entera* tratando de comunicar por teléfono con esa gente que vive en su misma calle. Ni siquiera contestan. Es *irritante* no poder comunicar con él. ¡Cuántas veces le he *suplicado* que saque ese absurdo teléfono de la antigua habitación que compartía con Seymour! Ni siquiera es

normal. Si un día ocurre *algo* y nos necesita... Es irritante. Anoche lo intenté dos veces, y alrededor de cuatro esta...

— ¿Qué es todo esto tan irritante? En primer lugar, ¿por qué habrían de estar a nuestra disposición unos extraños de su misma calle?

—Nadie habla de que deban estar a nuestra *disposición*, Zooey. No seas fresco, te lo ruego. Para tu *información*, estoy muy preocupada por esa niña. Y creo que Buddy debe enterarse de todo este asunto. Sólo para tu *información*, no creo que me lo perdonase jamás si no me pusiera en contacto con él en un momento como éste.

— ¡Está bien! Entonces, ¿por qué no llamas a la universidad en lugar de importunar a sus vecinos? De todos modos, a esta hora del día no puede estar en su cueva, y tú lo sabes.

—Ten la bondad de bajar la voz, por favor, jovencito. Nadie está sordo. Para tu *información*, he llamado a la Universidad. La experiencia me ha enseñado que esto no sirve absolutamente de nada. Se limitan a dejar mensajes sobre su mesa, y no creo que se *acerque* jamás a su despacho. —La señora Glass inclinó de improviso su peso hacia delante, sin levantarse, y, alargando la mano, cogió algo que había sobre la canasta de ropa sucia—. ¿Tienes un trapo ahí dentro? —preguntó.

—La palabra es «pañó», no «trapo», y todo lo que quiero, maldita sea, Bessie, es quedarme solo en este cuarto de baño. Es mi único y sencillo deseo. Si hubiese querido llenar este espacio de todas las rosas irlandesas y gordas que pasen por aquí cerca, lo habría dicho. Vamos, sal de una vez.

—Zooey —replicó con paciencia la señora Glass—, tengo en la mano un trapo limpio. ¿Lo quieres o no lo quieres? Di sólo sí o no, por favor.

— ¡Oh, Dios mío! Sí, sí, *sí*. Más que nada en el mundo. Tíramelo.

—No pienso *tirarlo*, te lo alargaré. Siempre se tira todo en esta familia.

La señora Glass se levantó, dios tres pasos hacia la cortina de la ducha y esperó a que una mano saliera a reclamar el paño.

—Un millón de gracias. Ahora, lárgate, por favor. Ya he perdido unos cinco kilos.

— ¡No me *extraña*! Te quedas en esa bañera hasta que tienes la cara prácticamente morada, y entonces... ¿Qué es *esto*? —Con inmenso interés, la señora Glass se agachó y recogió el manuscrito que Zooey estaba leyendo cuando ella entró en la habitación—. ¿Es el nuevo manuscrito que te envió el señor LeSage? —preguntó—. ¿En el *suelo*? —No obtuvo respuesta. Era como si Eva hubiese preguntado a Caín si su hermosa azada nueva era la que estaba bajo la lluvia—. Debo reconocer que es un lugar maravilloso para poner un manuscrito. —Transportó el manuscrito hasta la ventana y lo colocó cuidadosamente sobre el radiador. Lo contempló, como para cerciorarse de que no estaba húmedo. La persiana continuaba bajada —Zooey había leído todo el rato a la luz de las tres bombillas del techo—, pero por debajo se filtraba una fracción de luz matutina, que iluminaba la portada del manuscrito. La señora Glass ladeó la cabeza para leer mejor el título, extrayendo al mismo tiempo un paquete de cigarrillos extra-largos del bolsillo de su kimono. «El corazón es un vagabundo otoñal» —leyó, caviló, en voz alta—. Un título poco común.

La respuesta desde detrás de la cortina llegó algo retrasada, pero divertida.

— ¿Qué has dicho? ¿Qué clase de título es?

La señora Glass ya estaba en guardia. Retrocedió, y volvió a sentarse, con un cigarrillo encendido en la mano.

—He dicho poco *común*. No he dicho *bonito* ni nada, sólo...

— ¡Ah, caramba! Tienes que levantarte muy temprano por la mañana para que se te escape algo que real-mente valga la pena, querida Bessie. ¿Sabes qué es tu

corazón, Bessie? ¿Te gustaría saber qué es tu corazón? *Tu corazón*, Bessie, es un garaje otoñal. Un título llamativo, ¿no te parece? Por Dios, mucha gente —mucha gente *mal informada*— piensa que Seymour y Buddy son los únicos malditos hombres de letras en esta familia. Cuando *pienso*, cuando me siento un momento a pensar en la prosa sensitiva y los garajes que tiro cada día de mi...

—Está bien, jovencito —dijo la señora Glass—. Cualquiera que fuese su gusto en títulos de obras por televisión, o su estética en general, un destello apareció en sus ojos, no más que un destello, pero destello al fin, de placer experto, aunque perverso, ante el estilo fanfarrón de su hijo menor y único guapo de la familia. Durante una fracción de segundo, el destello suplantó a la expresión cotidiana y la preocupación específica que se leía en su rostro cuando entró en el cuarto de baño. Sin embargo, casi inmediatamente volvió a estar a la defensiva—: ¿Qué pasa con ese título? No me negarás que es poco usual. ¡Tú nunca piensas que una cosa es hermosa o poco usual! Ni una sola vez te he oído...

—¿Qué? ¿Quién no lo piensa? ¿Qué es exactamente lo que no considero hermoso? —Un pequeño maremoto tuvo lugar tras la cortina de la ducha, como si una marsopa delincuente se entregara a juegos repentinos—. Escucha, no me importa lo que digas acerca de mi raza, credo o religión, gorda, pero no me digas que no soy sensible a la belleza. Este es mi talón de Aquiles, no vayas a olvidarlo. Para mí, *todo* es hermoso. Enséñame una puesta de sol rosada y, por Dios, casi me desmayo. *Cualquier* cosa. *Peter Pan*. Aun antes de que suba el telón de *Peter Pan*, estoy hecho un maldito mar de lágrimas. Y tú tienes la osadía de decirme que soy...

---Oh, cierra el pico —interrumpió la señora Glass, abstraída. Exhaló un gran suspiro, y entonces chupó con fuerza el cigarrillo y, sacando el humo por la nariz, exclamó, o mejor, produjo un movimiento eruptivo, con expresión tensa—: ¡Oh, me gustaría saber qué debo hacer con esa niña! —Inspiró profundamente—. De verdad que estoy a la *cuarta* pregunta. —Miró la cortina como si tuviera rayos X en los ojos—. Ninguno de vosotros me ayuda en nada. ¡En nada! Tu *padre* ni siquiera accede a *hablar* de cosas como ésta. ¡Tú lo sabes! También está preocupado, claro; conozco esa expresión de su rostro, pero se niega a enfrentarse con lo que sea. —La señora Glass apretó los labios—. Nunca se ha enfrentado con nada desde que le conozco. Cree que todo lo *peculiar* o desagradable se desvanecerá simplemente si conecta la radio y algún estúpido empieza a cantar.

Una gran carcajada procedió del invisible Zooey. Apenas podía distinguirse de su risotada, pero *había* una diferencia.

— ¡Pues lo cree! —insistió, sin humor, la señora Glass. Se inclinó hacia delante—. ¿Te gustaría saber lo que de verdad pienso? —interrogó—. ¿Te gustaría?

—Bessie, por el amor de Dios. Me lo vas a decir de todos modos, así que no importa que yo...

—Pienso de verdad, y ahora hablo *en serio*, pienso de verdad que aún sigue esperando oídos nuevamente a todos por la radio. Te lo digo en serio. —La señora Glass volvió a inspirar con fuerza—. Cada vez que tu padre enciende la radio, creo sinceramente que espera oír el programa «Es un niño sabio» y a todos sus hijos, *uno por uno*, contestando preguntas. —Volvió a apretar los labios e hizo una pausa inconsciente para lograr un mayor énfasis—. Y me refiero a todos vosotros —añadió, enderezando de pronto un poco su postura—, incluyendo a Seymour y Walt. —Dio una chupada breve pero intensa al cigarrillo—. Vive enteramente en el pasado, enteramente. Casi nunca *mira* la televisión, a menos que *tú* salgas en ella. Y no te rías, Zooey, esto no es nada gracioso.

—En nombre de Dios, ¿quién está riendo?

—Bueno, ¡pues es verdad! No tiene la menor idea de que a Franny le ocurre algo malo. ¡Ni la menor idea! ¿Sabes qué me preguntó ayer en cuanto terminaron las noticias de las once? ¡Si creía que a Franny le gustaría una mandarina! La niña se pasa las horas llorando a lágrima viva sólo porque le diriges una palabra, y murmurando Dios sabe qué para sus adentros, y tu padre se pregunta si le gustará una mandarina. Le hubiese matado. La próxima vez que... —La señora Glass se interrumpió, mirando de hito en hito la cortina de la ducha—. ¿Qué es lo gracioso? —preguntó.

—Nada. Nada, nada, nada. Me gusta lo de la mandarina. Está bien, ¿quién más no te ayuda? Yo, Les, Buddy. ¿Quién más? Ábreme tu corazón, Bessie. No seas reticente. Esto es lo malo de esta familia —nos guardamos demasiado las cosas.

—Oh, eres tan gracioso como una mula, jovencito —dijo la señora Glass. Calló mientras introducía un mechón rebelde bajo la redecilla elástica—. Ojalá pudiera comunicar con Buddy unos minutos por ese absurdo teléfono. Es la única persona que *sabe* algo de este estrafalario asunto. —Reflexionó, con aparente rencor—. Las desgracias nunca vienen solas. —Sacudió la ceniza del cigarrillo en el hueco de la mano izquierda—. Boo Boo no volverá hasta el *diez*. A Waker me daría *miedo* contárselo, aunque supiera cómo *localizarle*. En toda mi vida he visto una familia como ésta. Lo digo en serio. Se supone que todos sois muy inteligentes y todo eso, y sin embargo, ninguno es capaz de ayudar cuando las cosas van mal. Ni uno solo de vosotros. Ya empiezo a estar un poco harta de...

¿De qué cosas hablas? ¿Qué es eso de cuando van mal? ¿Qué querías que hiciéramos, Bessie? ¿Entrar allí y vivir la vida de Franny?

— ¡Vamos, deja de hablar así! Nadie dice que alguien tenga que vivir su *vida* por ella. Sencillamente me gustaría que alguien entrara en esa sala de estar y descubriera de qué se trata, *eso* es lo que me gustaría. Querría saber cuándo esa niña tiene intención de volver a la Universidad y terminar el curso. Querría saber cuándo se propone meter algo alimenticio en su estómago. No ha comido prácticamente nada desde que llegó a casa el sábado por la noche, ¡nada! Hace apenas media hora que he intentado hacerle tomar una taza de buen caldo de gallina. Ha tomado exactamente dos cucharadas, y nada *más*. Vomitó casi todo lo que le hice comer ayer. —La voz de la señora Glass sólo se detuvo para repostar, por así decirlo—. Dijo que tal vez comería un bocadillo de queso dentro de un rato. ¿Qué es esto de los bocadillos de queso? Tengo la impresión de que ha vivido todo el semestre de bocadillos de queso y coca-colas. ¿Es esto lo que dan de comer hoy día a las jovencitas en la universidad? Sólo sé *una cosa*: yo no voy a alimentar a una niña tan decaída como ésta con comidas que ni siquiera son...

— ¡Así me gusta! O caldo de gallina o nada. Hay que imponerse. Si ella está decidida a tener una crisis nerviosa, lo menos que nosotros podemos hacer es asegurarnos de que no la tenga en paz.

—Por favor, no seas tan *fresco*, jovencito... ¡Oh, esa boca tuya! Para tu *información*, no creo que sea imposible que la clase de alimento que esa niña mete en su organismo tenga mucho que ver con todo este extraño asunto. Incluso cuando era *niña*, había que obligarla prácticamente a tocar la verdura o cualquier cosa que fuese *buena* para ella. No se puede abusar del cuerpo indefinidamente, año tras año..., a pesar de lo que tú creas.

—Tienes toda la razón. Toda la razón. Es impresionante tu forma de ir derecha al grano. Se me ha puesto la carne de gallina... Por Dios, tú me inspiras. Me inflamas, Bessie. ¿Sabes qué has hecho? ¿Te das cuenta de lo que has hecho? Has dado a toda esta maldita cuestión un fresco y nuevo cariz *bíblico*. En la Universidad escribí cuatro páginas sobre la Crucifixión —cinco, en realidad—, y cada una de ellas me tenía medio

loco porque pensaba que les faltaba algo. Ahora veo de qué se trataba. Ahora lo veo claro. Veo a Cristo bajo *una luz completamente distinta*. Su fanatismo malsano. Su rudeza con aquellos pobres fariseos, sanos, conservadores, puntuales pagadores de impuestos. ¡Oh, qué excitante es esto! A tu manera sencilla, directa y mojigata, Bessie, acabas de hacer sonar la nota ausente de todo el Nuevo Testamento. *Una dieta inadecuada*. Jesucristo vivía de bocadillos de queso y coca-colas. Que nosotros sepamos, es probable que alimentase a la multi...

—*Basta de eso ahora* —interrumpió la señora Glass, con una voz tranquila, pero peligrosa—. ¡Oh, me gustaría tapar esa boca tuya con un trapo!

—Está bien. Sólo trataba de mantener una cortés conversación de cuarto de baño.

—Qué gracioso eres. ¡Oh, qué gracioso eres! *Ocurre*, jovencito, que yo no considero a tu hermana pequeña del mismo modo que considero al Señor. Puede que sea *peculiar*, pero es así. Da la casualidad de que no encuentro ninguna comparación posible entre el *Señor* y una colegiala triste y abatida que ha leído demasiados libros religiosos y cosas por el estilo. Estoy segura de que conoces a tu hermana tan bien como yo, o al menos, *deberías* conocerla. Es terriblemente impresionable y lo ha sido siempre, ¡y tú lo sabes muy bien!

En el cuarto de baño reinó un extraño silencio durante unos instantes.

¿Mamá? ¿Sigues sentada ahí? Tengo la terrible impresión de que sigues ahí con cinco cigarrillos encendidos. ¿Acierito? —Esperó. Sin embargo, la señora Glass optó por no responder—. *No* quiero que sigas ahí sentada, Bessie. Me gustaría salir de esta maldita bañera... ¿Bessie? ¿Me oyes?

Te oigo, te oigo —dijo la señora Glass. Una nueva oleada de preocupación recorría su rostro. Llena de inquietud, enderezó la espalda—. Tiene consigo a ese loco de Bloomberg sobre el sofá —añadió—. Ni siquiera es algo *sano*. —Exhaló un potente suspiro. Durante varios minutos había sostenido la ceniza de sus cigarrillos en la palma de la mano. Ahora alargó el brazo y, sin levantarse del todo, la vació sobre la papelería—. *No sé* qué hacer —anunció—, no lo sé, eso es todo. La casa está patas arriba. Los pintores están acabando *su* habitación, y ahora querrán entrar en la sala inmediatamente después del almuerzo. No sé si despertarla, o qué. *Casi* no ha dormido. Y yo voy a volverme loca. ¿Sabes cuánto tiempo hace que no era *libre* ni para tener pintores en el apartamento? *Casi vein...*

—¡Los pintores! ¡Ah! Se ha hecho la luz. Me había olvidado de los pintores. Escucha, ¿por qué no les has invitado a entrar aquí? Hay *mucho* sitio. ¿Qué clase de anfitrión creerán que soy, no invitándoles al cuarto de baño mientras me...?

—Calla un momento, jovencito. Estoy pensando.

Como si obedeciera, Zoey hizo uso repentino del guante de crin. Durante un pequeño intervalo, un leve palmoteo fue el único sonido en el cuarto de baño. La señora Glass, sentada a unos tres metros de la cortina de la ducha, miraba fijamente la alfombra azul que cubría las baldosas frente a la bañera. Su cigarrillo se había consumido hasta el último centímetro; lo sostenía entre las yemas de los dedos de la mano derecha. Su forma de sostenerlo tendía claramente a enviar a cierto infierno literario la primera impresión de uno, fuerte (y aún perfectamente justificada), de que un invisible chal dublinés cubría sus hombros. No sólo sus dedos eran de una longitud y proporción extraordinaria —como no era de esperar, hablando muy en general, que fueran los dedos de una mujer rechoncha—, sino que poseían, por así decirlo, un temblor de aspecto algo imperial; una reina destronada de los Balcanes o una cortesana retirada podría haber tenido un temblor tan elegante. Y ésta no era la única contradicción del motivo del chal negro de Dublín. Estaba el hecho bastante sorprendente de las piernas

de Bessie Glass, que eran bonitas según cualquier criterio. Eran las piernas de una belleza pública antaño ampliamente conocida, una actriz de vodevil, una bailarina, una bailarina muy ligera. Ahora, mientras contemplaba la alfombra del baño, estaban cruzadas, la izquierda sobre la derecha, y una vieja zapatilla de terciopelo blanco, suspendida del pie, parecía estar a punto de caer de un momento a otro. Los pies eran extraordinariamente pequeños, los tobillos todavía esbeltos, y, quizá lo más notable, las pantorrillas aún eran firmes y obviamente no habían sido nunca abultadas.

Un suspiro mucho más profundo de lo corriente —casi pareció una parte de su fuerza vital misma— surgió de pronto del pecho de la señora Glass. Se puso en pie, llevó la colilla hasta el lavabo, la mojó con agua fría, la echó a la papelera y volvió a sentarse. El hechizo introspectivo en que se había sumido no se interrumpió, como si no se hubiera movido del asiento.

—¡Voy a salir de aquí dentro de tres segundos, Bessie! Te lo advierto. No deterioremos nuestra bienvenida, hermana.

La señora Glass, que había reanudado su contemplación de la alfombra azul, asintió distraídamente con la cabeza al oír esta «advertencia». Y en aquel instante, y esto es muy digno de mención, si Zooey hubiera visto su rostro, y en particular sus ojos, podría haber sentido un fuerte impulso, pasajero o no, de recordar, o reconstruir, o reflexionar sobre la mayor parte de la conversación sostenida entre ambos... a fin de atenuarla, suavizarla. Por otro lado, quizá no lo habría sentido. Era una cuestión muy difícil, en 1955, leer de manera plausible en el rostro de la señora Glass, y en especial en sus enormes ojos azules. Mientras que en otro tiempo, unos pocos años antes, solamente sus ojos podían dar la noticia (ya fuera a personas o alfombras de baño) de que dos de sus hijos habían muerto, uno por suicidio (su favorito, su hijo de calibre más intrincado, el más bondadoso), y el otro en la Segunda Guerra Mundial (su único hijo verdaderamente alegre), mientras que en otro tiempo los ojos de Bessie Glass podían por sí solos comunicar estos hechos, con una elocuencia y una aparente pasión por el detalle que ni su marido ni ninguno de sus hijos adultos eran capaces de contemplar, y aún menos aceptar, ahora, en 1955, solía utilizar este mismo terrible atributo celta para dar la noticia, generalmente ante la puerta principal, de que el nuevo chico de los recados no había traído la pierna de cordero a tiempo para la cena, o que se estaba tambaleando el matrimonio de alguna remota estrella de Hollywood.

Encendió de pronto un nuevo cigarrillo extra-largo y se levantó, exhalando humo.

—Volveré en seguida —dijo. El anuncio sonó, inocentemente, como una promesa—. No olvides usar la alfombra cuando salgas —añadió—. Para eso está ahí.

Salió del cuarto de baño, cerrando bien la puerta tras de sí.

Fue algo parecido a que el *Queen Mary*, después de estar fondeado durante días en, digamos, Walden Pond, hubiese zarpado tan repentina y perversamente como hiciera su aparición. Detrás de la cortina de la ducha, Zooey cerró los ojos unos segundos, como si su propia pequeña embarcación se balanceara precariamente en la estela. Entonces describió la cortina y contempló la puerta cerrada. Fue una mirada intensa, y en realidad el alivio no era una gran parte de ella. En el fondo se trataba de la mirada, no tan paradójica, de un amante de la intimidad que, cuando ha visto invadida su intimidad, no aprueba del todo que el invasor se levante y se vaya, un, dos, tres, así como *así*.

Menos de cinco minutos después, Zooey, con el pelo húmedo ya peinado, estaba descalzo ante el lavabo, llevando unos pantalones de lana gris oscuro, sin cinturón, y una toalla sobre los hombros desnudos. Ya había efectuado el ritual que precedía al afeitado, subiendo hasta la mitad la persiana de la ventana; abriendo de par en par la

puerta del cuarto de baño para que el vapor saliera y se aclarasen los espejos; encendiendo un cigarrillo, dándole una chupada y colocándolo a su alcance sobre el estante de cristal que había bajo el espejo del botiquín. En este momento, Zooey acababa de poner espuma de afeitar en el extremo de una brocha. Metió el tubo de espuma, sin tapanlo, en el fondo esmaltado del armario, donde no le estorbase. Pasó varias veces la palma de la mano por el espejo del botiquín, desempañándolo casi del todo. Entonces empezó a enjabonarse la cara. Su técnica era muy diferente de la habitual, aunque idéntica en espíritu a su técnica de afeitado. Es decir, pese a mirarse al espejo mientras se enjabonaba, no vigilaba en qué dirección se movía el cepillo, sino que se miraba directamente a los ojos, como si sus ojos fueran territorio neutral, una tierra de nadie en la guerra privada contra el narcisismo que libraba desde que tenía siete u ocho años. Ahora, a los veinticinco, esta pequeña estratagema debía ser en gran parte un reflejo, como el de un veterano jugador de baseball que, cuando está en la base del bateador, golpea los clavos de su zapatilla con el bate tanto si lo necesita como si no. No obstante, unos minutos antes, mientras se peinaba, lo había hecho con la mínima ayuda del espejo. Y aun antes había conseguido secarse frente a un espejo de cuerpo entero sin dirigirse siquiera una mirada.

Acababa de enjabonarse la cara cuando su madre apareció de improviso en el espejo del lavabo. Estaba en el umbral, a pocos metros de él, con una mano en el pomo de la puerta, la imagen de un falso titubeo antes de hacer una entrada completa en la habitación.

— ¡Ah! ¡Qué sorpresa tan simpática y agradable! —exclamó Zooey al espejo—. ¡Adelante, adelante! —Se rió, o profirió su carcajada, y abrió la puerta del botiquín para sacar la navaja.

La señora Glass avanzó, meditabunda.

—Zooey... —dijo— he estado pensando.

Su asiento habitual se hallaba directamente a la izquierda de Zooey. Empezó a agacharse para ocuparlo.

— ¡No te sientes! Deja que primero te beba toda —dijo Zooey. Al parecer, salir de la bañera, ponerse los pantalones y peinarse había mejorado su humor—. No ocurre a menudo que tengamos visitas en nuestra pequeña capilla, y en tales casos procuramos hacerles sentir...

—Cállate un momento —ordenó con firmeza la señora Glass, sentándose. Cruzó las piernas—. He estado pensando. ¿Crees que serviría de algo traer a Waker? Personalmente, *no* lo creo, pero, ¿qué opinas tú? A mi juicio lo que esta niña necesita es un buen *psiquiatra*, no un sacerdote o algo por el estilo, pero puedo estar *equivocada*.

—Oh, no. No, no, *equivocada* no. Jamás te has equivocado, que yo sepa, Bessie. Tus hechos son siempre falsos o exagerados, pero nunca estás *equivocada*, eso no. — Con gran deleite, Zooey humedeció la navaja y empezó a afeitarse.

—Zooey, te he hecho una *pregunta*; deja ahora esa actitud graciosa, por favor. ¿Crees o no que debería ponerme en contacto con Waker? Podría llamar a ese obispo Pinchot o como se llame, y es probable que él me diga adónde puedo *cablegrafiarle*, si es que aún está en algún absurdo barco. —La señora Glass alargó el brazo y se acercó a la papelera para utilizarla como cenicero, pues había entrado con un cigarrillo encendido—. He *preguntado* a Franny si le gustaría hablar con él por teléfono, en caso de que pueda localizarle —añadió.

Zooey aclaró brevemente la navaja.

— ¿Qué ha dicho? —preguntó.

La señora Glass rectificó su posición haciendo un evasivo movimiento hacia la derecha.

—Ha *dicho* que no quiere hablar con *nadie*.

— ¡Ah! Pero nosotros no opinamos lo mismo, ¿verdad? No vamos a aceptar una respuesta tan directa, ¿verdad?

—Para tu información, jovencito, hoy no pienso aceptar de esa niña ninguna clase de respuesta —dijo con decisión la señora Glass, dirigiéndose al perfil enjabonado de Zooney—. Si tienes a una muchacha tendida en una habitación, llorando y *murmurando* para sus adentros durante cuarenta y ocho horas, no acudes a ella para ninguna respuesta.

Zooney, sin comentarios, continuó afeitándose.

--Contesta mi pregunta, por favor. ¿Crees o no que debería ponerme en contacto con Waker? Me da *miedo* hacerlo, francamente. Es tan emocional... aparte de ser sacerdote. Si dices a Waker que parece que va a *llover*, se le mojan los ojos.

Zooney compartió la diversión que le produjo esta observación con el reflejo de sus propios ojos en el espejo.

—Aún hay esperanza para ti, Bessie —observó.

—Bueno, si no puedo telefonar a Buddy, y *tú* no quieres ayudarme, tendré que hacer *algo* —dijo la señora Glass. Con aspecto de enorme preocupación, se quedó fumando un largo momento. Entonces continuó—: Si se tratara de algo estrictamente católico, o algo así, podría ayudarla yo misma. No me he olvidado de *todo*. Pero ninguno de vosotros fuisteis *educados* como católicos, y realmente no sé...

Zooney la interrumpió con brusquedad.

—Estás en un error —dijo, volviendo hacia ella su rostro enjabonado—, estás en un gran error. Ya te lo dije anoche. Este asunto de Franny no es sectario en absoluto. —Mojó la navaja y continuó afeitándose—. Créeme, te lo ruego.

La señora Glass contempló su perfil con fuerza e insistencia, como instándole a decir algo más, pero Zooney no añadió nada. Al final suspiró y dijo:

—Casi me quedaría satisfecha por un rato si pudiera apartarle del sofá ese horrible Bloomberg. Ni siquiera es *higiénico*. —Dio una chupada al cigarrillo—. Y *no sé* qué hacer con los pintores. En este momento han acabado prácticamente la habitación de Franny, y van a impacientarse en seguida por entrar en la sala.

—¿Sabes una cosa? Soy el único de esta familia que no tiene problemas —observó Zooney—. ¿Y sabes por qué? Porque siempre que me siento triste, o *perplejo* invito a unas cuantas personas a visitarme en el cuarto de baño, y... bueno, parece que juntos solucionamos las cosas.

La señora Glass dio la impresión de estar a punto de distraerse con el método de Zooney para tratar los problemas, pero tenía el día apropiado para suprimir cualquier forma de diversión. Le miró fijamente unos momentos, y entonces, con lentitud, apareció en sus ojos una nueva mirada: hábil, astuta, y un poco desesperada.

—Escucha, no soy tan estúpida como parece creer, jovencito —declaró—. Sois muy callados, todos mis hijos. Pero ocurre, si es que quieres saberlo, que yo sé más de lo que os pensáis sobre todo este asunto. —A fin de poner más énfasis, comprimó los labios y sacudió una imaginaria ceniza de la falda de su quimono—. Para tu información, sé que ese libro pequeño que ayer paseó consigo por toda la casa está en la misma *raíz* de la cuestión.

Zooney se volvió a mirarla. Sonreía entre dientes.

—¿Cómo lo has deducido? —inquirió.

—No te preocupes de cómo lo he deducido —repuso la señora Glass—. Si quieres saberlo, Lane ha llamado varias veces. Está terriblemente preocupado por Franny.

Zooney lavó la navaja.

—¿Quién diablos es Lane? —preguntó. Era sin duda la pregunta de un muchacho todavía muy joven que de vez en cuando prefiere no admitir que conoce los nombres de pila de ciertas personas.

—Sabes muy bien quién es, jovencito —respondió con énfasis la señora Glass.— Lane *Coutell*. Ha sido novio de Franny sólo durante todo un año. Le has visto por lo menos una docena de veces, que yo sepa, así que no finjas ignorar quién es.

Zoey soltó una carcajada auténtica, como si le deleitara ver desenmascarada cualquier afectación, incluyendo las suyas. Continuó afeitándose, muy divertido.

---La expresión es el «amigo» de Franny, no su «novio»--precisó—. ¿Por qué estás tan anticuada, Bessie?
¿Por qué será, eh?

---No te importa por qué estoy tan anticuada. Puede que te interese saber que ha llamado cinco o seis veces desde que Franny llegó a casa; dos veces esta mañana, antes incluso de que te *levantaras*. Ha sido muy amable y está terriblemente preocupado y ansioso por Franny.

---No como otras personas que conocemos, ¿eh? Bueno, detesto causarte una desilusión, pero he hablado mucho con él y no es amable en absoluto. Es un presumido y un fraude. A propósito, debe haber alguien por aquí que se afeite los sobacos o las malditas piernas con mi navaja. O que la haya *tirado* al suelo. El filo está muy...

—Nadie ha tocado tu navaja, jovencito. ¿Puedo preguntar por qué es un presumido y un fraude?

—¿Por qué? Porque lo es, y ya está. Probablemente porque le sale a cuenta. Puedo decirte una cosa. Si es cierto que le preocupa Franny, debe ser por los motivos más retorcidos. Seguramente le molestó abandonar el maldito partido de fútbol antes de que terminara y está preocupado porque demostró su enojo y sabe que Franny es lo bastante lista para haberlo advertido. Me imagino al pequeño bastardo metiéndola en un taxi y después en un tren y preguntándose si aún llegaría a tiempo de ver el final.

—¡Oh, es imposible hablar contigo! No sé por qué lo intento siquiera. Eres igual que Buddy. Creéis que todo el mundo hace las cosas por alguna *razón peculiar*. Creéis que nadie llama por teléfono a nadie sin tener algún *motivo* repugnante y egoísta.

—Exactamente... en nueve de cada diez casos. Y el tal Lane no es una excepción, puedes estar segura. Escucha, una noche hablé con él durante veinte malditos y mortales minutos, mientras Franny se arreglaba para salir, y te digo que es una gran nulidad. —Reflexionó, con la navaja en el aire—. ¿Qué diablos me contó? Algo muy *encantador*. ¿Qué sería? ¡Ah, sí! Sí. Me contó que cuando era pequeño solía escucharnos todas las semanas a Franny y a mí... ¿y sabes qué hacía el pequeño bastardo? Me daba publicidad a costa de Franny. Por *ninguna* otra *razón* que congraciarse consigo mismo y alardear de su caliente pequeño intelecto de la Liga Ivy. —Zoey sacó la lengua y emitió una interjección del Bronx, discreta y amortiguada—: ¡Buf! —Exclamó, volviendo a usar la navaja—. ¡Buf!, digo yo a todos los universitarios de guante blanco que editan la revista literaria de su campus. Siempre preferiré a un estafador honesto.

La señora Glass dirigió una mirada larga y extrañamente comprensiva al perfil de su hijo.

—Es un muchacho que aún no ha salido de la universidad. Y tú pones nerviosa a la gente, jovencito —observó con tranquilidad inusitada—. Las personas te gustan o no te gustan. Si te gustan, no paras de hablar y nadie consigue decir una sola palabra. Si *no* te gustan, lo cual ocurre casi siempre, te quedas sentado como si estuvieras *muerto* y dejas que la otra persona hable hasta meterse en un callejón. Te he visto hacerlo.

Zoey giró en redondo para mirar a su madre. Y en este momento la miró exactamente del mismo modo como la habían mirado, en un momento cualquiera, en un año cualquiera, todos sus hermanos y hermanas (y en especial sus hermanos). No sólo con asombro objetivo ante la revelación de una verdad, fragmentaria o no, a través de lo

que a menudo se presentaba como una masa impenetrable de prejuicios, frases hechas y monotonía, sino con admiración, afecto y, en la misma medida, gratitud. Y, tanto si era extraño como si no, la señora Glass aceptaba invariablemente este «tributo», cuando se le ofrecía, con un hermoso talante. Miraba a su vez con gracia y modestia al hijo o la hija que le había dedicado esta mirada. Ahora obsequió a Zooey con esta expresión graciosa y modesta.

—Es cierto —dijo, sin sombra de acusación en la voz—. Ni tú ni Buddy sabéis hablar con la gente que no os gusta. —Reflexionó—. Mejor dicho, a quien no amáis —rectificó, y Zooey siguió contemplándola, sin afeitarse—. Esto no está bien—continuó, triste y gravemente—. Cada vez te pareces más a Buddy cuando tenía tu edad. Incluso tu padre lo ha advertido. Si alguien no te gusta a los dos minutos, le descartas para siempre. —La señora Glass paseó su mirada abstraída por las baldosas del suelo, hasta la alfombrilla azul. Zooey se mantenía lo más quieto posible, para no interrumpir su estado de ánimo—. No se puede vivir en el mundo con simpatías y antipatías tan marcadas —dijo la señora Glass a la alfombra de baño, y entonces se volvió de nuevo hacia Zooey y le dirigió una larga mirada, muy poco o nada moralizadora—. A pesar de lo que tú puedas creer, jovencito —añadió.

Zooey continuó mirándola, y en seguida sonrió y dio media vuelta para examinarse la barba en el espejo. La señora Glass, sin perderle de vista, suspiró. Se agachó y apagó el cigarrillo contra el interior metálico de la papelera. Encendió otro casi inmediatamente, y dijo, con todo el énfasis de que fue capaz:

—De todos modos, tu hermana dice que Lane es un chico inteligente.

—Eso no es más que la voz del sexo, hermana —replicó Zooey—. La conozco, ¡oh, cómo conozco esta voz! —Ya no quedaban trazas de jabón en su rostro y su garganta. Se pasó una mano por la garganta y entonces volvió a coger la brocha y empezó a enjabonar otra vez partes estratégicas de su cara—. Está bien, ¿qué dice Lane por teléfono? —preguntó—. Según Lane, ¿qué se esconde tras los problemas de Franny?

La señora Glass se inclinó ligera y ávidamente hacia delante y contestó:

—Bueno, *Lane* dice que todo este asunto tiene que ver con ese pequeño libro del que no se separa ni un momento. Ya sabes, ese libro que estuvo leyendo todo el día de ayer y llevándolo por todas partes y...

—Ya conozco ese pequeño libro. Continúa.

—Bueno, dice, *Lane* dice que es un libro terriblemente religioso, *fanático* y todo eso, que sacó de la biblioteca de la universidad, y ahora se imagina que tal vez está...

—La señora Glass se interrumpió. Zooey acababa de volverse hacia ella con una atención algo amenazadora—. ¿Qué *pasa*?

—¿De dónde ha dicho que lo sacó?

—De la biblioteca de la universidad. ¿Por qué?

Zooey meneó la cabeza y se puso otra vez de cara al lavabo. Dejó la brocha de afeitar y abrió el botiquín.

—¿Qué ocurre? —Inquirió la señora Glass—. ¿Qué tiene eso que ver? ¿Por qué esa mirada, jovencito?

Zooey no contestó hasta que hubo abierto un nuevo paquete de hojas de afeitar. Entonces dijo, desmontando la maquinilla y expeliendo la hoja usada:

—Eres tan tonta, Bessie.

—¿Por qué soy tan tonta? A propósito, ayer mismo cambiaste la hoja.

Zooey, sin variar de expresión, introdujo una hoja nueva en la maquinilla y empezó su segundo afeitado.

Te he hecho una pregunta, jovencito. ¿Por qué soy tonta? ¿Acaso *no* sacó ese pequeño libro de la biblioteca de la universidad, o qué?

No, no lo sacó de ahí, Bessie —repuso mientras se afeitaba—. Ese libro se titula *El peregrino continúa su camino* y es la continuación de otro librito titulado *El sendero de un peregrino*, que también lleva siempre consigo, y ha sacado ambos libros de la antigua habitación de Seymour y Buddy, donde han estado sobre el escritorio de Seymour desde tiempos inmemoriales. Dios Todopoderoso.

—Bueno, ¡no te pongas así! ¿Tan terrible es pensar que pudo sacarlos de la biblioteca de la universidad y traerlos sencillamente...?

— ¡Sí! *Es* terrible. *Es* terrible cuando los dos libros han estado durante *años* sobre ese maldito escritorio de Seymour.

Una nota inesperada, de una singular falta de combatividad, sonó en la voz de la señora Glass.

—Nunca entro en esa habitación si puedo evitarlo, y tú lo sabes —dijo—. No miro entre los... entre las cosas de Seymour.

Zooey contestó con rapidez:

—Está bien, lo siento. —Sin mirarla, y aunque no había terminado de afeitarse por segunda vez, cogió la toalla que cubría sus hombros y se secó el jabón de la cara—. Dejemos esto por el momento —dijo, mientras tiraba hacia el radiador la toalla, que aterrizó en la primera página del manuscrito de Rick y Tina.

Abrió la maquinilla y la enjuagó bajo el chorro de agua fría.

Su disculpa había sido sincera, y la señora Glass lo sabía, pero al parecer no podía resistir la tentación de aprovecharse de ella, tal vez debido a su rareza.

—No eres bondadoso —observó, contemplando cómo enjuagaba la máquina de afeitar—. No eres nada bondadoso, Zooey. Tienes ya edad suficiente para tratar de sentir algo de bondad cuando te irritas. Buddy, por lo menos, cuando se siente... —Contuvo el aliento y simultáneamente dio un gran respingo cuando la maquinilla de Zooey, con hoja nueva y todo, fue a parar con estrépito al interior de la papelera de metal.

Es muy probable que la intención de Zooey no fuera lanzar la maquinilla contra la papelera y que sólo hubiese bajado la mano izquierda tan de pronto y con tanta violencia que la maquinilla se le hubiera escapado de la mano. En cualquier caso, su intención no fue seguramente golpearse la muñeca contra el borde del lavabo.

—Buddy, Buddy, *Buddy* —dijo—. Seymour, Seymour, *Seymour*. —Se había vuelto hacia su madre, a quien el vuelo de la maquinilla sobresaltó y alarmó, pero no llegó a asustar realmente—. Estoy tan harto de sus nombres que podría cortarme el cuello. —Su cara estaba pálida, pero casi sin expresión—. Toda esta maldita casa apesta a fantasmas. No me importa tanto ser rondado por un fantasma muerto, pero me hace *maldita* la gracia que me ronde uno medio muerto. *Ojalá* Buddy se decidiera de una vez. Hace todo lo que hizo Seymour, o lo intenta. ¿Por qué diablos no se suicida y acaba de una vez?

La señora Glass pestañeó, sólo un instante, e inmediatamente Zooey dejó de mirar su rostro. Se inclinó y pescó la maquinilla del fondo de la papelera.

—Los dos somos *excéntricos*, Franny y yo —anunció, levantándose—. Yo soy un excéntrico de veinticinco años y ella una excéntrica de veinte, y esos dos bastardos tienen la culpa. —Colocó la maquinilla sobre el borde del lavabo, pero resbaló con ruido hasta el fondo. La recogió rápidamente y esta vez no la soltó—. Los síntomas son algo más débiles en el caso de Franny que en el mío, pero también es una excéntrica, no lo olvides. Te juro que podría asesinarlos sin pestañear siquiera. Los grandes maestros. Los grandes emancipadores. Dios mío. Ya no soy capaz ni de almorzar con un hombre y

llevar mi parte de conversación. O me aburro tanto o me pongo tan retórico, que si el hijo de perra tuviera alguna sensatez, rompería la silla sobre mi cabeza. —Abrió de repente el botiquín y miró con abstracción su interior durante unos segundos, como si hubiese olvidado por qué lo había abierto, y entonces guardó en uno de los estantes la maquinilla sin secar.

La señora Glass estaba muy quieta, observándole, con el cigarrillo casi consumido entre los dedos. Le vio tapar el tubo de espuma de afeitarse. Tuvo cierta dificultad en encontrar la rosca.

—No es que le interese a nadie, pero jamás he podido sentarme ante una maldita comida sin antes recitar en voz baja los Cuatro Grandes Votos, y me apuesto lo que quieras a que Franny tampoco puede. Nos adiestraron con tan maldita...

—¿Los Cuatro Grandes qué? —interrumpió la señora Glass, aunque con cierta cautela.

Zoey puso una mano en cada lado del lavabo e inclinó un poco el pecho hacia delante, con la vista fija en el panorama general de porcelana esmaltada. Pese a la esbeltez de su cuerpo, en aquel momento parecía dispuesto y capaz de hundir el lavabo en el suelo.

—Los Cuatro Grandes *Votos* —dijo, y, con rencor, cerró los ojos—. «Por muy innumerables que sean los seres, juro salvarlos; por muy inagotables que sean las pasiones, juro extinguirlas; por muy inconmensurables que sean los Dharma, juro dominarlos; por muy incomparable que sea la verdad de Buda, juro alcanzarla.» Adelante, equipo. Sé que puedo hacerlo. Sólo tenéis que iniciarme, entrenarme. —Sus ojos continuaban cerrados—. Dios mío, he susurrado esto antes de cada comida, tres veces al día, y cada día de mi vida desde los diez años. No puedo *comer* hasta que lo he recitado. Una vez traté de pasarlo por alto en un almuerzo con LeSage, y se me atragantó una maldita almeja. —Abrió los ojos y frunció el ceño, pero conservó su peculiar posición—. ¿Y si ahora te fueras de aquí, Bessie —dijo—. En serio. Déjame terminar mis malditas abluciones en paz, te lo ruego.

Cerró otra vez los ojos, y pareció dispuesto a intentar de nuevo hundir el lavabo en el suelo. Aunque mantenía la cabeza un tanto baja, de su rostro había desaparecido una gran cantidad de sangre.

—Me gustaría que te casaras —dijo la señora Glass, repentina y ansiosamente.

Todos los miembros de la familia Glass —y Zoey ciertamente no en último lugar— conocían muy bien esta clase de inconsecuencia de la señora Glass. Brotaba mejor, con mayor sublimidad, en medio de una explosión emocional como la que nos ocupa. No obstante, esta vez cogió a Zoey muy desprevenido. Emitió un sonido explosivo, en su mayor parte por la nariz, que era una carcajada o lo contrario de una carcajada. La señora Glass se inclinó hacia delante con ansiedad y rapidez para ver qué era exactamente. Se trataba de una carcajada, más o menos, por lo que volvió a su posición inicial, aliviada.

—Me gustaría —insistió—. ¿Por qué no te casas?

Relajando su actitud, Zoey extrajo del bolsillo del pantalón un pañuelo de hilo doblado, lo desdobló y lo usó para sonarse una, dos y tres veces. Después lo guardó, diciendo:

—Me gusta demasiado viajar en tren. Cuando estás casado ya no puedes volver a sentarte junto a la ventanilla.

— ¡Esto no es una razón!

Es una razón perfecta. Vete, Bessie. Déjame en paz. ¿Por qué no das un buen paseo en ascensor? A propósito, si no apagas ese maldito cigarrillo vas a quemarte los dedos.

La señora Glass volvió a apagar el cigarrillo contra el interior de la papelería. Después estuvo un rato muy quieta, sin buscar el paquete de cigarrillos y las cerillas. Contempló a Zooey mientras éste sacaba el peine y se hacía la raya del cabello.

—Necesitas un *corte* de pelo, jovencito —observó—. Te pareces a uno de esos *húngaros* chalados o lo que sea, saliendo de una piscina.

Zooey sonrió perceptiblemente, continuó peinándose por unos segundos y entonces se volvió de repente y señaló a su madre con el peine.

—Otra cosa, antes de que me olvide. Y esta vez *escúchame*, Bessie —dijo—. La próxima vez que tengas la idea, como anoche, de telefonar al maldito psicoanalista de Philly Byrnes para Franny, haz una sola cosa, no te pido nada más. Piensa en lo que el análisis hizo a Seymour. —Calló un momento para dar más énfasis a sus palabras—. ¿Me has oído? ¿Lo harás?

La señora Glass dio de inmediato un toque innecesario a su redcilla del pelo y sacó los cigarrillos y las cerillas, pero se limitó a sostenerlos en la mano.

—Para tu información —dijo—, yo no mencioné que fuese a telefonar al psicoanalista de Philly Byrnes, sólo dije que lo estaba *pensando*. En *primer* lugar, no es un psicoanalista corriente. Da la casualidad de que es un psicoanalista *católico* muy devoto, y yo pensé que *podía* ser mejor que quedarse sentada contemplando a esa niña...

—Bessie, esto es una advertencia, maldita sea. No me importa que sea un veterinario budista muy devoto. Si llamas a un...

—El sarcasmo no viene a cuento, jovencito. Conozco a Philly Byrnes desde que era un *niño* de pecho. Tu padre y yo actuamos con sus padres en el mismo *programa* durante años. Y sé positivamente que visitar a un psicoanalista convirtió a ese muchacho en una persona *nueva* y *encantadora*. Hablé con su...

Zooey tiró el peine dentro del botiquín y cerró la puerta de golpe y con impaciencia.

—Oh, qué tonta eres, Bessie —exclamó—. Philly Byrnes. Philly Byrnes es un pobre tipo, sudoroso, impotente y *cuarentón*, que lleva años durmiendo con un rosario y un ejemplar de *Variety* bajo la almohada. Estamos hablando de dos cosas tan diferentes como el día y la noche. Escúchame bien, Bessie. —Zooey se volvió del todo hacia su madre y la miró atentamente, apoyando la palma de la mano en el lavabo, como si necesitara sostenerse—. ¿Me escuchas?

La señora Glass terminó de encender un nuevo cigarrillo antes de comprometerse con una respuesta. Entonces, exhalando humo y sacudiendo de su falda unas cenizas imaginarias, repuso con gravedad:

—Te estoy escuchando.

—Muy bien. Ahora hablo muy en serio. Si tú... Escúchame bien. Si no puedes, o no quieres, pensar en Seymour, sigue adelante y llama a un ignorante psicoanalista. Hazlo. Llama a un analista con experiencia en ajustar a la gente a los goces de la televisión, la revista *Life* todos los miércoles, viajes a Europa, la bomba H, las elecciones presidenciales, la primera plana del *Times*, las responsabilidades de la Asociación Padres-Profesores de Westport y Oyster Bay, y Dios sabe qué otras cosas gloriosamente normales; hazlo y te juro que en menos de un año Franny será, o bien una paciente de un *manicomio*, o estará vagando en algún maldito desierto con una cruz encendida en las manos.

La señora Glass se sacudió más cenizas imaginarias.

Está bien, está bien... no te *enfades* así —contestó—. Por amor de Dios, nadie ha llamado a nadie.

Zooey abrió con fuerza la puerta del botiquín, miró en su interior, sacó una lima de uñas y volvió a cerrar la puerta. Cogió el cigarrillo que había dejado al borde ¿el

estante de cristal y dio una chupada, pero ya estaba apagado. Su madre dijo, «Toma», y le alargó su paquete de cigarrillos extra largos y sus cerillas.

Zooey sacó un cigarrillo del paquete, se lo puso entre los labios y encendió una cerilla, pero la presión de las ideas le impidió encender el cigarrillo, por lo que apagó la cerilla y se quitó el cigarrillo de entre los labios. Meneó un poco la cabeza, impaciente.

—No sé —dijo—. Me parece que *ha* de haber en algún rincón de la ciudad un psicoanalista bueno para Franny; lo estuve pensando anoche. —Hizo una ligera mueca—. Pero no conozco a ninguno. Para que un psicoanalista conviniera a Franny, tendría que ser de un tipo muy peculiar. No sé. Ante todo tendría que creer que ha sido por la gracia de Dios que tuvo la inspiración de estudiar el psicoanálisis. Tendría que creer que fue por la gracia de Dios que un camión no le atropellara antes de recibir el diploma para ejercer. Tendría que creer que es por la gracia de Dios que posee la inteligencia innata para poder ayudar en *algo* a sus malditos pacientes. No conozco *buenos* analistas que piensen de esta forma. Pero es la única clase de psicoanalista que podría hacer algún bien a Franny. Si topa con alguien terriblemente freudiano, o terriblemente ecléctico, o sólo terriblemente mediocre, alguien que ni siquiera sienta una gratitud absurda y misteriosa por su intuición e inteligencia, saldrá del análisis en un estado incluso peor que el de Seymour. Me preocupé *horrores* pensándolo. Será mejor que no hablemos de ello, si no te importa. —Se tomó tiempo para encender el cigarrillo. Entonces expeliendo humo, puso el cigarrillo sobre el estante de cristal donde estaba el anterior, ya apagado, y adoptó una posición más cómoda. Empezó a pasarse la lima por las uñas, que ya estaban completamente limpias—. Si no te pones a parlotear —añadió, tras una pausa—, te diré de qué tratan esos dos libros pequeños que Franny lleva consigo. ¿Te interesa o no? Si no te interesa, no voy a...

— ¡Sí, estoy interesada! ¡Claro que me interesa! ¿Qué te crees que he estado...?

—Muy bien, entonces deja de parlotear un momento —dijo Zooey, apoyando la región lumbar contra el borde del lavabo y continuando su trabajo con la lima—. Los dos libros tratan de un campesino ruso que vivió a principios de siglo —empezó, con un tono que, para su voz implacablemente desapasionada, era bastante narrativo—. Es un tipo muy simple y muy bondadoso, y con un brazo inútil. Lo cual, naturalmente, le convierte en alguien muy apropiado para Franny, con su maldito corazón hospitalario. —Dio media vuelta, cogió el cigarrillo del estante, lo chupó y empezó a limarse de nuevo las uñas—. Al principio, este pequeño campesino te cuenta que tenía esposa y una granja. Pero también tenía un hermano lunático que prendió fuego a la granja, y después, creo que algo más tarde, la esposa murió. Sea como sea, él inicia su peregrinaje. Y tiene un problema. Ha leído la Biblia toda su vida, y quiere saber qué significa la frase de la Epístola de San Pablo a los Tesalonicenses: «Orad sin cesar.» Estas palabras le obsesionan. —Zooey volvió a coger el cigarrillo, dio una chupada y continuó—: Hay otra frase similar en Timoteo: «Quiero en consecuencia que los hombres oren por doquier.» Y, de hecho, el propio Jesucristo dice: «Los hombres deben orar siempre y no desmayar.» —Zooey utilizó la lima en silencio unos instantes, con una expresión singularmente severa—. Así pues, inicia su peregrinaje para encontrar un maestro —prosiguió—. Alguien que pueda enseñarle *cómo* orar incesantemente y *por qué*. Recorre un larguísimo camino, de un templo y santuario a otro, hablando con muchos sacerdotes. Hasta que por fin encuentra a un monje sencillo y anciano que al parecer conoce todo el secreto. El viejo monje le dice que la única plegaria siempre aceptable a Dios y «deseada» por El es la Oración de Jesús «Señor Jesucristo, ten piedad de mí.» En realidad, en la plegaria se dice: «Señor Jesucristo, apiádate de mí, un pobre pecador», pero ninguno de los devotos de los libros del Peregrino presta ningún énfasis, gracias a *Dios*, a eso del pobre pecador. Sea como sea, el viejo monje le explica

qué acontece cuando la plegaria se recita sin cesar. Le da algunas sesiones prácticas y le manda a casa. Y, para abreviar, al cabo de un tiempo el pequeño peregrino se convierte en un experto de la plegaria. La domina y, alborozado con su nueva vida espiritual, emprende un viaje por toda Rusia, a través de densos bosques, ciudades, pueblos, etcétera, recitando su plegaria mientras camina y enseñando a recitarla a todos cuantos encuentra. —Zooney miró bruscamente a su madre—. ¿Estás escuchándome, vieja y gorda Druida? —preguntó—. ¿O sólo estás contemplando mi preciosa cara?

La señora Glass, enfadada, contestó:

— ¡Claro que te estoy escuchando!

—Muy bien... no quiero mirones por aquí. —Zooney emitió una gran risotada y entonces chupó el cigarrillo. Lo retuvo entre los dedos y continuó usando la lima—. El primero de los dos libros, *El sendero de un peregrino* —prosiguió—, consiste principalmente en las aventuras del pequeño peregrino durante su peregrinaje. A quién encuentra, qué le dice, qué le dicen ellos... a propósito, encuentra a personas muy simpáticas. La continuación, *El peregrino continúa su camino* es en su mayor parte una disertación en forma de diálogo sobre las causas y las razones de la Oración de Jesús. El peregrino, un profesor un monje y una especie de ermitaño se reúnen y analizan las cosas. Y de hecho, esto es todo. —Zooney levantó la vista hacia su madre, muy brevemente, y después cambió la lima a su mano izquierda—. Se supone que el objeto de *ambos* libros, si es que te interesa, es despertar en todo el mundo la necesidad de rezar la Oración de Jesús incesantemente para obtener sus beneficios. Primero bajo la supervisión de un maestro calificado, una especie de gurú cristiano, y después, cuando la persona lo domina hasta cierto punto, puede continuar a solas. Y la idea principal es que la cosa no va destinada únicamente a bastardos piadosos y golpeadores del propio pecho. Uno puede estar ocupado robando el maldito cepillo de la iglesia, pero tiene que recitar la oración mientras lo roba. Se supone que la iluminación viene *con* el rezo, no antes de él. —Zooney frunció el ceño, pero de forma académica—. La idea, en realidad, es que, tarde o temprano, la oración se traslada por sus propios medios de los labios y la cabeza hasta un centro del corazón, donde se convierte en una función automática de la persona, junto con los latidos de su corazón. Y entonces, al cabo de un tiempo, cuando la oración es automática en el corazón, la persona entra en la llamada realidad de las cosas. El tema no aparece realmente en ninguno de los dos libros, pero, en términos orientales, en el cuerpo hay siete centros sutiles, llamados *chakras*, y el conectado de manera más íntima con el corazón se llama *anahata*, y se supone que es terriblemente sensible y poderoso, y cuando es activado, él activa a su vez otro de estos centros, situado entre las cejas, llamado *ajna* —en realidad se trata de la glándula pineal, o, mejor dicho, de un aura que rodea la glándula pineal... y entonces, bingo, se produce la abertura de lo que los místicos llaman el «tercer ojo». Por amor de Dios, no es nada nuevo. Quiero decir que no empezó con el grupo del pequeño peregrino. En la India, durante Dios sabe cuántos siglos, se le ha conocido con el nombre de *japam*. *Japam* es sólo la repetición de cualquiera de los nombres humanos de Dios. O los nombres de sus encarnaciones, o avatares, si quieres usar tecnicismos. La idea es que si pronuncias el nombre durante el tiempo suficiente y con la regularidad suficiente, y *literalmente* con el corazón, tarde o temprano recibirás una respuesta. No exactamente una respuesta: una *reacción*. —Zooney se volvió de repente, abrió el botiquín, guardó la lima de uñas y sacó un palillo de naranjo que parecía muy gastado—. ¿Quién se ha comido mi palillo de naranjo? —preguntó. Secó brevemente con la muñeca el sudor de su labio superior y empezó a usar el palo para bajarse las cutículas.

La señora Glass dio una profunda chupada al cigarrillo mientras le observaba, y después cruzó las piernas e inquirió, interrogó:

— ¿Es eso lo que tal vez esté haciendo Franny? Quiero decir, ¿es exactamente eso?

—Supongo. No me lo preguntes a mí, pregúntaselo a *ella*.

Hubo una pausa breve, y además indecisa. Entonces la señora Glass preguntó de improviso y con bastante decisión:

— ¿Durante cuánto tiempo hay que hacerlo?

El rostro de Zooey se iluminó de placer. Se volvió hacia ella.

— ¿Cuánto tiempo? —repitió—. Oh, no mucho. Hasta que los pintores quieran entrar en tu habitación. Entonces irrumpe también una procesión de santos y bodhisattvas, llevando tazones de caldo de gallina. El Coro del Hall Johnson aparece en último término, y las cámaras enfocan a un simpático anciano cubierto por un taparrabos que está frente a un fondo de montañas, cielos azules y nubes blancas, y una expresión de paz se advierte en los rostros de to...

—Muy bien, *deja* eso —dijo la señora Glass.

—Bueno, Dios mío. Sólo trato de ayudar. Misericordia. No quiero que te vayas con la impresión de que hay... bueno, ya sabes, inconvenientes en la vida religiosa. Quiero decir que mucha gente se desentiende de ella porque cree que implica cierta cantidad de antipática aplicación y perseverancia. —Era evidente que el orador se aproximaba ya con obvia fruición al punto culminante de su discurso. Movi6 solemnemente frente a su madre el palo de naranjo—. En cuanto salgamos de esta capilla, espero que aceptarás de mí un pequeño volumen que he admirado siempre. Creo que toca uno de los bonitos puntos que hemos discutido esta mañana. *Dios es mi «hobby»*, por el doctor Homer Vincent Claude Pierson Jr. Creo que en este pequeño libro el doctor Pierson nos explica muy claramente cómo, a los veintiún años de edad, empezó a consagrar un poco de tiempo cada día —dos minutos por la mañana y dos minutos por la noche, si lo recuerdo bien—, y al final del *primer año*, sólo gracias a estas pequeñas e informales visitas a Dios, había aumentado su renta anual en un setenta y cuatro por ciento. Creo que tengo un ejemplar extra, y si tú tienes la bondad...

—Oh, eres imposible —dijo la señora Glass, pero con tono vago. Su mirada había vuelto a buscar a su vieja amiga la alfombra azul. La contempló fijamente mientras Zooey, sonriendo, pero sudando profusamente en el labio superior, continuaba usando el palillo de naranjo. Al final la señora Glass exhaló uno de sus suspiros de campeonato y dirigió de nuevo su atención a Zooey, quien, al tiempo que bajaba sus cutículas, dio media vuelta hacia la luz de la mañana. Mientras la señora Glass observaba los planos y líneas de su espalda desnuda, inusitadamente delgada, su mirada fue perdiendo la abstracción anterior. De hecho, en cuestión de pocos segundos sus ojos dieron la impresión de desechar todo lo oscuro deprimente y resplandecer con el entusiasmo de un club de admiradores—. Cada vez eres más ancho y atractivo —dijo en voz alta, alargando la mano para tocarle la espalda—. Tenía miedo de que todos aquellos absurdos ejercicios de barra te estro...

—*Basta*, ¿quieres? —replicó Zooey con mucha brusquedad, retrocediendo.

— ¿Basta de *qué*?

Zooey abrió de un tirón la puerta del botiquín y devolvió a su nicho el palillo de naranjo.

—Basta, eso es todo. No admires mi maldita espalda —repuso, cerrando el botiquín.

Cogió un par de calcetines de seda negra que colgaban del toallero y los llevó hasta el radiador. Se sentó sobre éste, pese al calor —o a causa de él—, y empezó a ponerse los calcetines. La señora Glass dio un bufido bastante demorado.

—Que no admire tu espalda... ¡me gusta eso! —exclamó.

Pero se sentía insultada, y un poco ofendida. Le miró mientras se ponía los calcetines con una expresión mixta de enojo y el interés invencible de alguien que ha examinado durante años calcetines recién lavados en busca de agujeros. Entonces, de repente, con uno de sus suspiros más audibles, se puso en pie y, con la gravedad de quien cumple su deber, se desplazó hasta el área del lavabo que Zooey acababa de abandonar. Su primera tarea, con expresión de flagrante martirio, fue abrir el grifo del agua fría.

—Me gustaría que aprendieras a tapar bien las cosas cuando has terminado de usarlas —dijo en un tono intencionadamente capcioso.

Desde el radiador, donde ajustaba ligas a sus calcetines, Zooey la miró.

—A mí me gustaría que aprendieras a dejar la maldita fiesta cuando ha terminado —observó—. Ahora hablo en serio, Bessie. Querría un solo minuto de soledad, por *grosero* que pueda parecerle. En primer lugar, tengo prisa. He de estar en la oficina de LeSage a las dos y media, y antes me *gustaría* hacer un par de cosas en el centro. Vete ya... ¿te importa?

La señora Glass abandonó sus tareas caseras para mirarle y hacerle una pregunta de la índole que en el curso de los años había irritado a cada uno de sus hijos:

—Tomarás algo para *almorzar* antes de irte, ¿verdad?

—Comeré algo en el centro... ¿Dónde diablos está mi otro zapato?

La señora Glass le miró con fijeza intencionada.

—¿Hablarás o no con tu hermana antes de irte? —interrogó.

—Lo *ignoro*, Bessie —contestó Zooey después de una perceptible vacilación—.

Deja de preguntarme eso, te lo ruego. Si tuviera algo realmente importante que decirle esta mañana, se lo diría. Deja de hacerme esta pregunta. —Con un zapato puesto y atado y el otro sin aparecer, se puso de repente en cuclillas y pasó la mano por debajo del radiador—. Ah, estás ahí, pequeño bastardo —dijo. Junto al radiador había una báscula de cuarto de baño. Se sentó en ella con el zapato en la mano.

La señora Glass le observó mientras se lo ponía. Sin embargo, no esperó a que se lo atara, sino que abandonó la habitación. Pero lentamente, moviéndose con una pesadez nada característica —arrastrándose, casi—, que trastornó a Zooey. Levantó la vista hacia ella con atención considerable.

---Ya no sé qué os ha ocurrido a todos, hijos míos.---dijo vagamente la señora Glass, sin volverse. Se detuvo frente a un toallero y colocó bien la toalla—. En los viejos tiempos de la radio, cuando todos erais pequeños, solíais ser tan... listos y felices y... bueno, *encantadores*. Mañana, mediodía y noche. —Se agachó y recogió del suelo embaldosado lo que parecía ser un cabello humano, largo y misteriosamente rubio. Se desvió un poco con él hasta la papelería, diciendo—: No sé de qué sirve saber tanto y ser listos como una ardilla si no os puede hacer felices. —Dando la espalda a Zooey, se dirigió de nuevo hacia la puerta—. Por lo menos —añadió—, todos erais tan simpáticos y cariñosos los unos con los otros que resultaba una delicia verlos. —Abrió la puerta, meneando la cabeza—. Una delicia —repitió con firmeza, cerrando la puerta tras de sí.

Zooey, mirando la puerta cerrada, inspiró profundamente y expiró con lentitud.

—¡Vaya frases que gastas antes de dejar el escenario, hermana! —le gritó, pero sólo cuando debió estar seguro de que su voz no llegaría hasta ella por el pasillo.

La sala de estar de los Glass no podía estar menos preparada para que repintaran sus paredes. Franny Glass yacía dormida sobre el canapé, tapada con una manta; la alfombra «de pared a pared» seguía en su lugar, y ni siquiera había sido doblada por los

bordes; y los muebles —al parecer, el contenido de un pequeño almacén— se encontraban en su habitual distribución estático-dinámica. La habitación no era de un tamaño impresionante, ni siquiera según el promedio en las casas de apartamentos de Manhattan, pero el mobiliario allí reunido podría haber prestado un aspecto acogedor a una sala de banquetes del Valhalla. Había un piano de cola Steinway (invariablemente abierto), tres radios (una Freshman de 1927, Una Stromberg-Carlson de 1932 y una RCA de 1941), un televisor de veintiuna pulgadas, cuatro fonógrafos de mesa (incluyendo una Victrola de 1920, con el altavoz encima, todavía montado), gran cantidad de mesas llenas de revistas y cigarrillos, una mesa de ping-pong de tamaño de reglamento (afortunadamente rota y almacenada detrás del piano), cuatro sillas cómodas, ocho sillas incómodas, un acuario de cincuenta litros para peces tropicales (lleno hasta rebosar, en todos los sentidos de la palabra, e iluminado por dos bombillas de cuarenta vatios), un sofá para dos, el canapé ocupado por Franny, dos jaulas vacías, un escritorio de madera de cerezo y un surtido de lámparas de pie, lámparas de mesa y lámparas de bridge, que surgían por todo el congestionado ambiente como zumaque. Unas estanterías de altura equivalente a la de la cintura cubrían tres paredes, atestadas literalmente de libros, libros infantiles, libros de texto, libros de segunda mano, libros del Club del Libro, además de los excedentes aún más heterogéneos de «anexos» menos comunales del apartamento (ahora *Dracula* se encontraba al lado de *Pali elemental*, *Los aliados juveniles en el Somme* al lado de *Relámpagos de mediodía*. *El caso del asesinato del escarabajo* y *El idiota* estaban juntos. *Nancy Drew y la escalera escondida* se hallaba encima de *Miedo y temblor*.) Incluso si un equipo resuelto de pintores, dotados de un corazón fuerte, hubiese sido capaz de entenderse con las estanterías de libros, las propias paredes, directamente tras ellas, hubieran hecho devolver su tarjeta del sindicato a cualquier artesano que se respetara. Desde la parte superior de las estanterías hasta unos centímetros por debajo del techo, el yeso —de un verrugoso azul Wedgwood, donde era visible— estaba completamente cubierto por lo que podría llamarse muy libremente «objetos colgantes», refiriéndose a una colección de fotografías enmarcadas, amarillenta correspondencia personal y presidencial, placas de bronce y plata, y una miscelánea irregular de documentos de aspecto vagamente honorífico y objetos semejantes a trofeos de diversos tamaños y formas, todos ellos atestiguando, de un modo u otro, el formidable hecho de que a partir de 1927 y hasta casi finales de 1943, el programa de radio llamado «Es un niño sabio» se había emitido raramente sin uno (y, más a menudo, dos) de los siete niños Glass entre sus concursantes. (Buddy Glass, quien, a los treinta y seis años, era el ex concursante vivo de más edad del programa, se refería con frecuencia a las paredes del apartamento de sus padres como una especie de himno visual a la infancia y primera pubertad comercial americana. A menudo expresaba su pesar de que sus visitas desde el campo fueran tan raras y espaciadas, y señalaba, casi siempre con enorme verborrea, lo muy afortunados que eran sus hermanos, la mayoría de los cuales aún vivía en Nueva York o sus inmediaciones.) El sistema de decoración de las paredes era, de hecho, —con la sanción espiritual sin reservas de la señora Glass y su eternamente tácito consentimiento formal-invento del señor Les Glass, padre de los niños, antiguo actor de vodevil y, sin duda, admirador inveterado y nostálgico de la decoración de las paredes del restaurante teatral de Sardi. Tal vez el golpe más inspirado del señor Glass como decorador se manifestara justamente detrás y encima del canapé donde la joven Franny Glass se encontraba durmiendo en estos momentos. Allí, en una yuxtaposición casi incestuosamente íntima, habían sido adosados por los lomos, directamente al yeso, siete álbumes de recortes de periódicos y revistas. Era evidente que año tras año los siete álbumes habían sido

examinados o consultados tanto por los viejos amigos de la familia como por visitantes casuales, y también, presumiblemente, por la mujer de la limpieza.

Hay que mencionar que a primeras horas de la mañana la señora Glass había logrado realizar dos gestos simbólicos en atención a la llegada de los pintores. Se podía entrar en la habitación tanto desde el recibidor como desde el comedor, y en cada una de estas entradas había puertas de cristal de doble batiente. La señora Glass retiró las cortinas de seda plisada de estas dos puertas. Y más tarde, en un momento oportuno, cuando Franny fingía sorber una taza de caldo de gallina, la señora Glass trepó a los asientos de las ventanas con la agilidad de una cabra montés y desmontó las pesadas cortinas de damasco de las tres ventanas de guillotina.

La habitación tenía un único frente, hacia el sur. Una escuela privada para chicas, de cuatro pisos, se levantaba al otro lado de la calle; un edificio sólido y de aspecto anónimo que raramente cobraba vida hasta las tres y media de la tarde, cuando los niños de la escuela pública de las Avenidas Segunda y Tercera venían para saltar a pídola o jugar al boliche en los peldaños de piedra. El apartamento de los Glass estaba en el quinto piso, uno más arriba que el edificio de la escuela, y a esta hora el sol brillaba en el tejado de la escuela y a través de las ventanas desnudas de la sala de estar de los Glass. La luz del sol era muy cruel con la habitación. No sólo el mobiliario era viejo, intrínsecamente feo y estaba hinchado por los recuerdos y el sentimentalismo, sino que la propia habitación había servido en años pasados de arena para innumerables partidos de hockey y rugby, y apenas podía verse una sola pata de mueble que no tuviera mellas o desportilladuras. También había otras cicatrices mucho más cerca del nivel de los ojos, causados por una asombrosa variedad de objetos volantes —saquitos de frijoles, pelotas de béisbol, canicas, llaves de patines, goma de borrar, e incluso, en una especial ocasión de los primeros años de la década de los treinta, una muñeca de porcelana, sin cabeza—. Pero quizá la luz del sol era particularmente cruel con la alfombra; en su origen había sido de un color burdeos —y, por lo menos, a la luz de la lámpara todavía lo era—, pero ahora presentaba una serie de manchas descoloridas y de forma parecida a la del páncreas, todas ellas recuerdos poco sentimentales de una sucesión de animales domésticos. A esta hora el sol brillaba en la habitación profunda y despiadadamente hasta llegar al mismo televisor, dándole de pleno en el ojo inmovible y ciclópeo.

La señora Glass, que elaboraba sus pensamientos más inspirados y más perpendiculares en el umbral de los armarios de ropa blanca, había acostado en el canapé a su hija menor, entre sábanas de percal rosa, cubriéndola con una manta de cashmere azul pálido. Ahora Franny dormía sobre el costado izquierdo, de cara al respaldo del canapé y la pared, rozando un poco con la barbilla uno de los almohadones que la rodeaban por doquier. Tenía la boca cerrada, pero sin apretar los labios. Sin embargo, la mano derecha, que reposaba sobre la manta, no sólo estaba cerrada, sino hecha un puño, con los dedos apretados y el pulgar escondido: como si, a sus veinte años, hubiese vuelto a las mudas defensas del cuarto de jugar. Y es digno de mención que aquí, en el canapé, pese a su descortesía con el resto de la habitación, el sol se portaba graciosamente. Resplandecía en los cabellos de Franny, que eran negros como el azabache y tenían un corte muy atractivo, y habían sido lavados tres veces en otros tantos días. De hecho, la luz del sol bañaba toda la manta, y el juego de la luz cálida y brillante sobre la lana de color azul pálido ya en sí mismo era digno de contemplación.

Zoey, llegado casi directamente del cuarto de baño con un cigarro encendido en la boca, permaneció bastante rato a los pies del canapé, al principio ocupado en meterse los bordes de una camisa blanca dentro del pantalón, en abotonarse los puños, y después, meramente en mirar. Tenía el ceño fruncido detrás del cigarro, como si los

asombrosos efectos de luz hubieran sido «creados» por un director de escena cuyo gusto considerase más o menos sospechoso. Pese a la extraordinaria delicadeza de sus facciones, y a su edad, y a su tamaño en general —vestido, podría haber pasado fácilmente por un joven y grácil *danseur*—, el cigarro no le sentaba demasiado mal. Por un lado, su nariz no era precisamente corta. Por otro, en Zooey los cigarros no eran de un modo patente una afectación juvenil. Los fumaba desde que tenía dieciséis años, y regularmente, hasta una docena por día —panatelas de los caros, en su mayor parte—, desde los dieciocho.

Una mesita de mármol de Vermont, rectangular y muy larga, se hallaba paralela y muy cerca del canapé. De pronto Zooey se aproximó a ella. Quitó de en medio un cenicero, una caja de plata para cigarrillos y un ejemplar del *Harper's Bazaar*, y se sentó en el estrecho espacio de mármol frío, frente —casi cerniéndose— a la cabeza y los hombros de Franny. Miró brevemente la mano cerrada sobre la manta azul, y entonces, con mucha suavidad y el cigarro en la mano, tocó el hombro de Franny.

—Franny —dijo—, Francés. Vamos, hermana. No desperdiciemos aquí la mayor parte del día... Vamos, hermana.

Franny se despertó con un sobresalto, con una sacudida; en realidad, como si el canapé hubiese chocado con algo. Levantó un brazo y exclamó:

— ¡Caramba! —Guiñó los ojos a la luz de la mañana—. ¿Por qué hace tanto sol? —Sólo percibió a medias la presencia de Zooey—. ¿Por qué hace tanto sol? — repitió.

Zooey la observó con bastante atención.

---Yo llevo el sol dondequiera que vaya, hermana---contestó.

Franny, guiñando todavía los ojos, le miró con fijeza.

¿Por qué me has despertado? —preguntó. Aún estaba demasiado soñolienta para sonar realmente malhumorada, pero era evidente que sentía en el aire cierta clase de injusticia.

Verás..., ha ocurrido lo siguiente. Al Hermano Anselmo y a mí nos han ofrecido una nueva parroquia. En Labrador, ¿sabes? Y nos preguntábamos si nos darías tu bendición antes de que...

— ¡Caramba! —volvió a exclamar Franny, poniéndose la mano sobre la cabeza. Sus cabellos, cortados a la moda, habían sobrevivido muy bien al sueño. Los llevaba, por suerte para el espectador, partidos en el centro—. ¡Oh, he soñado algo horrible! —añadió, incorporándose un poco. Juntó con una mano las solapas de su bata, que era de seda beige con un bonito estampado de minúsculas rosas de té.

—Adelante —dijo Zooey, chupando el cigarro—. Yo lo interpretaré por ti.

Ella se estremeció.

—Ha sido horrible. Lleno de *arañas*. Nunca en mi vida había tenido una pesadilla tan llena de arañas.

—Conque arañas, ¿eh? Esto es muy interesante. Muy significativo. Hace unos años tuve un caso muy interesante en Zurich; de hecho, una joven muy parecida a ti...

—Cállate un momento, o lo olvidaré— replicó Franny.

Miraba con ávida fijeza ante sí, como suelen hacer los que recuerdan sus pesadillas. Tenía ojeras y otros signos más sutiles que denotan a una muchacha intensamente afligida, pero a pesar de ello a nadie hubiera podido pasar por alto que era una belleza de primera clase. Tenía la piel muy diáfana y unas facciones delicadas y muy distinguidas. Sus ojos eran casi del mismo asombroso tono azul que los de Zooey, pero estaban más separados, como sin duda deben estar los ojos de una hermana, y no requerían, por así decirlo, el trabajo de un día para comprenderlos, como los de Zooey. Unos cuatro años antes, cuando se graduó en el internado, su hermano Buddy se

profetizó morbosamente a sí mismo, mientras ella le sonreía desde el estrado de los graduados, que con toda probabilidad un día Franny contraería matrimonio con un hombre de tos pernicioso. Así pues, también *eso* se refleja en su rostro.

— ¡Oh, Dios mío, ahora lo recuerdo! —exclamó Franny—. Fue espantoso. Me encontraba en una piscina en alguna parte, y un montón de gente me obligaba a bucear en busca de un bote de café Medaglia d'Oro, que estaba en el fondo. Cada vez que subía a la superficie, me hacían bajar de nuevo. Yo lloraba y no paraba de decir a todo el mundo: «Ustedes llevan puestos sus trajes de baño. ¿Por qué no bucean también?», pero ellos reían y hacían esas observaciones terriblemente sarcásticas, y yo volvía a sumergirme. —Se estremeció de nuevo—. También estaban allí esas dos chicas de mi internado, Stephanie Logan y otra a quien apenas conozco; de hecho, siempre he sentido *lástima* hacia ella, porque tiene un nombre tan horrible: Sharmon Sherman. Las dos tenían un gran remo y trataban de *golpearme* con él cada vez que emergía a la superficie. —Franny se cubrió brevemente los ojos con las manos—. ¡Caramba! —Meneó la cabeza y reflexionó—. La única persona que tenía *sentido* en el sueño era el profesor Tupper. Quiero decir que era la única persona presente de la cual *sé* que realmente me detesta.

---Te detesta, ¿eh? Muy interesante. —Zooney tenía el cigarro en la boca. Lo hizo girar lentamente entre los dedos, como un intérprete de sueños que no obtiene todos los datos del caso. Parecía muy satisfecho—. ¿Por qué te detesta? —preguntó—. Sin absoluta franqueza, te darás cuenta de que mis manos están...

—Me detesta porque estoy en este absurdo seminario de religión que él dirige, y nunca consigo devolverle la sonrisa cuando se muestra encantador y muy oxfordiano. Ha venido desde Oxford en préstamo y *arriendo* o algo así, y no es más que un farsante terriblemente triste y satisfecho de sí mismo, con abundantes y despeinadas canas. Creo que va al lavabo de caballeros y las desordena antes de entrar en clase, te lo digo en serio. Carece del menor entusiasmo por su materia. Ego, sí. Entusiasmo, no. Lo cual estaría muy bien, quiero decir que no habría nada exactamente *extraño*, pero no deja de hacer insinuaciones idiotas acerca de que él mismo es un Hombre Realizado y nosotros deberíamos ser unos chicos muy felices de tenerle en este país. —Franny hizo una mueca—. Lo único que hace con un poco de *brío*, cuando no está jactándose, es corregir a quienquiera que diga que una cosa es sánscrito cuando en realidad es pali. ¡Sabe que no puedo tragarle! Tendrías que ver las caras que le hago cuando no mira.

— ¿Qué hacía en la piscina?

— ¡Eso es, precisamente! ¡Nada! ¡Absolutamente nada! Sólo estaba allí, sonriendo y *observando*. Era el peor de todos.

Zooney, mirándola a través del humo de su cigarro, dijo desapasionadamente.

—Tu aspecto es lamentable. ¿Lo sabías?

Franny le miró con fijeza.

—Podrías haber estado aquí toda la mañana sin decir eso —comentó. Y añadió con intensidad—: No empieces conmigo otra vez, a primeras horas de la mañana. Te lo ruego, Zooney. Estoy hablando en serio.

—Nadie empieza contigo, hermana —repuso Zooney en el mismo tono desapasionado—. Da la casualidad de que tu aspecto es lamentable, eso es todo. ¿Por qué no comes algo? Bessie dice que tiene un caldo de gallina que ha...

—Si alguien me menciona otra vez el caldo de gallina...

Pero la atención de Zooney se había desviado. Miraba la manta bañada por el sol en la parte que cubría las pantorrillas y los tobillos de Franny.

— ¿Quién es ése? —inquirió—. ¿Bloomberg? —Extendió un dedo y tocó con suavidad un bulto bastante grande y de aspecto extrañamente móvil que había bajo la manta—. ¿Eres tú, Bloomberg?

El bulto se movió. Ahora Franny también lo miraba.

—No puedo deshacerme de él —explicó—. De pronto se ha enamorado *locamente* de mí.

Bajo el estímulo del dedo investigador de Zooney, Bloomberg se estiró de improviso, y empezó a deslizarse lentamente hacia el campo abierto de la falda de Franny. En el instante en que su poco atractiva cabeza emergió a la luz del día, del sol, Franny lo tomó por debajo de los hombros y lo levantó a una distancia de íntimo saludo.

— ¡Buenos días, querido Bloomberg! —dijo, besándole fervientemente entre los ojos. El pestañeó con aversión—. ¡Buenos días, gordo y maloliente gato! ¡Buenos días, buenos días, buenos días! —Le dio un beso tras otro, pero del animal no brotaron recíprocas oleadas de afecto. Efectuó una tentativa inepta y bastante violenta de llegar hasta el cuello de Franny. Era un gato muy grande, moteado de gris y castrado—. ¿Verdad que está cariñoso? —se maravilló Franny—. Nunca le había visto tan cariñoso. —Miró a Zooney, quizá para ver si lo corroboraba, pero la expresión de Zooney, detrás del cigarro era evasiva—. ¡Acaríciala, Zooney! Mira qué manso está. *Acaríciala*.

Zooney alargó una mano y acarició el lomo arqueado de Bloomberg, una vez, dos veces, y entonces desistió, se levantó de la mesa y cruzó la habitación hasta el piano, que estaba abierto, de perfil, en toda su negra enormidad de Steinway, enfrente del canapé y con la banquetta delante mismo de Franny. Zooney se sentó en la banquetta, indeciso, y entonces miró con interés muy aparente la hoja de música del atril.

—Está tan lleno de pulgas que ni siquiera es gracioso —dijo Franny. Forcejeó un poco con Bloomberg, intentando colocarle en una dócil posición de gato faldero—. Anoche le encontré catorce pulgas, sólo en un lado. —Propinó a las caderas de Bloomberg un potente empujón hacia abajo, y después dirigió la mirada a Zooney—. ¿Cómo estaba el guión, al final? —preguntó—. ¿Llegó por fin anoche, o qué?

Zooney no contestó.

—Dios mío —dijo, mirando todavía la hoja de música del atril—. ¿Quién ha sacado esto?

La hoja de música se titulaba *No debes ser tan mala, muñeca*. Tenía unos cuarenta años. En la cubierta figuraba una reproducción en sepia del señor y la señora Glass. El señor Glass llevaba sombrero de copa y frac, y lo mismo lucía la señora Glass. Ambos sonreían a la cámara con bastante vivacidad, apoyados los dos sobre sus bastones y con los pies muy separados.

— ¿Qué es? —preguntó Franny—. No lo veo. —Bessie y Les. *No debes ser tan mala, muñeca*.

— ¡Oh! —rió Franny—. Les recordó anoche. En mi honor. Cree que me duele el estómago. Sacó todas las hojas de música una tras otra.

—Me interesaría saber cómo diablos aterrizamos en esta maldita jungla, a partir de *No debes ser tan mala muñeca*. Procura imaginarlo.

—No puedo. Ya lo he intentado —repuso Franny—. ¿Cómo es el guión? ¿Ha llegado? Dijiste que un tal... señor LeSage o como se llame, lo dejaría en la portería antes de...

—Sí, sí, ha llegado —contestó Zooney—, pero no tengo ganas de discutirlo. —Se puso el cigarro en la boca y, con la mano derecha en la clave de sol, empezó a tocar, en octavas, la melodía de una canción llamada *El kinkayú*, que, por alguna razón notable, había irrumpido y perdido ostensiblemente la popularidad antes de que él naciera—. No sólo ha llegado —añadió—, sino que Dick Hess llamó hacia la una de la madrugada,

justo después de nuestro pequeño alboroto, para pedirme que fuese a tomar un trago con él, el bastardo. Y en el San Remo, nada menos. Está descubriendo el Village. ¡Dios Todopoderoso!

—No aporrees el piano —dijo Franny, observándole—. Si vas a quedarte ahí, yo te dirigiré. Y ésta es mi primera indicación. No aporrees las teclas.

—Ante *todo*, él sabe que yo no bebo. En segundo lugar, sabe que he nacido en Nueva York y que si hay algo que no soporto es el *ambiente*. En tercer lugar, sabe que vivo a unas setenta malditas manzanas del Village. Y en *cuarto* lugar, le dije tres veces que iba en pijama y zapatillas.

—No aporrees las teclas —repitió Franny, acariciando a Bloomberg.

—Pero, *no*, no podía esperar. Tenía que verme inmediatamente. Muy importante. La cosa va en serio. Sé un buen chico por *una vez* en tu vida, salta a un taxi y ven a encontrarme.

--- ¿Lo hiciste? Tampoco aporrees la tapa. Es mi segunda...

--- ¡Claro que lo hice! ¡No tengo la menor maldita fuerza de voluntad! — exclamó Zooey. Cerró la tapa del piano, con impaciencia, pero sin golpearla—. Lo malo de mí es que no me fio de la gente que visita Nueva York. No me importa el tiempo que hayan estado aquí. Siempre tengo miedo de que les atropellen o les den una *paliza* mientras descubren un pequeño restaurante armenio en la Segunda Avenida. O algo parecido. —Exhaló perezosamente una columna de humo sobre *No debes ser tan mala, muñeca*—. Así que fui hacia allá —dijo—, al encuentro del viejo Dick. Estaba tan deprimido, tan *triste*, tan lleno de noticias importantes que no podía esperar hasta esta tarde. Le encontré sentado ante una mesa, con téjanos y una espantosa chaqueta deportiva. El ex patriado de Des Moines en Nueva York. Podría haberle matado, te lo juro por Dios. Vaya noche. Permanecí allí durante dos horas enteras mientras me decía que soy un hijo de perra superior y provengo de una familia de psicópatas y prodigios psicopáticos. *Entonces*, cuando acabó de analizarme (y también a Buddy y a Seymour, a quienes no ha visto nunca), y llegó en su mente al dilema de ser una especie de Colette masculina o una especie de Thomas Wolfe de baja estatura para el resto de la velada, saca de repente de debajo de la mesa esta magnífica cartera con monograma y me pone bajo el brazo un guión nuevo y voluminoso. —Agitó una mano en el aire, como abandonando el tema. Pero se levantó de la banqueta con demasiada inquietud para que su ademán de abandono fuese real. Tenía el cigarro en la boca y las manos en los bolsillos del pantalón—. He escuchado a Buddy durante años sobre el tema de los actores —prosiguió—. Dios mío, qué discurso podría hacerle yo sobre el tema de los Escritores Que He Conocido. —Se quedó abstraído un momento, y entonces empezó a moverse sin rumbo. Se detuvo ante la Victrola de 1920, la miró con vaguedad y ladró dos veces frente al megáfono, para su propia diversión. Franny, que le estaba mirando, se rió, pero él frunció el ceño y siguió moviéndose. Se paró de pronto ante el acuario de peces tropicales, montado sobre la radio Freshman de 1927 y se sacó el cigarro de la boca. Contempló el acuario con innegable interés—. Todos mis peces negros se están muriendo —dijo, y alargó automáticamente la mano hacia el frasco de comida que había junto al acuario.

—Bessie les ha dado de comer esta mañana —le advirtió Franny, que continuaba acariciando a Bloomberg, socorriéndole a la fuerza en el mundo sutil y complicado del exterior de las mantas calientes.

—Parecen famélicos —observó Zooey, pero retiró la mano del frasco de comida—. Este pobre está muy flaco. —Golpeó el cristal con la uña—. Lo que necesitas es un poco de caldo de gallina, hermano.

—Zooney —le interpeló Franny para llamar su atención—. ¿Qué pasa ahora? Tienes *dos* guiones nuevos. ¿Cómo es el que LeSage te dejó al pasar?

Zooney continuó mirando los peces unos momentos. Entonces, en un impulso repentino, pero al parecer urgente, se estiró boca arriba sobre la alfombra.

—En el que ha enviado LeSage —explicó, cruzando los pies—, he de ser Rick *Chalmers* en, te lo juro, una comedia de salón de 1928 que parece sacada de un catálogo de French. La única diferencia reside en que ha sido modernizada gloriosamente con un montón de jerga sobre complejos, represiones y sublimaciones que el escritor se trajo de su analista.

Franny miró hacia lo que podía ver de él. Desde donde estaba sentada sólo eran visibles las suelas y los tacones.

---Bueno, ¿y el de Dick? —inquirió—. ¿Lo has leído?

---En el de Dick puedo ser Bernie, un joven y sensible guarda del Metro, en la obra de televisión más valiente inusitada que has leído en tu vida.

--- ¿De verdad? ¿Es realmente buena?

---No he dicho *buena*, he dicho *valiente*. No despeguemos los pies del suelo, hermana. Al día siguiente de su estreno todo el mundo se dará palmaditas en la espalda, en una orgía de admiración mutua. LeSage. Hess. Pomeroy. Los patrocinadores. Toda la valiente pandilla. Empezará esta tarde, si no ha empezado ya. Hess entrará en la oficina de LeSage y le dirá: «Señor LeSage, señor, tengo un guión nuevo sobre un guarda de Metro joven y sensible, que simplemente apesta a valor e integridad. Y yo sé, señor, que después de los guiones *Tiernos* y *Conmovedores*, usted ama los guiones que tienen Valor e Integridad. Este, señor, como le he dicho, apesta a ambas cosas. Está lleno de tipos muy diversos. Es sentimental. Es violento cuando ha de serlo. Y justo cuando los problemas del sensible guarda de Metro van a desmoronarle, destruyendo su fe en la Humanidad y la Gente Sencilla, su sobrina de nueve años llega de la escuela y le ofrece un poco de la filosofía simpática y chovinista que nos ha legado la posteridad y el P.S. 564 desde la rústica esposa de Andrew Jackson. ¡No puede fallar, señor! Es prosaico, es sencillo, es falso y es lo bastante familiar y lo bastante trivial para que lo amen y comprendan nuestros ávidos, nerviosos y analfabetos patrocinadores.» —Zooney cambió de repente a la posición de sentado—. Acabo de bañarme y estoy sudando como un cerdo —comentó. Se puso en pie, y al hacerlo miró a Franny brevemente y como contra su voluntad. Iba a desviar la vista cuando, de pronto, la miró con más atención. Franny tenía la cabeza baja y miraba a Bloomberg, que estaba en su falda y al que continuaba acariciando. Pero había un cambio—. ¡Ah! —Exclamó Zooney, y se acercó más al canapé, al parecer buscando pelea—. Los labios de la señora se mueven. La Oración se inicia. —Franny no levantó la vista—. ¿Qué diablos haces? —Preguntó Zooney—. ¿Refugiarte en las artes populares ante mi actitud poco cristiana?

Ahora Franny le miró, y meneó la cabeza, pestañeando. Le sonrió. Era cierto que sus labios se habían movido, y ahora seguían moviéndose.

—No me sonrías así, por favor —dijo Zooney con voz tranquila, y se apartó de su proximidad—. Seymour me lo hacía siempre. Esta maldita casa me asquea con su gente sonriente. —Ante una de las estanterías dio a un libro mal colocado un pequeño empujón con el pulgar, y pasó de largo. Se dirigió a la ventana central de la habitación, que estaba separada por un asiento de la mesa de madera de cerezo donde la señora Glass pagaba facturas y escribía cartas. Se quedó mirando por la ventana, dando la espalda a Franny, con las manos otra vez en los bolsillos del pantalón y el cigarro en la boca—. ¿Sabías que quizá vaya a Francia este verano para hacer una película? —preguntó, irritable—. ¿Te lo había dicho?

Franny le miró la espalda con interés.

— ¡No, no me lo habías dicho! —exclamó—. ¿Lo dices en serio? ¿Qué película? Zooey, mirando hacia el tejado de la escuela, pavimentado con macadán, repuso:

—Oh, es una larga historia. Hay allí un chistoso francés que ha oído el álbum que hice con Philippe. Hace un par de semanas almorcé con él. Un verdadero gorrista, pero algo simpático, y parece ser que está empeñado en ello. —Colocó un pie en el asiento de la ventana—. No hay nada definitivo, nada es definitivo con esos tipos, pero creo que le he embarcado a medias en la idea de hacer una película basada en esa novela de Lenormand. Aquella que te envié.

—¡Ah, sí! Oh, esto es *emocionante*, Zooey. ¿Cuándo crees que irás, si es que vas?

—No es emocionante. Esta es exactamente la cuestión, me encantaría hacerla, claro. Dios mío, sí. Pero odiaría abandonar Nueva York. Si quieres saberlo, detesto cualquier clase de tipo creativo que se embarca en cualquier clase de barco. Me importan un bledo las razones que pueda tener. Yo *nací* aquí. Fui a la *escuela* aquí. Me han *atropellado* aquí *dos veces*, y en la misma maldita *calle*. No tengo por qué actuar en Europa, por el amor de Dios.

Franny contempló, pensativa, su espalda de paño de algodón. Sin embargo, con los labios seguía formando palabras silenciosas.

— ¿Por qué vas, entonces? —inquirió—. Si piensas de este modo.

— ¿Por qué *voy*? —preguntó Zooey, sin volverse—. *Voy* porque estoy harto de levantarme furioso por la mañana y acostarme furioso por la noche. *Voy* porque me erijo en juez de todos los pobres y ulcerosos bastardos que conozco. Lo cual no me preocupa demasiado por sí mismo. Al menos, cuando juzgo lo hago directamente desde el colon, y sé que pagaré con creces cualquier juicio que emita, tarde o temprano, de un modo o de otro. *Eso* no me preocupa demasiado. Pero hay algo —Jesús, Dios mío—, hay algo que hago a la moral de la gente de la ciudad, y no soy capaz de observarlo por más tiempo. Puedo decirte qué hago *exactamente*. Hago que todo el mundo sienta que en realidad no desea realizar un buen trabajo, sino que sólo desea hacer un trabajo que sea considerado bueno por todos aquellos a quienes conoce: los críticos, los patrocinadores, el público, incluso la maestra de sus hijos. Esto es lo que hago. Esto es lo peor que hago. —Fruunció el ceño en dirección del tejado de la escuela; entonces secó el sudor de su frente con las yemas de los dedos. Se volvió de repente hacia Franny cuando le oyó decir algo—. ¿Qué? —Pregunte—. No te he oído.

—Nada. Sólo he dicho «oh, Dios.»

— ¿Por qué «oh, Dios»? —interrogó Zooey con impaciencia.

—Por nada. No me atosigues, por favor. Estaba pensando, eso es todo. Me gustaría que me hubieras visto el sábado. ¡Hablas de minar la moral de la gente! Yo *estropeé* absolutamente el día entero de Lane. No sólo me desmayé delante de él una vez por hora, sino que fui hasta allí para un partido de fútbol agradable, amistoso, *normal*, con cóctel incluido, y supuestamente *feliz*, y discutí o contradije o, no sé, simplemente estropeé, todo cuanto dijo. —Franny meneó la cabeza. Todavía acariciaba a Bloomberg, pero distraídamente. El piano parecía ser su punto focal—. Fui incapaz de callarme una sola opinión —añadió—. Fue horrible. Casi en el mismo momento en que nos encontramos en la estación empecé a picotear y picotear y picotear todas sus opiniones y criterios, absolutamente *todos*. El había escrito un ensayo totalmente inofensivo sobre Flaubert, y estaba *muy* orgulloso de él y quería que yo lo leyera, y a mí esto me sonó tan estrictamente Departamento de inglés y condescendiente y propio del campus, que todo cuanto hice fue... —Se interrumpió. Volvió a menear la cabeza, y Zooey, vuelto a medias hacia ella, la miró con ojos semicerrados. Parecía aún más

pálida, más convaleciente, por así decirlo, que al despertarse—. Es un milagro que no disparase contra mí —prosiguió—. Desde luego le habría felicitado si lo hubiera hecho.

—Todo esto me lo contaste anoche. Esta mañana no quiero reminiscencias poco frescas, hermana —declaró. Zooey, volviendo a mirar por la ventana—. En primer lugar, vas muy desencaminada cuando empiezas a criticar a las cosas y a la gente en lugar de a ti misma. Nos ocurre a los dos. Yo hago lo mismo con la televisión, soy consciente de ello. Pero es un *error*. Somos *nosotros*. Siempre te lo estoy repitiendo. ¿Por qué eres tan malditamente obtusa a este respecto?

—No soy malditamente obtusa al respecto, pero tú siempre...

—Somos *nosotros* —insistió Zooey, interrumpiéndola—. Somos anormales, eso es todo. Estos dos bastardos nos cogieron bien temprano y nos convirtieron en unos anormales con normas anormales. Somos la Dama Tatuada, y no vamos a tener un solo minuto de paz en todas nuestras vidas hasta que todos los demás también estén tatuados. —Se llevó el cigarro a la boca con expresión sombría, pero ya estaba apagado—. Además de todo lo otro —dijo inmediatamente—, tenemos complejos de «Niño Sabio». En realidad nunca hemos dejado de estar en el aire. Ninguno de nosotros. No hablamos, predicamos. No conversamos, exponemos. Al menos, *yo*. En el momento en que me encuentro en una habitación con alguien que tenga el número habitual de orejas, o bien me convierto en un maldito *profeta* o en un agujijón humano. El Príncipe de los Pelmazos. *Anoche*, por ejemplo, en el San Remo. No dejaba de rezar para que Hess no me contase el argumento de su nuevo guión. Sabía perfectamente que *tenía* uno. Sabía perfectamente que no saldría de allí sin llevarme a casa un nuevo guión. Pero no dejaba de rezar para que me ahorrara un *avance* oral. El no es tonto. *Sabe* que me resulta imposible mantener la boca cerrada. —De pronto, con brusquedad, Zooey se volvió, y sin quitar el pie del asiento de la ventana, cogió, arrebató, un sobre de cerillas que había sobre la mesa de su madre. Se volvió de nuevo hacia la ventana y la vista del tejado de la escuela y se puso el cigarro entre los labios, pero en seguida se lo quitó—. *Maldito* sea, de todos modos. Es tan estúpido que te destroza el corazón. Es como todo el mundo en televisión. Y en Hollywood. Y en Broadway. Cree que todo lo sentimental es *tierno*, todo lo *brutal* es una muestra de realismo, y todo lo que roza la violencia física es una culminación legítima de algo que ni siquiera...

— ¿Le dijiste eso?

— ¡Claro que se lo dije! Acabo de decirte que no puedo mantener la boca cerrada. ¡Claro que se lo dije! Le dejé allí sentado deseando estar muerto. O quizá *uno* de nosotros estaba muerto; espero que fuera yo. En cualquier caso, fue una verdadera escena final de San Remo.

Zooey bajó el pie del asiento. Dio media vuelta, con aspecto tenso y agitado, apartó la silla de la mesa de su madre y se sentó. Encendió el cigarro y se inclinó hacia delante, inquieto, con ambos brazos sobre la superficie de madera de cerezo. Junto al tintero había un objeto que su madre usaba como pisapapeles: una pequeña esfera de cristal, sobre un pedestal de plástico negro, que contenía un muñeco de nieve tocado con una chistera. Zooey lo levantó, lo sacudió y se quedó mirando el remolino de copos de nieve.

Franny, mirándole, tenía ahora una mano haciendo de visera sobre los ojos. Zooey estaba sentado bajo el principal haz de rayos de sol de la habitación. Franny pudo haber cambiado de posición en el canapé, si se proponía continuar mirándole, pero esto hubiera molestado a Bloomberg, que parecía dormido en su falda.

— ¿De verdad tienes una úlcera? —preguntó de improviso—. Mamá dijo que tienes una úlcera.

—Sí, por amor de Dios, tengo una úlcera. Esto es Kaliyuga, hermana, la Edad del Hierro. Cualquiera persona de más de dieciséis años que no tenga una úlcera es un maldito espía. —Dio otra sacudida, más vigorosa, a muñeco de nieve—. Lo gracioso —dijo— es que Hess me gusta. O por lo menos me gusta cuando no me atiborra la garganta con su pobreza artística. Al menos luce corbatas horribles y extraños trajes con hombreras en medio de ese manicomio asustado, superconservador y superconformista. Y me gusta su vanidad. El loco bastardo es tan vanidoso que llega hasta a ser humilde. Quiero decir que está convencido de que la televisión es lo bastante buena para merecerle, a él y a su gran talento «singular» y falsamente audaz, lo cual es una disparatada clase de humildad, si te apetece meditar sobre ello. —Miró con fijeza la bola de cristal hasta que la tormenta de nieve hubo remitido algo—. En cierto modo, también me gusta LeSage. Todo cuanto tiene es lo mejor: su abrigo, su yate de dos camarotes, las notas de su hijo en Harvard, su afeitadora eléctrica, *todo*. Una vez me llevó a cenar a su casa y se detuvo en la entrada para preguntarme si recordaba a «la difunta actriz de cine Carole Lombard». Me advirtió que tendría un sobresalto cuando conociera a su esposa, pues era la viva imagen de Carole Lombard. Supongo que me gustará hasta la muerte por eso. Su esposa resultó ser una rubia verdaderamente cansada, pechugona y de aspecto persa. —Zooney miró a Franny de repente, porque le oyó decir algo—. ¿Qué? —preguntó.

— ¡Sí! —repitió Franny—pálida, pero resplandeciente, y al parecer destinada, a su vez, a sentir simpatía por el señor LeSage hasta la muerte.

Zooney fumó su cigarro en silencio un momento.

—Lo que me deprime de Dick Hess —continuó—, lo que me *entristece*, o me pone furioso, o lo que sea, es que el primer guión que escribió para LeSage era bastante bueno. Era casi *bueno*, en realidad. Fue el primero que filmamos —no creo que lo vieras, pues estabas en la escuela o algo así. En él yo era un joven granjero que vive a solas con su padre. El muchacho tiene la idea de que detesta trabajar la tierra, y él y su padre han tenido siempre muchas dificultades para ganarse la vida, así que cuando el padre muere, vende todo el ganado y hace planes para irse a la gran ciudad a ganarse el pan. —Zooney volvió a levantar el muñeco de nieve, pero no lo sacudió, se limitó a darle una vuelta, cogiéndolo por el pedestal—. Tenía algunos trozos buenos. Después de que yo vendiera todas las vacas, iba una y otra vez a los pastos para buscarlas. Y cuando fui a dar un paseo de despedida con mi novia, justo antes de salir hacia la gran ciudad, la conduje hacia los pastos vacíos. Entonces, cuando llego a la gran ciudad y encuentro trabajo, paso todo mi tiempo libre deambulando alrededor de los corrales de ganado. Al final, en el denso tráfico de la calle principal de la gran ciudad, un coche gira a la izquierda y se transforma en una vaca. Yo corro tras ella cuando el semáforo cambia, y soy atropellado... por la estampida. —Dio una sacudida al hombre de nieve—. Probablemente era algo que podías mirar mientras te cortabas las uñas de los pies, pero al menos no tenías ganas de *escabullirte* a casa desde el estudio después de los ensayos. Tenía frescura, al menos, y era sólo suyo, no parte de una vulgar tendencia en los guiones. Ojalá se fuera a su casa a recuperarse. Ojalá todo el mundo se fuera a su casa. Estoy harto de ser el villano en la vida de todo el mundo. Dios mío, tendrías que oír a Hess y LeSage cuando hablan de una obra nueva. O de *cualquier* cosa nueva. Son felices como cerdos hasta que aparezco yo. Me siento como esos pobres bastardos contra los cuales predisponía a todo el mundo el tan amado por Seymour, Chuang-tzu. «Cuidado cuando los llamados hombres sensatos se acercan cojeando.» —Se quedó quieto, mirando el remolino de copos de nieve—. A veces sería feliz echándome y muriendo —dijo.

En aquel momento Franny contemplaba un lugar descolorido de la alfombra, junto al piano, que estaba iluminado por el sol, y sus labios se movían perceptiblemente.

—No puedes imaginarte lo gracioso que es todo esto ---observó con el más tenue temblor en la voz, y Zooey miró hacia ella. Su palidez adquiría más énfasis por el hecho de que no se había pintado los labios—. Todo lo que dices me recuerda lo que yo intentaba decir a Lane el sábado, cuando empezó a acosarme. Justo en medio de martinis, caracoles y todo lo demás. Quiero decir que no nos preocupan exactamente las mismas cosas, sino la misma clase de cosas, creo yo, y por las mismas razones. Al menos, así es como me suena. —En ese preciso momento Bloomberg se puso en pie en su falda y, más como un perro que como un gato, empezó a describir círculos para encontrar una mejor posición para dormir. Franny, abstraída, pero como un guía, colocó con suavidad las manos en su lomo, y continuó hablando—. De hecho llegué a un punto en que me dije a mí misma, en voz alta, como una loca: «Si te oigo decir una sola palabra más que sea quisquillosa, crítica y destructiva, tú y yo, Franny Glass, habremos terminado..., terminado del todo.» Y durante algún tiempo no me porté demasiado mal. Durante todo un mes, como mínimo, siempre que alguien decía algo que olía demasiado a campus o a falso, o apestaba a ego o algo parecido, al menos guardé silencio. Iba al cine o permanecía horas en la biblioteca o escribía como una loca ensayos sobre la Comedia de la Restauración y cosas así; pero al menos tuve el *placer* de no oír mi propia voz durante un tiempo. —Meneó la cabeza—. Entonces, una mañana, zas, zas, empecé otra vez. No dormí en toda la noche, por alguna razón, y tenía una lección de literatura francesa a las ocho, así que por fin me levanté, me vestí, hice un poco de café y di un paseo por el campus. Lo que *deseaba* hacer era dar un paseo terriblemente largo en bicicleta pero tenía miedo de que todo el mundo me oyera sacar la bicicleta del apartamento, siempre se *cae* algo, de modo que entré en el edificio de Literatura y *me senté*. Estuve sentada mucho rato, y al final me levanté y empecé a escribir cosas de Epicteto por toda la pizarra. La llené por completo, ni siquiera sabía que *recordaba* tanto de él. Lo borré todo, ¡gracias a Dios!, antes de que empezara a entrar gente. Pero fue un acto pueril, de todos modos; Epicteto me hubiera *odiado* absolutamente por hacerlo, pero... —Franny vaciló—. No sé. Creo que sólo quería ver en la pizarra el nombre de alguien *simpático*. Sea como sea, esto me puso nuevamente en marcha. Me pasé el día pinchando. Pinché al profesor *Fallón*. Pinché a *Lane* cuando hablé con él por teléfono. Pinché al profesor *Tupper*. Y la cosa fue empeorando. Incluso empecé a pinchar a mi compañera de habitación. ¡Oh, Dios mío, pobre Bev! Empecé a sorprenderla mirándome como si esperase que me decidiera a cambiarme de habitación, dejando que alguien agradable y *normal* ocupase mi lugar y le concediera algo de paz. ¡Fue terrible! Y lo peor era que yo *sabía* que estaba siendo un fastidio, *sabía* que estaba deprimiendo a la gente e incluso hiriendo sus *sentimientos*, ¡pero no podía parar! No podía *dejar* de pinchar. —Con aspecto algo más que distraído, hizo una pausa lo bastante larga para empujar hacia abajo los cuartos traseros de Bloomberg—. Pero lo peor era en la clase —añadió con decisión—. Eso era lo peor. Ocurrió que se me metió en la cabeza, y *no* podía desecharla, la idea de que la universidad era sólo otro lugar *torpe* y *anodino* del mundo, dedicado a amontonar tesoros sobre la tierra y todo eso. Me refiero a que un tesoro es un *tesoro*, por amor de Dios. ¿Qué diferencia hay en que el tesoro sea dinero, o propiedades, o incluso *cultura*, o incluso simples conocimientos? Me parecía que todo era *exactamente* lo mismo, quitando la envoltura..., ¡y sigue pareciéndome! A veces creo que el *saber*, al menos cuando es por el saber en sí, es lo peor de todo. Desde luego, el menos excusable. —Nerviosamente, y sin la menor necesidad, Franny se apartó hacia atrás los cabellos con una mano—. Creo que no me sentiría tan deprimida si de vez en cuando, sólo de *vez* en cuando, hubiese al menos una

pequeña implicación *rutinaria* de que el saber *debe* conducir a la *sabiduría*, ¡y que de *no* ser así, es una repugnante pérdida de tiempo! ¡Pero nunca la hay! Jamás oyes en un campus una *insinuación* de que la sabiduría *ha de ser* el objetivo del saber. ¡Ni siquiera oyes apenas la mención de la palabra «sabiduría»! ¿Quieres saber algo gracioso? ¿Quieres oír algo realmente gracioso? ¡En casi cuatro años de universidad (y ésta es la verdad absoluta), en casi cuatro años de universidad, la única vez que recuerdo haber oído la expresión «hombre sabio» fue en mi primer año, en Ciencias Políticas! ¿Y sabes cómo la usaron? La usaron para referirse a un estadista decrépito que había hecho una fortuna en la Bolsa y marchado después a Washington para ser consejero del presidente Roosevelt. ¿Qué te *parece*? ¡En casi cuatro años de universidad! No digo que esto le ocurra a *todo* el mundo, pero me *trastorna* tanto pensar en ello, que podría morirme.

Se interrumpió, y al parecer volvió a dedicarse a atender los intereses de Bloomberg. Ahora sus labios tenían apenas más color que su rostro. Además estaban cuarteados, de manera muy tenue.

Zooey tenía, y había tenido, la vista fija en ella.

—Quiero preguntarte algo, Franny —dijo de repente. Se volvió de nuevo hacia la mesa, frunció el ceño y sacudió el muñeco de nieve—. ¿Qué crees estar haciendo con la Oración de Jesús? —preguntó—. A esto es a lo que quería llegar anoche, antes de que me dijeras que me largase. Hablas de acumular tesoros, dinero, propiedades, cultura, conocimientos, etcétera, etcétera. Al recitar la Oración de Jesús, déjame terminar ahora, te lo ruego, al seguir recitando la Oración de Jesús, ¿no estás intentando acumular cierta clase de tesoro? ¿Algo que es tan malditamente negociable como todas las otras cosas más materiales? ¿O acaso lo cambia todo el hecho de que sea una oración? Con esto quiero decir, ¿significa toda la diferencia del mundo para ti el lado en que alguien amontona su tesoro, en este lado o en el otro? ¿En el lado en que no pueden entrar los ladrones, etcétera? ¿Es esto lo que cambia todo? *Espera* un momento, ahora, espera a que haya terminado, por favor. —Contempló unos momentos la tormenta de la esfera de cristal. Entonces—: Si quieres saber la verdad, hay algo en tu modo de rezar que me da *escalofríos*. Tú crees que mi intención es hacer que dejes de rezar. No sé si lo es o no (se trata de un punto muy discutible), pero me *gustaría* que me explicaras cuáles son tus malditos motivos para hacerlo. —Titubeó, pero no el tiempo suficiente para que Franny le interrumpiera—. Por simple lógica, para mí no existe diferencia entre el hombre que codicia tesoros materiales, o incluso tesoros intelectuales, y el hombre que codicia tesoros espirituales. Como tú dices, un tesoro es un tesoro, maldita sea, y me parece que el noventa por ciento de todos los santos históricos que han odiado el mundo era tan *adquisitivo* y poco atractivo, básicamente, como el resto de nosotros.

Franny, en su tono más glacial y con un ligero temblor en la voz, preguntó:

— ¿Puedo interrumpirte ahora, Zooey?

Zooey soltó el muñeco de nieve y se puso a jugar con un lápiz.

---Sí, sí. Interrúmpeme —contestó.

---*Sé* todo lo que estás diciendo. No me has dicho ni una cosa que yo no haya pensado. Dices que *quiero* algo de la Oración de Jesús, lo cual me hace realmente tan *adquisitiva*, para usar tu misma palabra, como el que quiere un *abrigo* de marta, o ser *famoso*, o rebosar de alguna clase de estúpido prestigio. ¡Todo esto ya lo sé! ¡Dios mío! ¿Qué especie de imbécil crees que soy? —Ahora el temblor de su voz llegaba a ser casi un impedimento.

—Está bien, tranquilízate, tranquilízate.

— ¡No *puedo* tranquilizarme! ¡Me pones furiosa! ¿Qué crees que estoy haciendo en esta absurda habitación —perder muchos kilos, preocupar tontamente a Bessie y Les, trastornar la casa y todo lo demás? ¿No crees que tengo el sentido suficiente para

preocuparme por mis motivos para rezar esta oración? Esto es exactamente lo que me *preocupa* tanto. El solo hecho de que sea exigente sobre lo que quiero (en este caso, *discernimiento*, o *paz*, en lugar de dinero o prestigio o *fama* o cualquiera de esas cosas) no significa que no sea tan egoísta como cualquier otra persona. ¡A lo mejor, más que nadie! ¡No necesito al famoso Zachary Glass para decírmelo! —Aquí hubo un marcado cambio en su voz, y de nuevo dirigió toda su atención a Bloomberg. Al parecer, las lágrimas eran inminentes, si es que ya no brotaban.

Zooley, ante la mesa, llenaba con una fuerte presión del lápiz las «oes» de la cara comercial de un pequeño secante. Se dedicó a esto durante un breve intervalo, y después tiró el lápiz hacia el tintero. Cogió el cigarro del cenicero de cobre donde lo había colocado. Ahora no tenía más de dos centímetros de longitud, pero continuaba ardiendo. Dio una chupada profunda, como si fuese una especie de respirador en un mundo desprovisto de oxígeno. Entonces, casi a la fuerza, volvió a mirar a Franny.

—¿Quieres que intente ponerte en comunicación telefónica con Buddy esta noche? —inquirió—. Creo que deberías hablar con *alguien*: *yo* no sirvo para esto. —Espero, mirándola con fijeza—. Franny, ¿qué te parece?

Franny tenía la cabeza baja. Parecía buscar pulgas en el pelaje de Bloomberg, y de hecho sus dedos estaban muy ocupados retorciendo mechones de pelo. Ahora lloraba, pero de un modo muy local, por decirlo así; había lágrimas pero ningún sonido. Zooley la miró durante todo un minuto, y después preguntó, no precisamente en tono bondadoso, pero sin importunar:

—Franny, ¿qué te parece? ¿Intento comunicar con Buddy por teléfono?

Ella meneó la cabeza, sin levantarla. Continuó buscando pulgas. Entonces, después de una pausa, replicó a la pregunta de Zooley, aunque no muy audiblemente.

—¿Qué? —inquirió Zooley.

Franny repitió la frase:

—Quiero hablar con Seymour —dijo.

Zooley continuó mirándola un momento, con el rostro esencialmente privado de expresión —exceptuando una raya de sudor en el labio superior, bastante largo y singularmente irlandés. Entonces, con brusquedad característica, se volvió y siguió rellenando las «oes». Pero dejó el lápiz casi en seguida. Se levantó de la mesa —con bastante lentitud, para él— y, llevando consigo la colilla del cigarro, volvió a ocupar su posición con el pie sobre el asiento de la ventana. Un hombre más alto y de piernas más largas —cualquiera de sus hermanos, por ejemplo— habría levantado el pie, estirado la pierna, con más facilidad. Pero una vez que hubo subido el pie, dio la impresión de adoptar una posición de bailarín.

De modo gradual al principio, y después categóricamente, su atención se dirigió hacia una pequeña escena que se estaba representando de forma sublime, sin el impedimento de escritores, directores y productores, cinco pisos más abajo de la ventana y al otro lado de la calle. Un arce de regular tamaño se elevaba frente a la escuela privada para muchachas —uno de los cuatro o cinco árboles que había en aquel lado afortunado de la calle —y por el momento se escondía tras él una niña de siete u ocho años. Llevaba un chaquetón azul marino y una boina escocesa de un tono casi igual al de la manta de la cama del dormitorio de Van Gogh en Arles. De hecho, desde la posición ventajosa de Zooley la boina no parecía diferente de una pincelada de pintura. A unos cuatro metros de la niña, su perro —un cachorro de dachshund, que llevaba un collar y una correa de cuero verde— olfateaba para encontrarla, describiendo círculos frenéticos. Apenas podía soportar la angustia de la separación, y cuando por fin percibió el olor de su ama, fue justamente a tiempo. La alegría de la reunión resultó

inmensa para ambos. El dachshund emitió un pequeño ladrido y se abalanzó hacia ella, vibrando de felicidad, hasta que su ama, gritándole algo, saltó con apresuramiento la alambrada que protegía el árbol y lo cogió en brazos. Le dijo una serie de palabras cariñosas en el lenguaje privado del juego, y después lo puso en el suelo y recogió la correa, y ambos echaron a andar alegremente hacia el oeste, hacia la Quinta Avenida y el Parque y fuera de la vista de Zooley. Este colocó reflexivamente la mano sobre los listones de madera que dividían los cristales de la ventana, como si tuviera intención de subirla y asomarse para verlos desaparecer. Sin embargo, era la mano que sostenía el cigarro, y por un segundo su vacilación fue demasiado larga. Dio una chupada al cigarro.

—Maldita sea —dijo—, en el mundo hay cosas bonitas. Y quiero decir *bonitas*. Somos imbéciles al desviarnos de ellas. Siempre, siempre relacionando cada maldita cosa que ocurre con nuestros asquerosos y pequeños egos.

Detrás de él, justo entonces, Franny se sonó con inocente abandono; el resultado fue considerablemente más ruidoso de lo que podía esperarse de un órgano tan fino y de aspecto tan delicado. Zooley se volvió para mirarla con algo de censura.

Franny, ocupada con varias hojas de Kleenex, le devolvió la mirada.

—Vaya, lo siento —se disculpó—. ¿Es que no puedo sonarme?

—¿Has acabado?

—¡Sí, he acabado! Dios mío, qué familia. Tomas la vida en tus manos sólo porque te *suenas*.

Zooley se volvió de nuevo hacia la ventana. Fumó brevemente, siguiendo un dibujo de bloques de hormigón en el edificio de la escuela.

—Buddy me dijo hace un par de años algo razonablemente sensato —observó—. Vamos a ver si lo recuerdo.

Titubeó. Y Franny, aunque seguía ocupada con sus Kleenex, levantó la vista hacia él. Cuando Zooley parecía tener dificultad en recordar algo, su vacilación interesaba invariablemente a todos sus hermanos, e incluso les servía de diversión. Sus vacilaciones eran casi siempre engañosas, y en su mayoría remanentes de los cinco años, formativos sin duda alguna, que pasara como concursante regular en «Es un niño sabio», cuando, en vez de hacer alarde de su algo absurda capacidad para citar, instantáneamente y en general palabra por palabra, todo cuanto había leído o incluso escuchado con auténtico interés, cultivaba la costumbre de fruncir el ceño y aparentar que dudaba, tal como hacían los otros niños del programa. Ahora tenía el ceño fruncido, pero habló con bastante más rapidez de lo habitual en tales circunstancias, como si intuyera que Franny, su antigua compañera en el programa, ya le había desenmascarado.

Dijo que un hombre debería ser capaz de yacer al pie de una colina con un corte en la garganta y desangrándose lentamente, y si pasaba por allí una bonita doncella o una anciana con una hermosa ánfora perfectamente equilibrada sobre la cabeza, debería levantarse sobre un brazo y asegurarse de que el ánfora llegara sin daños a la cumbre de la colina. —Reflexionó sobre ello y emitió un ligero gruñido—. Me gustaría vérselo hacer a ese bastardo. —Chupó el cigarro—. Todo el mundo en esta familia tiene su maldita religión en un paquete diferente —comentó con una notable ausencia de respeto en la voz—. Walt era un apasionado. Walt y Boo Boo tenían las filosofías religiosas más apasionadas de la familia. —Volvió a chupar el cigarro, como para resaltar que estaba divertido cuando no quería estarlo—. Walt dijo una vez a Waker que todo el mundo en esta familia debía haber acumulado un *montón* de karmas malignos en sus encarnaciones anteriores. Walt tenía la teoría de que la vida religiosa, y todo el sufrimiento que comporta, es sólo algo con lo que Dios castiga a la gente que tiene la osadía de acusarle de haber creado un mundo repelente.

Del canapé llegó la risita de un auditorio apreciativo.

—Nunca lo había oído —dijo Franny—. ¿Cuál es la filosofía religiosa de Boo Boo? Creí que no tenía ninguna.

Zoey no habló durante un momento, y luego repuso:

—¿La de Boo Boo? Está convencida de que el señor Ashe creó el mundo. Lo ha sacado del *Diario* de Kilvert. A los colegiales de la parroquia de Kilvert les preguntaron quién hizo el mundo, y uno de los chicos contestó-«El señor Ashe.»

Franny estaba encantada, audiblemente encantada Zoey se volvió a mirarla, y —siendo un joven imprevisible— hizo una mueca muy severa, como si de pronto quisiese rechazar todas y cada una de las formas de frivolidad. Bajó el pie del asiento de la ventana, puso la colilla del cigarro en el cenicero de cobre de la mesa y se apartó de la ventana. Atravesó lentamente la habitación, con las manos en los bolsillos, pero con una dirección fija en mente.

—Tendría que irme de aquí. Estoy citado para el almuerzo —dijo, y de inmediato se agachó para hacer un minucioso examen de dueño del interior del acuario. Golpeó el cristal con la uña, insistentemente—. Vuelvo la espalda cinco minutos y todo el mundo deja morir a mis mariquitas. Tendría que habérmelos llevado a la universidad. Lo *sabía*.

—Oh, Zoey, hace cinco años que dices lo mismo. ¿Por qué no te compras otros?

El continuó golpeando el cristal.

—Todas las mozas universitarias sois iguales. Duras como una piedra. Esos peces no eran sólo mariquitas negras, hermana. Había intimidad entre nosotros. — Diciendo esto, se tendió de nuevo sobre la alfombra, con su delgado torso metido a duras penas entre la radio Stromberg-Carlson de 1932 y un atestado revistero de madera de arce. De nuevo sólo las suelas y los tacones de sus zapatos eran visibles para Franny. No obstante, apenas se había tendido cuando se sentó muy derecho, poniendo de repente a la vista la cabeza y los hombros, con el efecto entre macabro y cómico de un cadáver que se cae de un armario—. Aún sigues rezando, ¿eh? —preguntó. Entonces se estiró, desapareciendo otra vez. Calló unos momentos y luego, con un denso acento de Mayfair, casi ininteligible—: me gustaría hablar con usted, señorita Glass, si dispone de un momento. —La respuesta a esto desde el canapé fue un silencio claramente siniestro— Reza, si quieres, o juega con Bloomberg, o fuma, si te apetece, pero dame cinco minutos de silencio ininterrumpido, hermana. Y, a ser posible, *nada de lágrimas*. ¿De acuerdo? ¿Me has oído?

Franny no contestó en seguida. Encogió las piernas bajo la manta, y atrajo más hacia ella al dormido Bloomberg.

—Sí, te escucho —dijo, encogiéndose más las piernas, como una fortaleza elevando el puente antes del asedio. Vaciló, y después habló de nuevo—: puedes decir todo lo que quieras mientras no seas abusivo. No me siento con fuerzas para una prueba esta mañana. Lo digo en serio.

—Nada de pruebas, nada de pruebas, hermana. Y si hay algo que no soy nunca, es abusivo. —Las manos del orador estaban cruzadas benignamente sobre su pecho—. Oh, un poco *brusco* a veces, cuando la situación lo requiere. Pero abusivo, nunca. Personalmente, siempre he comprobado que se pueden cazar más moscas con...

—Hablo en serio, Zoey —repitió Franny, dirigiéndose más o menos a sus zapatos—. Y, a propósito, me gustaría que te sentaras. Me parece muy *gracioso* que cada vez que el diablo anda suelto por aquí, siempre viene de ese lugar donde estás echado. Y siempre eres tú quien lo ocupa. Vamos, siéntate, por favor.

Zoey cerró los ojos.

—Por suerte, sé que no lo dices en serio. No en el fondo de tu ser. Los dos sabemos en nuestros corazones que éste es el único trozo de tierra bendita que hay en toda esta maldita casa. Da la casualidad de que aquí es donde tenía mis conejos. Y los dos eran *santos*. De hecho, eran los dos únicos conejos célibes de todo...

— ¡Oh, cállate! —exclamó Franny, nerviosa—. Empieza de una vez, si tienes que hacerlo. Todo lo que te pido es que intentes al menos tener un poco de *tacto*, dado el modo como me siento ahora: eso es todo. Eres sin duda alguna la persona más carente de tacto que he conocido en mi vida.

— ¡Carente de tacto! *Jamás*. Franco, sí. Fogoso, sí. Vivaz. Optimista, tal vez demasiado. Pero jamás nadie...

— ¡He dicho sin *tacto*! —interrumpió Franny, con un calor considerable, pero tratando de no estar divertida—. Ponte enfermo una vez y ve a visitarte a ti mismo, y así sabrás lo falto de tacto que eres. Eres la persona más imposible que he conocido en mi vida cuando alguien no se siente del todo bien. Si alguien tiene sólo un *resfriado*, ¿sabes lo que haces? Le diriges una mirada odiosa en cada ocasión en que le ves. Eres absolutamente la persona menos compasiva que conozco. ¡De verdad!

—Está bien, está bien, está bien —dijo Zooey, con los ojos todavía cerrados—. Nadie es perfecto, hermana. —Sin esfuerzo, suavizando y bajando la voz, en lugar de elevarla en falsete, hizo lo que para Franny era una imitación familiar y siempre realista de su madre pronunciando unas palabras de advertencia—: decimos con acaloramiento muchas cosas, jovencita, que en realidad no sentimos y de las que nos arrepentimos al día siguiente. —Entonces frunció en seguida el ceño, abrió los ojos y miró al techo unos segundos—. En primer lugar —dijo—, me parece que piensas que tengo la intención de arrebatarte tus rezos, o algo así. Pues, no, no la tengo. Por lo que a mí concierne, puedes pasar el resto de tu vida echada en ese canapé recitando el preámbulo de la Constitución, pero sí intento...

—Es un comienzo precioso. Sencillamente *precioso*.

— ¿Qué dices?

—Oh, cierra el pico. Continúa, sólo continúa.

—Lo que he empezado a decir es que no tengo nada en contra de tu oración. Pese a lo que tú puedas pensar, no eres la *primera* que ha decidido recitarla, ¿sabes? Una vez fui a todas las tiendas de pertrechos militares de Nueva York buscando una mochila tipo peregrino. Iba a llenarla de migas de pan y empezar a caminar por todo el maldito país. Recitando la oración. Difundiendo el Verbo. Todo el asunto. —Zooey vaciló—. Y por Dios que no lo menciono para demostrarte que una vez fui un Joven Emocional. Igual Que Tú.

— ¿Por qué lo mencionas, entonces?

— ¿Por qué lo menciono? Lo menciono porque tengo un par de cosas que decirte, y es posible que no esté calificado para decirlas. A causa de que una vez tuve un fuerte deseo de recitar la oración y no lo hice. Puedo estar un poco celoso de que tú lo pruebes. De hecho, es muy posible. En primer lugar, soy un comicastro. Puede ser muy bien que odie a muerte representar a Marta mientras otro representa a María. ¿Quién diablos puede saberlo?

Franny optó por no responder. Pero apretó más a Bloomberg contra su pecho y le dio un pequeño abrazo extraño y ambiguo. Entonces miró en la dirección de su hermano y dijo:

—Eres un duende benévolo. ¿Lo sabías?

—Guárdate los cumplidos, hermana; tal vez vivas para retractarte. Aún tengo que decirte lo que no me gusta de tu forma de enfocar este asunto. Calificado o no. —Aquí Zooey contempló el techo de yeso durante unos diez segundos, y luego volvió a

cerrar los ojos—. En primer lugar, no me gusta esta rutina estilo Camille. Y no me interrumpas ahora. Sé que te estás desmoronando legítimamente, y todo eso. Y no creo que sea *fingido*; no roe refiero a eso. Y tampoco creo que sea una demanda subconsciente de *simpatía*, ni algo por el estilo. Pero sigo diciendo que no me gusta. Es penoso para *Bessie*, es penoso para *Les*; y, por si aún no lo sabes, estás empezando a despedir un ligero tufo de mojigatería. Maldita sea, no hay ninguna oración de ninguna religión del mundo que justifique la mojigatería. No estoy diciendo que seas mojigata, de modo que no te muevas, sino que toda esta cuestión de histerismo *es* tan poco atractiva como el *infierno*.

—¿Has acabado? —inquirió Franny, inclinándose notablemente hacia delante. El temblor había vuelto a su voz.

—Vamos, Franny, vamos. Has dicho que me escucharías hasta el final. Creo que ya he dicho lo peor. Sólo intento decirte, no lo intento, te lo digo, que esto no es justo para con Bessie y Les. Es *terrible* para ellos, y tú lo sabes. ¿Sabías, maldita sea, que Les estuvo a punto de traerte una *mandarina* anoche, antes de irse a la cama? Dios mío. Ni siquiera Bessie puede soportar historias que mencionen las mandarinas. Y Dios sabe que *yo* tampoco. Si vas a seguir adelante con este asunto del desmoronamiento, me gustaría que volvieras a la universidad para tenerlo. Allí no eres el bebé de la familia. Y Dios sabe que allí no habrá nadie con deseos de llevarte mandarinas. Y es un sitio donde no guardas tus malditos zapatos de *baile* en el armario.

En este punto, Franny alargó ciega, pero inaudiblemente la mano hacia la caja de Kleenex que estaba sobre la mesa de mármol.

Ahora Zooey se puso a mirar abstraído una vieja mancha de infusión de plantas que había en el techo enyesado y que él mismo hiciera diecinueve o veinte años atrás con una pistola de agua.

—Mi siguiente preocupación tampoco es bonita. Pero casi he terminado, así que aguanta un segundo más, si puedes. Lo que no me gusta *nada* es esta pequeña vida privada de cilicio y martirio que llevas en la universidad, esta pequeña y estúpida cruzada que crees que libras contra todo el mundo. Y no me refiero a lo que seguramente piensas, así que trata de no interrumpirme por un segundo. Tengo entendido que atacas principalmente el sistema de enseñanza superior. No *arremetas* contra mí ahora: estoy de acuerdo contigo casi en todo. Pero detesto la clase de ataque general que empleas. Estoy de acuerdo contigo en el noventa y ocho por ciento de la cuestión. Pero el otro dos por ciento me asusta muchísimo. Tuve un profesor cuando estaba en la Universidad, sólo *uno*, te lo aseguro, pero un gran, gran profesor, que no concuerda en nada con todo lo que has dicho. No era un Epicteto. Pero no era un egomaniaco ni un presumido de Facultad, sino un erudito sabio y modesto. Y lo que es más, creo que jamás le oí decir, dentro y fuera de la clase, nada que no contuviera un poco de verdadera sabiduría, y a veces, mucha. ¿Qué *le* ocurrirá cuando inicies tu revolución? No me atrevo a pensarlo, cambiemos de tema. La otra gente contra la que has despotricado es algo distinto. Este profesor Tupper y los dos imbéciles de quienes me hablabas anoche, Manlius y el otro. Yo *los* he conocido por docenas, igual que todo el mundo, y *estoy de acuerdo* en que no son inofensivos. De hecho, son terriblemente letales. Dios Todopoderoso. Convierten todo lo que tocan en absolutamente académico e inútil. O, aún peor, en *cultismo*. En mi opinión, son culpables de la mayoría de papanatas con diplomas que se sueltan por el país todos los meses de junio. —Aquí Zooey, todavía mirando hacia el techo, hizo una mueca y meneó la cabeza simultáneamente—. Pero lo que no me gusta, y lo que creo que no gustaría ni a Seymour ni a Buddy, a *ninguno de los dos*, es tu modo de hablar sobre toda esta gente. Quiero decir que no sólo desprecias lo que representan: los desprecias a

ellos. Es demasiado personal, Franny. Te lo digo en serio. Hay un auténtico brillo homicida en tus ojos cuando hablas de ese Tupper, por ejemplo. Toda esa historia de que va al lavabo de caballeros para despeinarse el pelo antes de entrar en clase. Todo eso. Probablemente lo hace: concuerda con todo lo que me has contado acerca de él. No digo que no concuerde. Pero lo que haga con su pelo *no es asunto tuyo*, hermana. Estaría bien, en cierto modo, que consideraras extrañas sus afectaciones personales. O que te inspirase un poco de lástima por tener la inseguridad suficiente para darse un poco de maldito y patético atractivo. Pero cuando me hablas de ello, y ahora no bromeo, lo haces como si su pelo fuese un maldito enemigo personal tuyo. Esto *no está bien*, y tú lo sabes. Si has de entablar una guerra contra el Sistema, dispara como una chica buena e inteligente: porque el enemigo está *ahí*, y no porque te disgusta su peinado o su maldita corbata.

Siguió un silencio de un minuto, más o menos. Sólo fue interrumpido por el sonido de Franny sonándose, un sonido abandonado, largo, «congestionado», que sugería a un paciente con un resfriado de cabeza de cuatro días de duración.

—Es exactamente como esta maldita úlcera que he contraído. ¿Sabes por qué la tengo? ¿O al menos las nueve décimas partes de la razón de que la tenga? Porque cuando no pienso del modo correcto, permito que mis sentimientos sobre la televisión y todo lo demás se conviertan en personales. Hago exactamente lo mismo que haces tú, y tengo la edad necesaria para saber que no está bien. —Zoey hizo una pausa. Con la mirada fija en la mancha del techo, inspiró profundamente por la nariz. Seguía con los dedos entrelazados a la altura del pecho—. Lo último —dijo de pronto— causará probablemente una explosión. Pero no puedo evitarlo. Es lo más importante de todo. — Pareció consultar brevemente el techo enyesado, y luego cerró los ojos—. No sé si lo recuerdas, pero yo recuerdo un tiempo, hermana, en que atravesabas una pequeña apostasía del Nuevo Testamento que podía oírse en muchos kilómetros a la redonda, por aquel entonces todo el mundo estaba en el maldito Ejército, y yo fui quien más se fastidió oyéndola. Pero ¿tú te acuerdas? ¿Te acuerdas de algo?

— ¡Sólo tenía diez años! —exclamó Franny, nasal y bastante peligrosamente.

— Sé qué edad tenías. Sé muy bien la edad que tenías. Vamos, no estoy sacando esto a colación para reprocharte algo, por el amor de *Dios*. Lo he mencionado por una buena razón. Lo he mencionado porque no creo que comprendieras a Jesús cuando eras una niña, ni creo que le comprendas ahora. Creo que le has confundido en tu mente con otros cinco o diez personajes religiosos, y *no* creo que puedas continuar con la Oración de Jesús hasta que sepas quién es quién y qué es qué. ¿Recuerdas quién empezó aquella pequeña apostasía, Franny? ¿Lo recuerdas o no?

No obtuvo respuesta, sólo el sonido de una nariz que sonaba con bastante violencia.

—Pues, yo sí, por casualidad. Matías, Capítulo Seis. Lo recuerdo con gran claridad, hermana. Incluso recuerdo dónde *estaba* yo. Me encontraba en mi habitación untando mi maldito palo de hockey, y tú irrumpiste en ella... muy excitada, con la Biblia abierta de par en par. Ya no te gustaba Jesús y querías saber si podías llamar al campamento de Seymour para contárselo todo. ¿Y sabes por qué ya no te gustaba Jesús? Te lo diré. Porque, *primero*, no aprobabas que entrara en la sinagoga y derribara todas las tablas e ídolos. Esto fue muy descortés, muy Innecesario. Estabas segura de que Salomón o cualquier otro no hubiera hecho una cosa así. Y la *otra* cosa que desaprobabas, que figuraba donde tenías abierta la Biblia, eran las líneas «Mirad las aves del cielo: porque no siembran, no cosechan, ni llenan graneros; y sin embargo vuestro Padre celestial las alimenta.» *Eso* estaba muy bien. Era hermoso. Lo aprobabas. *Pero*, cuando Jesús dice en el mismo aliento, «¿No estáis mucho mejor que ellas?»...

ah, aquí es donde la pequeña Franny disiente. Aquí es donde la pequeña Franny se aparta de la Biblia y va directa hacia Buda, que no hace discriminaciones contra todas esas bonitas aves del cielo. Todos esos bonitos y simpáticos patos y polluelos que solíamos tener en el lago. Y no me digas otra vez que tenías diez años. Tu edad no tiene nada que ver con lo que estoy diciendo. No hay grandes *cambios* entre diez y veinte años; ni entre diez y ochenta, si me apuras. *Todavía* sigues sin poder amar tanto como quisieras a un Jesús que hizo y dijo un par de cosas que se le atribuyen... y tú lo sabes. Eres por naturaleza incapaz de amar o *comprender* a cualquier hijo de Dios que vaya derribando tablas. Y eres por naturaleza incapaz de amar o *comprender* a cualquier hijo de Dios que diga que un ser humano, *cualquier* ser humano —incluso un profesor Tupper— es más valioso para Dios que un blando e inocente polluelo de Pascua.

Franny se hallaba ahora directamente de cara al sonido de la voz de Zooney, sentada y muy erguida, con una bola de Kleenex en la mano. Bloomberg ya no estaba en su falda.

—Supongo que *tú* sí eres capaz —dijo en tono estridente.

—No hace al caso que *yo* sea o no capaz. Pero, sí, en realidad lo soy. No tengo ganas de profundizar en ello, pero yo al menos nunca he intentado, conscientemente o no, convertir a Jesús en san Francisco de Asís para hacerle más «simpático», que es exactamente lo que siempre ha insistido en hacer el noventa y ocho por ciento del mundo cristiano. No es que sea un mérito mío. Da la casualidad de que no me atrae el tipo de san Francisco de Asís. Pero a *ti*, sí. Y, en mi opinión, ésta es una de las razones por las que estás pasando una crisis nerviosa. Y en especial la razón de que las pases en casa. Este lugar está hecho a tu medida. El servicio es bueno, « hay muchos fantasmas corriendo por aquí, calientes y fríos. ¿Qué podría ser más conveniente? Aquí puedes recitar tu oración y fundir en uno solo a Jesús, san Francisco, Seymour y el abuelo de Heidi. —La voz de Zooney enmudeció, un breve instante—. ¿No lo ves? ¿No *ves* la confusión y la falta de orden con que miras las cosas? Dios mío, no hay nada vulgar en ti, y sin embargo en este momento estás metida hasta el cuello en pensamientos vulgares. No sólo es vulgar tu forma de dedicarte a la oración, sino que, tanto si lo sabes como si no, también es vulgar tu crisis de nervios. He visto un par de ellas, y la gente que las sufría no se preocupaba de elegir el lugar donde...

— ¡Basta, Zooney! ¡*Basta!* —exclamó Franny, sollozando.

—Me callaré dentro de un minuto, sólo un minuto. A propósito, ¿por qué tienes esta crisis? Quiero decir que si eres capaz de desmoronarte con todas tus fuerzas, ¿por qué no usas la misma energía para estar sana y activa? Muy bien, ahora no soy razonable. No soy nada razonable. Pero, Dios mío, ¿cómo pones a prueba la poca paciencia que me dieron al nacer! Tú das una mirada al *campus* de tu facultad, al *mundo*, a la *política* y a una temporada de teatro *veraniego*, y escuchas la conversación de un puñado de estudiantes papanatas, y decides que todo es *ego*, *ego*, *ego*, y que lo único inteligente que Puede hacer una chica es echarse, afeitarse la cabeza, recitar la Oración de Jesús y pedir a Dios una pequeña experiencia mística que la haga buena y feliz.

Franny gritó:

— ¿*Quieres callar, por favor?*

—Dentro de un segundo, dentro de un segundo. Hablas una y otra vez del *ego*. Dios mío, haría falta el mismo Cristo para decidir qué es *ego* y qué no lo es. Este universo es de *Dios*, hermana, no tuyo, y es Él quien tiene la última palabra sobre lo que es *ego* y lo que no lo es. ¿Qué hay de tu amado Epicteto? ¿O de tu amada Emily Dickinson? ¿Acaso quieres que Emily, cada vez que experimenta el impulso de escribir un poema, se siente y diga una oración hasta que se desvanezca su impulso repugnante y

egoísta? ¡No, claro que no! Pero te gustaría que a tu amigo el profesor Tupper le arrebataran el ego. Eso es diferente. Y tal vez lo es. Pero no vayas por ahí gritando contra egos en general. A mi juicio, si de verdad quieres saberlo, la mitad de lo desagradable de este mundo es provocado por la gente que no emplea su verdadero ego. Tu profesor Tupper, por ejemplo. A juzgar por lo que dices de él, me apostaría cualquier cosa a que esto que está usando, lo que tú llamas su ego, no es su ego en absoluto sino otro factor, mucho más sucio y mucho menos *básico*. Dios mío, has ido a suficientes escuelas para conocer el paño. Rasca a un maestro de escuela incompetente, o a un profesor de universidad, y casi siempre encontrarás desplazado a un mecánico de primera clase, o a un maldito *albañil*. Fíjate en LeSage, por ejemplo, mi amigo, mi patrono, mi Rosa de la Avenida Madison. ¿Crees que fue su ego lo que le metió en televisión? ¡Claro que no! Ya no posee *ningún* ego... si es que lo tuvo alguna vez. Lo ha repartido entre sus *aficiones*. Que yo sepa, tiene por lo menos tres aficiones; y todas tienen algo que ver con un gran taller de diez mil dólares en el sótano, lleno de herramientas y prensas eléctricas y Dios sabe que más. Nadie que use realmente su ego, su verdadero ego, tiene *tiempo* para sus malditas aficiones. --Zooney calló de improviso. Todavía estaba tendido con los ojos cerrados y los dedos entrelazados, con mucha fuerza, sobre su pecho. Pero ahora contrajo su rostro en una expresión deliberadamente afligida, al parecer, una forma de autocrítica—. Aficiones —dijo—. ¿Cómo he derivado hacia las aficiones? —Calló durante un momento.

Los sollozos de Franny, ahogados sólo en parte por el almohadón de seda, eran el único sonido de la habitación. Bloomberg estaba sentado bajo el piano, en una isla de rayos de sol que bañaban pintorescamente su rostro.

—Siempre el aguafiestas —dijo Zooney, con una indiferencia casi excesiva—. Diga lo que diga, siempre da la impresión de que hablo en contra de tu Oración de Jesús. Y no es *cierto*, maldita sea. Sólo estoy en contra de por qué, cómo y *dónde* lo recitas. Me gustaría estar convencido, me *encantaría* estar convencido, de que lo empleas como un sustituto de lo que sea tu deber en la vida, o simplemente tu deber cotidiano. Pero lo peor es que no puedo (te juro por Dios que no puedo), comprender cómo eres capaz de rezar a un Jesús a quien ni siquiera entiendes. Y lo que es realmente inexcusable, considerando que has sido *alimentada* mediante un embudo con la misma cantidad de *filosofía* religiosa que yo, lo que es realmente inexcusable es que no intentas entenderle. Habría una excusa si fueras una persona muy *simple*, como el peregrino, o una persona malditamente *desesperada*; pero tú no eres simple, hermana, ni estás tan malditamente desesperada. —Justo entonces, por primera vez desde que se había echado, Zooney, con los ojos todavía cerrados, comprimió los labios: mucho, como si se tratara de un paréntesis, al estilo habitual de su madre—. Dios Todopoderoso, Franny —continuó—, si vas a recitar la Oración de Jesús, dirígete al menos a *Jesús*, y no a san Francisco y Seymour y el abuelo de Heidi fundidos en uno. Consérvale en la mente mientras lo recites, a *Él* y sólo a *Él*, y tal como fue y no como te hubiese gustado que fuera. No te enfrentas a los hechos. Esta misma maldita actitud de no enfrentarte a los hechos es lo que te ha puesto en este estado mental, y es imposible que te saque de él.

Zooney se llevó las manos con brusquedad al rostro ya sudoroso, las mantuvo allí un instante y luego las apartó, cruzándolas de nuevo. Su voz volvió a sonar, con un tono casi perfectamente coloquial.

—La parte que me causa estupor, verdadero estupor, es que no puedo comprender por qué una persona, a menos que sea un niño, un ángel o un simplón afortunado como el peregrino, desee rezar a un Jesús en algo diferente de cómo suena y aparece en el Nuevo Testamento. ¡Dios mío! ¡Es sólo el hombre más inteligente de la Biblia, eso es todo! ¿Quién hay que pueda comparársele? ¿*Quién*? Ambos Testamentos

están llenos de sabios, profetas, discípulos, *hijos* predilectos, Salomones, Isaías, Davides, Pablos..., pero, Dios mío, ¿quién sino Jesús sabía realmente de qué se trataba? *Nadie*. Moisés, no. No me nombres a Moisés. Era un buen hombre, y estaba en bello contacto con su Dios, y todo eso, pero ésta es exactamente la cuestión. Tenía que mantenerse en contacto. Jesús comprendió que no *existe* separación de Dios. —Aquí Zooney dio una palmada, sólo una y no con fuerza, y muy probablemente contra su voluntad. Sus manos volvieron a cruzarse sobre el pecho casi antes, por así decirlo, de terminar la palmada—. ¡Oh, Dios mío, qué mente! —exclamó—. ¿Quién, por ejemplo, hubiese callado cuando Pilato pidió una explicación? Salomón, no. No digas Salomón. Salomón hubiera tenido para la ocasión algunas palabras concisas. Y no estoy seguro de que no las hubiera tenido Sócrates. Critón o quien fuese, hubiera logrado desorientarle el tiempo suficiente para introducir un par de palabras bien escogidas. Pero ante todo, más importante que cualquier otra cosa, ¿quién de la Biblia, aparte de Jesús, sabía, *sabía*, que todos llevamos con nosotros el Reino de los Cielos, en nuestro *interior*, donde todos somos demasiado estúpidos, sentimentales y poco imaginativos para echar una mirada? Tienes que *ser* hijo de Dios para conocer esta clase de asunto. ¿Por qué no piensas en estas cosas? Lo digo en serio, Franny, muy en serio. Si no ves a Jesús exactamente como era, te pierdes todo el significado del Padrenuestro. Si no comprendes a Jesús, no puedes comprender su oración: no la comprendes en absoluto, sólo obtienes una especie de cántico organizado. Jesús fue un *experto* supremo, por Dios, con una misión terriblemente importante. No fue un san Francisco, con el tiempo suficiente para entonar unos cuantos himnos, o predicar a los *pájaros*, o hacer cualquiera de las otras cosas emotivas tan próximas al corazón de Franny Glass. Ahora hablo en serio, maldita sea. ¿Cómo es posible que no lo veas? Si Dios hubiera querido a alguien con la personalidad constantemente atractiva de san Francisco para el trabajo del Nuevo Testamento, le habría elegido a él, puedes estar segura. Y lo cierto es que eligió al maestro mejor de todos, al más inteligente, más bondadoso, menos sentimental y menos *imitativo* que podía elegir. Y si no eres capaz de ver esto, te juro que te pierdes todo el significado del Padrenuestro. El Padrenuestro tiene un objetivo, y *sólo* uno. Dotar a la persona que lo dice con la Conciencia de Cristo. *No* construir un pequeño rincón cómodo y sagrado como ninguno, con un *personaje* pegajoso, adorable y divino que te tome en sus brazos y te releve de todos tus deberes y haga desaparecer para siempre todos tus desagradables *Weltschmerzen* (1) profesores Tupper. Y, por Dios, si tienes la inteligencia suficiente para ver esto (y tú la *tienes*), y pese a ello te niegas a verlo, entonces estás abusando de la oración y usándola para pedir un mundo lleno de muñecos y santos y ningún profesor Tupper. —Se sentó de repente se inclinó hacia delante con una rapidez casi calisténica para mirar a Franny. Su camisa estaba empapada—. Si la intención de Jesús hubiera sido que la oración se emplease para...

Zooney se interrumpió. Miró con fijeza la posición de Franny en el canapé, postrada y boca abajo, y oyó, probablemente por primera vez, sus sonidos de angustia, sólo ahogados en parte. Zooney, en un instante, palideció: palideció de ansiedad por el estado de Franny, y también, seguramente, porque de pronto el fracaso había invadido la habitación con su olor invariablemente repulsivo. Sin embargo, el color de su palidez era un blanco básico muy curioso; es decir, no estaba mezclado con los verdes y amarillos de la culpa o la contrición abyecta. Era muy parecido a la usual palidez del rostro de un niño que ama con pasión a los animales, a *todos* los animales, y que acaba de ver la expresión de su hermana predilecta, muy amante de los conejillos, al abrir la caja que contiene su regalo de cumpleaños: una joven cobra recién apresada, con una

(1) En alemán, pesimismo melancólico.

cinta roja formando un torpe lazo alrededor de su cuello.

Miró a Franny con fijeza durante un minuto entero, y entonces se puso en pie con un movimiento desmañado y vacilante, nada característico en él. Fue muy lentamente hacia la mesa de escribir de su madre, al otro lado de la habitación. Y resultó evidente, cuando llegó, que no tenía idea de por qué se había dirigido allí. Parecía desconocer las cosas que cubrían la superficie de la mesa ---el secante con las «oes» rellenas por él, el cenicero con la colilla de su cigarro—, y se volvió para mirar de nuevo a Franny. Sus sollozos habían remitido un poco, o lo parecía, pero su cuerpo estaba en la misma posición triste, echado boca abajo. Tenía un brazo debajo de ella, atrapado debajo de ella, de un modo que debía ser incómodo en extremo, cuando no bastante doloroso. Zooey desvió la vista de ella, y entonces, no sin valentía, volvió a mirarla. Secó apenas su frente con la palma de la mano, metió ésta en el bolsillo para secarla, y dijo:

—Lo siento, Franny, lo siento muchísimo.

Pero esta disculpa formal no hizo más que reactivar, amplificar, los sollozos de Franny. Zooey la miró fijamente otros quince o veinte segundos. Entonces abandonó la habitación, por la salida del recibidor, cerrando las puertas tras de sí.

El olor a pintura fresca era muy intenso fuera de la sala de estar. El recibidor aún no estaba pintado, pero toda la longitud del suelo de madera había sido cubierta con papeles de periódico, y el primer paso de Zooey —un paso indeciso, casi aturdido— dejó la huella de su tacón de goma sobre una fotografía, de Stan Musial en la página deportiva, sosteniendo una trucha de río de cuarenta centímetros de longitud. Al quinto o sexto paso estuvo a punto de chocar con su madre, que acababa de salir de su dormitorio.

— ¡Creía que te habías ido! —exclamó ella. Llevaba dos cubrecamas de algodón, lavados y doblados—. Pensaba que había oído cerrarse la... —Se interrumpió para observar el aspecto general de Zooey—. ¿Qué es *eso*? ¿*Sudor*? —preguntó. Sin esperar respuesta, cogió del brazo a Zooey y le condujo, casi le arrastró, como si fuera ligero como una escoba, hacia la luz que procedía de su dormitorio recién pintado—. Sí, *es* sudor. —Su tono no habría contenido más extrañeza y censura si los poros de Zooey hubieran rezumado aceite crudo—. ¿Qué diablos has hecho? Acabas de darte un *baño*. ¿Qué has *hecho*?

—Llego tarde, gordinflona. Vamos, apártate —repuso Zooey. Una cómoda de Filadelfia había sido trasladada al recibidor, y, junto con la persona de la señora Glass, obstruía el paso de Zooey—. ¿Quién ha puesto aquí esta monstruosidad? —inquirió, mirándola.

— ¿Por qué estás sudando de este modo? —interrogó la señora Glass, mirando fijamente la camisa, y luego a él—. ¿Has hablado con Franny? ¿Dónde estabas? ¿En la sala de estar?

—Sí, *sí*, en la sala de estar. Y, a propósito, yo en tu lugar entraría un momento. Está llorando. O al menos lloraba cuando he salido. —Dio una palmada a su madre en el hombro—. Vamos, hablo en serio. Apártate de mí...

— ¿Llorando? ¿Otra vez? ¿Por qué? ¿Qué ha ocurrido?

—No lo sé, por el amor de Dios... he escondido sus libracos. Vamos, Bessie, déjame pasar. Tengo prisa.

La señora Glass se hizo a un lado, sin dejar de mirarle. Entonces, casi de inmediato, se dirigió a la sala de estar, a un paso que casi no le dio tiempo de gritar por encima del hombro:

— ¡Cámbiate esa camisa, jovencito!

Si Zooney la oyó, no dio ninguna señal de ello. En el extremo opuesto del recibidor, entró en el dormitorio que en un tiempo compartiera con sus hermanos gemelos y que ahora, en 1955, era solamente suyo. Pero no permaneció en esta habitación durante más de dos minutos. Cuando salió, llevaba la misma camisa empapada de sudor. Sin embargo, había un cambio en su aspecto, ligero, pero bastante claro. Había encontrado y encendido un cigarro. Y por alguna razón se había envuelto la cabeza en un pañuelo blanco, posiblemente para protegerse de la lluvia, del granizo, o del azufre.

Cruzó el recibidor y fue directamente a la habitación que habían compartido sus dos hermanos mayores.

Era la primera vez en casi siete años que Zooney, según una dramática frase hecha, «ponía los pies» en la antigua habitación de Seymour y Buddy. Descontando un incidente por entero insignificante, cuando había registrado todo el apartamento en busca de una prensa de raqueta, extraviada o «robada».

Cerró la puerta tras de sí tan fuertemente como pudo, y con una expresión indicadora de que la ausencia de una llave en la cerradura merecía su desaprobación. Una vez dentro del aposento, casi no le dedicó una mirada, sino que dio media vuelta y se puso deliberadamente de cara a una hoja de lo que una vez había sido un niveo cartón de fibra, clavada sin concesiones a la parte interior de la puerta. Era una hoja gigantesca, casi tan larga y tan ancha como la puerta misma. Podía creerse que su blancura, suavidad y extensión habían clamado melancólicamente en un tiempo por tinta china y letras de molde. Y no en vano, por cierto, de ser éste el caso. Cada centímetro de superficie visible del cartón había sido decorado con cuatro columnas espléndidas de citas procedentes de una amplia variedad de textos literarios de todo el mundo. La caligrafía era minúscula, pero muy negra y apasionadamente legible, si bien un poco estrafalaria en algunos lugares, y sin manchas ni borraduras. La artesanía no era menos cuidadosa ni siquiera en la parte inferior del cartón, cerca del umbral, en la cual era evidente que dos calígrafos habían escrito, por turno, echados sobre el estómago. No se había hecho el menor intento de asignar a citas y autores categorías y grupos de ninguna clase, de forma que leer las citas de arriba abajo, columna tras columna, era como andar por una plataforma de emergencia levantada en un área inundada donde, por ejemplo, Pascal había sido decentemente acostado junto a Emily Dickinson, y donde, por así decirlo, los cepillos de dientes de Baudelaire y Thomas de Kempis pendían uno al lado del otro.

Zooney, situado lo bastante cerca, leyó la primera cita de la columna de la izquierda, y entonces siguió leyendo hacia abajo. A juzgar por su expresión, o por su falta de ella, podía muy bien estar leyendo para matar el tiempo un cartel anunciador de un andén de estación, recomendando los parches del doctor Scholl.

«Tenéis derecho a trabajar, pero sólo por el trabajo en sí. No tenéis derecho a los frutos del trabajo. El deseo de los frutos del trabajo no debe ser nunca vuestro motivo para trabajar. Tampoco podéis ceder a la indolencia.»

«Realizad todos los actos con el corazón fijo en el Supremo Señor. Renunciad al afecto por los frutos. Sed equilibrados (subrayado por uno de los calígrafos) en el éxito y el fracaso; porque este equilibrio del temperamento es el significado del yoga.»

»El trabajo realizado con ansiedad por los resultados es muy inferior al trabajo realizado sin tal ansiedad, en la calma de la propia renunciación. Buscad refugio en el conocimiento de Brahmán. Los que trabajan egoístamente por los resultados son infelices.

—Bhagavad Gita

—Marco Aurelio.

Quiso suceder.
Oh, caracol,
Trepas al Monte Fuji,
pero lentamente, lentamente.

—Issa.

«En cuanto a los Dioses, hay aquellos que niegan la misma existencia de la Deidad; otros dicen que existe, pero que no se mueve ni preocupa ni tiene providencia por nada. Un tercer grupo le atribuye existencia y providencia, pero sólo para las cuestiones grandes y celestiales, y no para las cosas que hay en la tierra. Un cuarto grupo admite cosas de la tierra así como las del cielo, pero sólo en general, sin respeto por el individuo. El quinto grupo, en el que estaban Ulises y Sócrates, es el que exclama:

»¡No me muevo sin Tu conocimiento!»

—Epicteto.

«El interés amoroso y la culminación vendrían cuando un hombre y una dama, ambos extraños, entablaran conversación en el tren que volvía al este.

»—Y bien —dijo la señora Croot, porque era ella—, ¿qué le ha parecido el Cañón?

»—Una especie de cueva —replicó su acompañante.

»— ¡Qué modo tan extraño de expresarlo! —repuso la señora Croot—. Y ahora, toque algo para mí.»

—Ring Lardner (Cómo escribir cuentos cortos)

«Dios instruye al corazón, no mediante ideas, sino mediante dolores y contradicciones.»

—De Caussade.

«—¡Papá! —gritó Kitty, tapándole la boca con las manos.

»—Bueno, no lo haré... —dijo él—. Estoy muy, muy satisfecho... Oh, qué tonto soy...

»Abrazó a Kitty, te besó la cara, la mano y otra vez 'a cara, e hizo sobre ella la señal de la cruz.

»Y Levin experimentó un nuevo sentimiento de amor hacia este hombre, hasta entonces tan poco conocido, para él, cuando vio cuan lenta y tiernamente besaba Kitty su mano musculosa.»

—Ana Karenina.

«Señor, tendríamos que enseñar a la gente que se equivoca al adorar las imágenes y pinturas del templo.

»Ramakrishna: "Las gentes de Calcuta sois así: queréis enseñar y predicar. Queréis dar millones cuando vosotros mismos sois mendigos... ¿Crees que Dios no sabe que es adorado en las imágenes y pintura? Si un devoto comete una equivocación, ¿no cree que Dios conocerá su propósito?"»

—El Evangelio de Sri Ramakrishna.

«— ¿No quieres unirme a nosotros? —me preguntó recientemente un conocido al encontrarme solo después de medianoche en un café que ya estaba casi vacío.

»—No, no quiero —dije yo.»

—Kafka.

«La felicidad de estar con la gente.»

—Kafka.

«La oración de San Francisco de Sales: "¡Si, Padre! ¡Sí, y siempre Sí!"»

»Zui-Gan se interpelaba a sí mismo todos los días: 'Maestro.'

Y entonces se contestaba a sí mismo: 'Sí, señor.'

Y entonces añadía: 'Serénate.'

De nuevo se contestaba:

'Sí, señor.'

'—Y después —continuaba— no te dejes engañar por los demás.'

'Sí, señor, sí, señor—replicaba.'»

Como la escritura del cartón de fibra era tan pequeña, esta última cita aparecía en la quinta parte superior de su columna, y Zooey podría haber seguido leyendo otros cinco minutos sin moverse de la misma columna y sin tener que doblar las rodillas. Optó por no hacerlo. Dio media vuelta, sin brusquedad, y fue y se sentó ante el escritorio de su hermano Seymour acercándose la pequeña silla de respaldo recto como si fuese algo que hiciera todos los días. Puso el cigarro en el borde de la derecha del escritorio, con el extremo encendido hacia fuera, se apoyó sobre los codos y se cubrió el rostro con las manos.

Detrás de él, y a su izquierda, dos ventanas provistas de cortinas, con las persianas semicerradas, daban a un patio un valle poco pintoresco de ladrillo y cemento por el cual pasaban anónimamente a todas horas del día mujeres de limpieza y dependientes de colmado. La propia habitación era lo que podía llamarse el tercer dormitorio principal del apartamento, y era, según los cánones más o menos tradicionales de las casas de apartamentos de Manhattan, a la vez poco soleada y poco espaciosa. Los dos chicos mayores Glass, Seymour y Buddy, se habían instalado en ella en 1929, a las edades de doce y diez años respectivamente, y la habían dejado libre cuando tenían veintitrés y veintiuno. La mayor parte del mobiliario pertenecía a un «juego» de madera de arce: dos divanes, una mesilla de noche, dos escritorios de tamaño infantil, contra los que chocaban las rodillas, dos *chiffonniers*, dos semisillones. Cubrían el suelo tres alfombras domésticas orientales, extremadamente gastadas. El resto, con muy poca exageración, eran libros. Libros que siempre se dejaban atrás. Libros con los que no se sabía seguro qué hacer. Libros para ser leídos algún día. Pero libros y más libros. Altas estanterías tapaban tres paredes de la habitación, llenas hasta rebosar. El exceso reposaba en montones en el suelo. Quedaba poco espacio para andar, y ninguno para pasear. Un extraño con afición a la prosa descriptiva de fiestas de cóctel podría haber comentado que la habitación, a primera vista, parecía haber tenido como inquilinos a dos incipientes abogados o investigadores de doce años. Y, de hecho, a menos que se hiciera un repaso bastante atento del material de lectura disponible, había pocas indicaciones, o tal vez ninguna, de que los antiguos ocupantes hubieran alcanzado la edad de votar dentro de las dimensiones predominantemente juveniles de la

habitación. Es cierto que había un teléfono —el discutido teléfono privado —sobre el escritorio de Buddy. Y había una serie de quemaduras de cigarrillo en ambos escritorios. Pero otros signos más enfáticos de la edad adulta —cajas de gemelos de cuello y puño, cuadros en la pared, los objetos reveladores que se amontonan sobre los *chiffonniers*— habían sido retirados de la habitación en 1940, cuando los dos jóvenes se «ramificaron» y alquilaron su propio apartamento.

Con el rostro entre las manos y con el pañuelo, que le caía sobre la frente como tocado, Zooey permaneció sentado ante el viejo escritorio de Seymour, inerte, pero no dormido, durante unos buenos veinte minutos. Entonces, casi en un solo movimiento, retiró el apoyo de su rostro, cogió el cigarro, se lo metió en la boca, abrió el cajón inferior de la izquierda del escritorio, y sacó, usando ambas manos, un montón de diecisiete o veinte centímetros de espesor de lo que parecía ser —y era— cartones de camisas. Colocó el montón frente a sí sobre el escritorio y empezó a volver los cartones, dos o tres a la vez. En realidad su mano se detuvo en una sola ocasión, y muy brevemente.

El cartón en que se detuvo había sido escrito en febrero de 1938. La escritura, en lápiz azul, era la de su hermano Seymour:

«Mi vigésimo primer cumpleaños. Regalos, regalos y más regalos. Zooey y la niña, como de costumbre, los compraron en el bajo Broadway. Me dieron un bonito surtido de polvos para la comezón y una caja de tres~ bombas apestosas. Tengo que dejar las bombas en el ascensor de Columbia, o en algún lugar lleno de gente en cuanto se me presente la oportunidad.

»Varias escenas de vodevil esta noche para divertirme. Les y Bessie bailaron una bonita danza sobre arena escamoteada por Boo Boo de la urna del vestíbulo. Cuando terminaron, B. y Boo Boo hicieron una graciosa imitación de ambos. Les casi lloraba. La niña cantó «Abdul Abulbul Amir». Z. hizo la despedida de Will Mahoney que Les le enseñó, fue a chocar contra la librería y se puso furioso. Los gemelos hicieron la imitación de B. y mía de Buck & Bubbles. Pero a la perfección. Maravillosa. Hacia la mitad, el portero llamó por el interfono y preguntó si allí arriba bailaba alguien. Un tal señor Seligman del cuarto piso...»

Aquí Zooey dejó de leer. Dio al montón de cartones un buen golpe doble sobre la superficie del escritorio, como se hace con una baraja de naipes, y luego metió el montón en el cajón inferior y lo cerró.

Una vez más se apoyó sobre los codos y ocultó la cara entre las manos. Esta vez permaneció inmóvil durante casi media hora.

Cuando volvió a moverse, fue como si estuviera atado a unos hilos de marioneta y hubiese recibido un exagerado tirón. Pareció como si le dieran el tiempo justo para coger el cigarro antes de que otro tirón de los hilos invisibles le lanzara hacia la silla del segundo escritorio de la habitación —el de Buddy—, donde se encontraba el teléfono.

En este nuevo asiento, lo primero que hizo fue sacarse los bordes de la camisa fuera del pantalón. Se desabrochó la camisa completamente, como si el viaje de tres pasos le hubiera trasladado a una zona extrañamente tropical. Después se sacó el cigarro de la boca, pero lo transfirió a su mano izquierda y lo dejó allí. Con la mano derecha se quitó el pañuelo de la cabeza y lo puso junto al teléfono, en lo que era una posición implícita de «listo». Entonces descolgó el teléfono sin ninguna vacilación perceptible y marcó un número local. Un número muy local, ciertamente. Cuando terminó de marcar, cogió el pañuelo del escritorio y lo puso sobre la bocina, muy flojo y bastante doblado.

Inspiró con fuerza y esperó. Podría haber encendido el cigarro, que se había apagado, pero no lo hizo.

Alrededor de un minuto y medio antes, Franny había rechazado en un tono claramente trémulo el cuarto ofrecimiento de su madre en quince minutos de llevarle una taza de «buen caldo de gallina». La señora Glass había hecho este último ofrecimiento en pie —de hecho, a medio camino entre la sala de estar y la cocina—, con aspecto de inflexible optimismo. Pero el temblor renovado de la voz de Franny la envió de nuevo rápidamente a su silla.

La silla de la señora Glass estaba, naturalmente, en el lado de la habitación donde se encontraba Franny. Y de modo muy vigilante. Unos quince minutos antes, cuando Franny se hubo recuperado lo suficiente para sentarse buscar su peine, la señora Glass cargó con la silla de su mesa escritorio y la colocó sin ambages junto a la mesa de café. El lugar era excelente para observar a Franny, y además ponía al observador al alcance de un cenicero que había sobre la superficie de mármol.

Una vez sentada de nuevo, la señora Glass suspiró, como suspiraba siempre, en cualquier situación, cuando alguien rechazaba una taza de caldo de gallina. Pero, para usar este símil, había navegado en un patrullero por los tubos digestivos de sus hijos durante tantos años, que el suspiro no fue en modo alguno una verdadera señal de derrota, y dijo, casi inmediatamente:

—No sé cómo esperas recuperar tus *fuerzas* si no metes algo alimenticio en tu organismo. Lo *siento*, pero no lo comprendo. Has tomado exactamente...

—Mamá, te lo ruego, te lo he pedido veinte veces. ¿*Quieres* dejar de mencionarme el caldo de gallina? Me da náuseas... —Franny se interrumpió y aguzó el oído—. ¿No está sonando el teléfono? —inquirió.

La señora Glass ya se había levantado de la silla. Comprimió un poco los labios. El sonido del teléfono, cualquier teléfono y en cualquier sitio, obligaba invariablemente a la señora Glass a comprimir los labios.

—Vuelvo en seguida —dijo, y abandonó la habitación. Sus bolsillos tintineaban más que de costumbre, como si se hubiera abierto en su interior una caja de clavos surtidos.

Estuvo ausente unos cinco minutos. Cuando volvió, en su rostro había la expresión facial que su hija mayor, Boo Boo, había descrito una vez como indicadora de dos únicas cosas: que acababa de hablar por teléfono con uno de sus hijos o que acababa de recibir un informe de fuente autorizada al efecto de que los intestinos de todos los seres humanos del mundo iban a funcionar con perfecta e higiénica regularidad durante toda una semana.

—Buddy está al teléfono —anunció al entrar en la habitación. Debido a una costumbre adquirida hacía varios años, suprimió cualquier tono de satisfacción que pudiera haber sonado en su voz.

La reacción visible de Franny ante esta noticia fue algo mucho menos que entusiasta. De hecho, parecía nerviosa.

—¿Desde dónde llama? —preguntó.

—No se lo he preguntado. Da la impresión de tener un resfriado terrible. —La señora Glass no se sentó; permaneció en suspenso—. Aprisa, jovencita. Quiere hablar contigo.

—¿Lo ha dicho?

—¡Claro que lo ha dicho! Vamos, date prisa... Ponte las zapatillas.

Franny apartó las sábanas rosas y la manta azul deslavado. Pálida y con evidente desgana, se sentó en el borde del canapé, mirando a su madre. Buscó las zapatillas con los pies.

—¿Qué le has dicho? —interrogó nerviosamente.

—Hazme el favor de ir al teléfono, jovencita —repuso la señora Glass, evadiendo la pregunta—. Date prisa, por amor de Dios.

—Supongo que le habrás dicho que estoy a las puertas de la muerte, o algo así —dijo Franny.

No hubo respuesta. Franny se levantó, no con tanta fragilidad como un convaleciente de la mesa de operaciones, pero con muestras de timidez y cautela, como si esperase, y tal vez desease, sentirse algo mareada. Metió más los pies en las zapatillas y salió gravemente de detrás de la mesa, desatando y volviendo a atar el cinturón de su bata. Un año antes, en un párrafo injustificadamente modesto de una carta a su hermano Buddy, se había referido a su propia figura como «irreprochablemente americana». Mientras la miraba, la señora Glass, que era muy entendida en figuras y portes de muchachas jóvenes, volvió a comprimir los labios en lugar de sonreír. Pero en el mismo instante en que Franny desapareció, dirigió la mirada hacia el canapé. Resultaba evidente en su mirada que en el mundo había pocas cosas que le disgustaran más que un canapé, un buen canapé de pluma, convertido en lugar para dormir. Se introdujo en la hendidura formada por la mesa y el canapé y dio a todos los almohadones que había a la vista una terapéutica sacudida.

Franny, al pasar, ignoró el teléfono del recibidor. Al parecer prefería dar un paseo más largo hasta el dormitorio de sus padres, donde se encontraba el teléfono más popular del apartamento. Aunque no había nada muy peculiar en su modo de andar mientras cruzaba el recibidor —ni se demoraba ni apresuraba—, se operó en ella una peculiar transformación. Daba la marcada impresión de rejuvenecer con cada paso. Es posible que los recibidores largos, más los efectos de las lágrimas, más el timbre de un teléfono, más el olor de la pintura fresca, más un suelo cubierto de periódicos —es posible que la suma de todas estas cosas equivaliera, para ella, a un nuevo coche de muñecas. En cualquier caso, cuando llegó al umbral del dormitorio de sus padres su bonita bata de seda— el emblema, tal vez, de todo cuanto es chic y *fatale* en una alcoba parecía haberse convertido en la bata de lana de una niña.

El dormitorio del señor y la señora Glass olía fuertemente, hasta provocar escozor en los ojos, a paredes recién pintadas. Los muebles estaban amontonados en el centro de la habitación y cubiertos con lona, una lona vieja, con manchas de pintura y aspecto orgánico. Las camas también habían sido apartadas de la pared, pero estaban cubiertas con cubrecamas de algodón suministrados por la propia señora Glass. Ahora el teléfono estaba sobre la almohada de la cama del señor Glass. Al parecer la señora Glass también lo había preferido al supletorio menos privado del recibidor. El auricular se encontraba descolgado, esperando a Franny. Parecía depender casi tanto como un ser humano de algún reconocimiento de su existencia. Para llegar hasta él, para redimirle, Franny tuvo que pasar por encima de una gran cantidad de periódicos y sortear un cubo de pintura vacío. Cuando lo alcanzó, no alargó la mano hacia él sino que se sentó en la cama, lo miró, desvió la vista y se echó el pelo hacia atrás. La mesilla de noche que habitualmente se hallaba junto a la cama había sido colocada aún más cerca, de modo que Franny podía alcanzarla sin levantarse del todo. Puso la mano bajo un trozo de lona muy manchada que cubría la mesilla y pasó la mano arriba y abajo hasta que encontró lo que buscaba, una caja de cigarrillos, de porcelana, y una caja de cerillas en un soporte de bronce. Encendió un cigarrillo y echó otra mirada al teléfono, larga y preocupada en extremo. Hay que observar que, a excepción de su difunto hermano Seymour, todos los

demás hermanos tenían, por teléfono, voces muy vibrantes, por no decir estentóreas. A esta hora, era muy posible que Franny sintiera una profunda vacilación ante la perspectiva del solo timbre, y no digamos el contenido verbal, de cualquiera de las voces de sus hermanos por teléfono. Sin embargo, chupó nerviosamente el cigarrillo y, con bastante valentía, cogió el auricular.

—Hola, Buddy —dijo.

—Hola, cariño. ¿Cómo estás? ¿Estás bien?

—Muy bien. ¿Y tú? Pareces resfriado. —Entonces, al no recibir respuesta—: Supongo que Bessie ha estado instruyéndote durante horas.

—Bueno, en cierto modo. Sí y no. Ya sabes. ¿Estás bien, cariño?

—Muy bien. Pero tu voz suena rara. O tienes un resfriado terrible o la línea está muy mal. Pero, ¿dónde estás?

— ¿Dónde estoy? Pues, en mi elemento, tontita. En una casa encantada junto al camino. Pero deja eso. Háblame.

Franny, inquieta, cruzó las piernas.

—No sé exactamente de qué te gustaría hablar —dijo—. ¿Qué te ha contado Bessie, en realidad?

Hubo una pausa muy característica en Buddy al otro extremo. Fue la misma clase de pausa —sólo un poco rebosante de superioridad en años— que a menudo había probado la paciencia de Franny y del virtuoso que se hallaba al otro extremo del teléfono cuando eran niños.

—Bueno, no estoy muy seguro de lo que me ha contado, cariño. A partir de cierto punto, es un poco descortés seguir escuchando a Bessie por teléfono. He oído lo de los bocadillos de queso, puedes estar segura. Y, desde luego, lo de los libros del Peregrino. Entonces creo que me he quedado con el teléfono en la oreja, pero sin escuchar del todo. Ya sabes.

—Oh —dijo Franny. Cambió el cigarrillo a la mano que sostenía el auricular y metió la otra bajo la lona de la mesilla para encontrar un minúsculo cenicero de cerámica, que colocó junto a ella sobre la cama—. Tu voz es extraña —añadió—. ¿Estás resfriado, o qué?

—Estoy de maravilla, cariño. Me siento de maravilla hablando aquí contigo. No sé decirte cuánto me alegra oír tu voz.

Franny apartó de nuevo sus cabellos con una mano. No contestó nada.

—Oye, tontita. ¿No se te ocurre algo que Bessie haya olvidado? ¿No tienes ganas de hablar?

Franny alteró ligeramente con los dedos la posición del cenicero sobre la cama.

—Verás —repuso—, estoy un poco harta de hablar para ser *franca* contigo. Zooey me ha estado sondeando toda la mañana.

— ¿Zooey? ¿Cómo está?

— ¿Que cómo está? Muy *bien*. *Imponente*. Sólo que me gustaría asesinarle, eso es todo.

— ¿Asesinarle? ¿Por qué? ¿Por qué, cariño? ¿Por qué te gustaría asesinar a nuestro Zooey?

— ¿Por qué? ¡Pues, porque sí! Es tan *completamente* destructivo. ¡No he conocido a nadie tan destructivo en mi vida! ¡Es algo tan *innecesario*! Primero ataca con furia el Padrenuestro, en el cual ahora estoy interesada, haciéndote pensar que eres una boba neurótica por *interesarte* por él. Y dos minutos después empieza a desvariar acerca de que Jesús es la única persona del mundo por la que ha sentido algún *respeto*, con una *mente* maravillosa y todo eso. Es tan *excéntrico*. Quiero decir que da vueltas y más vueltas en unos círculos horribles.

—Háblame de esto. Habla de los círculos horribles.

Aquí Franny cometió el error de exhalar un suspiro de impaciencia, y acababa de inhalar humo del cigarrillo. Tosió.

— ¡Hablarle de esto! ¡Necesitaría el día entero! —Se llevó la mano a la garganta y esperó que pasara la molestia del humo en el conducto equivocado—. Es un monstruo —dijo—. ¡Lo es! No realmente un *monstruo*, pero... no sé. Es tan *severo* con las cosas. Es *severo* con la *religión*. Es *severo* con la *televisión*. Es *severo* contigo y con Seymour: siempre dice que los dos nos habéis convertido en tipos raros. *Yo* no sé qué pensar. Salta de una...

— ¿Por qué tipos raros? Ya sé que lo piensa. O cree que lo piensa. Pero ¿te ha dicho por qué? ¿Cuál es su definición de un tipo raro? ¿Te lo ha dicho, cariño?

Justo aquí, Franny, con aparente desesperación ante la ingenuidad de la pregunta, se golpeó la frente con la mano. Algo que probablemente no había hecho en cinco o seis años; cuando, por ejemplo, a medio camino de casa en el autobús de la Avenida Lexington, descubrió que se había dejado el pañuelo de cuello en el cine.

— ¿Cuál es su definición? —preguntó a su vez—. ¡Tiene unas *cuarenta* definiciones para todo! Si te sueno algo *desquiciada*, éste es el motivo. Primero, como anoche, dice que somos tipos raros porque nos han educado para tener un solo tipo de normas. *Diez minutos después* dice que *él* es un tipo raro porque nunca quiere encontrarse con nadie para tomar un trago. La única vez...

— ¿Nunca quiere qué?

—Encontrarse con nadie para tomar un *trago*. Oh, anoche tuvo que ir a encontrarse para tomar un trago con ese guionista de televisión, nada menos que al Village. Eso lo empezó todo. Dice que las únicas personas con quienes querría tomar un trago en alguna parte están muertas o no están disponibles. Dice que nunca desea *almorzar* con nadie, tampoco, a menos que crea que hay una *buena posibilidad* de que la persona resulte ser Jesús, o Buda, o Hui-neng, o Shankaracharya, o alguien por el estilo. Ya sabes. —De pronto Franny apagó el cigarrillo en el cenicero, con algo de torpeza, ya que no tenía la otra mano libre para sujetar el cenicero—. ¿Sabes qué otra cosa me dijo? —añadió—. ¿Sabes qué me juró solemnemente? Anoche me dijo que una vez bebió un vaso de gaseosa de jengibre con Jesús en la cocina, cuando tenía ocho años. ¿Me estás escuchando?

—Sí, te escucho, te escucho..., cariño.

—Dijo, esto fue lo que dijo, exactamente, que estaba sentado ante la mesa de la cocina, solo, bebiendo un vaso de gaseosa de jengibre y comiendo galletas *saladas* y leyendo *Dombey e hijo*, y de improviso Jesús se sentó en la otra silla y le preguntó si podía darle un vaso pequeño de gaseosa. Un vaso *pequeño*, fijate bien, esto es exactamente lo que dijo. Me refiero a que dice cosas así, ¡y sin embargo cree que está perfectamente calificado para darme un montón de consejos y todo eso! ¡*Esto* es lo que más me enfurece! ¡Podría escupir, te lo aseguro! Es como estar en un *manicomio* y que otro paciente disfrazado de *médico* venga a tomarte el pulso o algo así... Y cuando no *habla*, fuma por toda la casa sus malolientes cigarros. Estoy tan harta del olor del cigarro que me gustaría dar media vuelta y *morirme*.

—Los cigarros son un lastre, cariño. Un mero lastre. Si no tuviera un cigarro a que agarrarse, sus pies se levantarían del suelo. No volveríamos a ver a nuestro Zooey.

Había algunos ardidés verbales en la familia Glass, pero tal vez Zooey era el único bastante bien coordinado para pronunciar impunemente esta pequeña observación por teléfono. O al menos así lo sugiere este narrador. Y Franny tal vez intuyó lo mismo. En cualquier caso, supo de repente que era Zooey quien estaba al otro extremo del hilo. Se levantó lentamente del borde de la cama.

—Está bien, Zooney —dijo—, está bien.
No del todo inmediatamente:
— ¿Qué has dicho?
—He dicho que está bien, Zooney.
— ¿Zooney? ¿Qué es esto?... Franny, ¿estás ahí?
—Sí, estoy aquí. Ya basta, por favor. Sé que eres tú.
— ¿Qué demonios estás diciendo, cariño? ¿Qué pasa? ¿Quién es este Zooney?
—Zooney Glass —repuso Franny—. Ya basta, por favor. No tienes gracia. En realidad, ya estoy empezando a sentirme medio...
—¿Grass, has dicho? ¿Zooney Grass? ¿Un tipo noruego? Un poco macizo, rubio, at...

—Ya está *bien*, Zooney. Basta de eso. Es suficiente. No me haces gracia... En caso de que te interese, me siento absolutamente mal, de modo que si tienes algo especial que decirme, date prisa, dilo y déjame en *paz*.

El énfasis en esta última palabra fue extrañamente ahogado, como si la intención no fuese del todo verdadera.

Se produjo un peculiar silencio al otro extremo del teléfono. Y una peculiar reacción por parte de Franny. Se sentó de nuevo en el borde de la cama de su padre.

—No voy a colgar el teléfono ni nada de eso —dijo—, pero estoy... no sé... estoy *cansada*, Zooney. Exhausta, francamente. —Escuchó, pero no hubo respuesta. Cruzó las piernas—. Tú puedes continuar con esto todo el día, pero yo no —dijo—. Todo cuanto soy está al auricular. No es terriblemente agradable, ¿sabes? Tú crees que todo el mundo está hecho de hierro o algo así. —Escuchó. Empezó a hablar de nuevo pero se detuvo cuando oyó el sonido de un carraspeo.

—Yo no creo que todo el mundo esté hecho de hierro, hermana.

Esta frase tan abyectamente sencilla pareció trastornar a Franny mucho más que un silencio prolongado. Alargó rápidamente la mano y cogió un cigarrillo de la caja de porcelana, pero no hizo ademán de encenderlo.

—Bueno, pues cualquiera pensaría que sí —dijo. Escuchó y esperó—. Quiero decir, ¿has llamado por alguna razón especial? —preguntó de improviso—. ¿Tenías una razón especial para llamarme?

—Ninguna en especial, hermana, ninguna en especial.

Franny esperó, y el otro extremo habló de nuevo:

—Supongo que más o menos te he llamado para decirte que continúes con tu Padrenuestro si es tu deseo. Quiero decir que es asunto tuyo. Es asunto tuyo. Es una oración muy bonita, y no permitas que nadie te diga lo contrario.

—Lo sé —repuso Franny, cogiendo nerviosamente la caja de cerillas.

—Creo que nunca he deseado realmente impedirte que la rezaras. Al menos, creo que no. No lo sé. No sé *qué* demonios había en mi mente. Pero hay una cosa que sé seguro. No tengo ninguna maldita autoridad para hablar como un *superior*, tal como lo he hecho. Ya tenemos bastantes malditos superiores en la familia. Esta parte me preocupa. Esta parte me asusta un poco.

Franny aprovechó la corta pausa que siguió para enderezarse ligeramente, como si, por alguna razón, una buena postura, o una mejor postura, pudiera ser conveniente dentro de unos momentos.

—Me *asusta* un poco, pero no me petrifica. Dejémoslo bien sentado. No me *petrifica*. Porque tú olvidas una cosa, hermana. Cuando sentiste el impulso por primera vez, la *llamada*, para rezar la oración, no empezaste inmediatamente a buscar un maestro por los cuatro rincones del mundo. *Viniste a casa*. No sólo viniste a *casa*, sino que tuviste una maldita crisis. Así, que si lo miras de cierta manera, sólo tienes derecho

al insignificante consejo espiritual que podemos darte aquí, y a nada más. Por lo menos sabes que no habrá ningún maldito motivo ulterior en este manicomio. Seremos muchas cosas, pero no *dudosos*, hermana.

Franny trató de repente de encender el cigarrillo con una sola mano. Consiguió abrir la caja de cerillas, pero al rascar torpemente una cerilla se le cayó la caja al suelo. Se agachó con rapidez, recogió la caja y dejó donde estaban las cerillas diseminadas.

—Te diré una cosa, Franny. Una cosa que *sé*. Y no te enfades. No es nada malo. Pero si es la vida religiosa lo que quieres, tienes que saber ahora mismo que te estás perdiendo todos los malditos actos religiosos que se realizan en esta casa. Ni siquiera tienes el buen sentido de *beber* cuando alguien te trae una taza de caldo de gallina consagrado, que es la única clase de caldo de gallina que Bessie ofrece a quienquiera que haya en este manicomio. Así que *dime*, sólo dime, hermana. Incluso aunque te fueras a buscar un maestro por todo el mundo, un gurú, un santón, para que te enseñara a rezar bien el Padrenuestro, ¿de qué te serviría? ¿Cómo *diablos* vas a reconocer una taza de caldo de gallina consagrado cuando está delante de tu nariz? ¿Puedes decírmelo?

Ahora Franny estaba sentada con una rigidez anormal.

—Sólo te lo pregunto, no intento molestarte. ¿Te molesto?

Franny contestó, pero al parecer su respuesta no fue audible.

—¿Qué? No te oigo.

—He dicho que no. ¿Desde dónde llamas? ¿Dónde estás ahora?

—Oh, ¿qué importa dónde esté? En Pierre o Dakota del Sur, por el amor de Dios. Escúchame, Franny... lo siento, no te enfurezcas y escúchame. Sólo me quedan una o dos cosas muy cortas, y entonces me callaré, te lo prometo. A propósito, ¿sabías que Buddy y yo fuimos a verte actuar en provincias el verano pasado? ¿Sabías que una noche te vimos actuar en *Playboy del mundo occidental*? Era una noche bochornosa, te lo aseguro. Pero, ¿sabías que estábamos allí?

Parecía indicada una respuesta. Franny se levantó, e inmediatamente volvió a sentarse. Apartó un poco el cenicero, como si fuese un gran estorbo.

—No, no lo sabía —contestó—. Nadie dijo una sola... No, no lo sabía.

—Pues, sí, estábamos allí. Y te diré algo, hermana. Estuviste bien. Y cuando yo digo bien, quiero decir *bien*. Salvaste aquel maldito embrollo. Incluso aquellas langostas tostadas del auditorio lo sabían. Y ahora me entero de que has acabado para siempre con el teatro: yo me entero de las cosas. Y recuerdo los discursos que hiciste al volver, cuando se terminó la temporada. ¡Oh, me irritas, Franny! Lo siento, pero es la verdad. Has hecho el maldito y *asombroso* descubrimiento de que la profesión de actor está llena de mercenarios y carniceros. Si mal no recuerdo, incluso parecías *desmoronada* porque ninguno de los acomodadores era un genio. ¿Qué te ocurre, hermana? ¿Dónde está tu cerebro? Si tu educación ha sido extraña, al menos *úsala, úsala*. Puedes rezar el Padrenuestro hasta el Día del Juicio Final, pero si no comprendes que lo único que cuenta en la vida religiosa es la *indiferencia*, no creo que avances un solo *centímetro*. Indiferencia, hermana, sólo indiferencia. Ausencia de deseos. «El cese de todo anhelo.» Esta cuestión del *deseo*, si quieres saber la maldita verdad, es lo primero que hace un actor. ¿Por qué me obligas a decirte cosas que ya sabes? Hubo un momento, en una u otra maldita encarnación, si quieres, en que no sólo tuviste el deseo de ser una actriz, sino una *buena* actriz. Y ahora no puedes deshacerte de él. No puedes *volver la espalda* a los resultados de tus propios deseos. Causa y efecto, hermana, causa y efecto. Lo único que puedes hacer ahora, el único acto *religioso* que puedes realizar, es *actuar*. Actúa para Dios, si quieres, sé una actriz de *Dios*, si tal es tu deseo. ¿Qué podría ser más bonito? Al menos puedes intentarlo; no hay nada malo en intentar algo. —Hubo una breve pausa—. Pero sería mejor que te pusieras en movimiento, hermana. La maldita

arena se escurre cada vez que das media vuelta. Sé de lo que estoy hablando. En este maldito y fenomenal mundo, tienes suerte si te dan tiempo para estornudar. —Hubo otra pausa, aún más breve—. Yo solía preocuparme por esto. Pero ya no me preocupa tanto. Al menos aún estoy enamorado de la calavera de Yorick. Al menos aún tengo el tiempo suficiente para estar enamorado de la calavera de Yorick. Quiero una maldita y honorable calavera cuando me muera, hermana. *Deseo* una maldita y honorable calavera como la de Yorick. Y *tú* también, Franny Glass. Tú también, tú también... ¡Oh, Dios mío! ¿De qué sirve hablar? Has tenido la misma educación equivocada que yo, y si no sabes a estas alturas qué clase de *calavera* quieres cuando te mueras, y qué has de hacer para *merecerla*, quiero decir que si a estas alturas no sabes *al menos* que eres una actriz y que has de *actuar*, ¿de qué sirven las palabras?

Ahora Franny tenía la palma de su mano libre contra la mejilla, como si le doliera mucho una muela.

—Otra cosa. Y acabo, te lo prometo. La cuestión es que llegaste a casa desvariando y gritando contra la estupidez de los auditorios. Esa maldita «risa torpe» de la fila cinco. Y es verdad, *es* verdad, Dios sabe que resulta deprimente. No digo que no lo sea. Pero no es asunto tuyo, en realidad. No es asunto tuyo, Franny. La única preocupación del artista es aspirar a alguna clase de perfección, y *según sus propias condiciones*, no las de cualquier otro. No tienes derecho a pensar en esas cosas, te lo juro. Al menos no en un sentido real. ¿Sabes a qué me refiero?

Hubo un silencio. Ambos lo dejaron transcurrir sin aparente impaciencia o embarazo. Franny parecía tener aún un dolor considerable bajo la mejilla y seguía con la mano apretada contra ella, pero su expresión era marcadamente serena.

La voz del otro extremo reanudó la conversación.

—Recuerdo la quinta o sexta vez que aparecí en «Es un niño sabio». Sustituí varias veces a Walt en el programa; ¿te acuerdas de cuándo figuraba en el programa? Una noche, antes de la emisión, empecé a enfurecerme. Seymour me dijo que me limpiara los zapatos justo cuando salía por la puerta con Waker. Me puse furioso. Los asistentes del estudio eran imbéciles, el locutor era imbécil, los patrocinadores eran todos imbéciles, y yo no iba a limpiarme los zapatos para ellos, anuncié a Seymour. Le dije que de todos modos no podían verlos. El replicó que aun así tenía que limpiarlos. Que me los limpiara para la Dama Gorda. Yo no sabía de quién diablos hablaba, pero en su rostro había una expresión muy Seymour, así que obedecí. Jamás me reveló quién era la Dama Gorda, pero yo me limpiaba los zapatos para la Dama Gorda cada vez que salía en el programa; en todos los años en que tú y yo estuvimos en la emisión, si te acuerdas, no olvidé hacerlo más que un par de veces. Había en mi mente una imagen terriblemente clara de la Dama Gorda. Me la imaginaba sentada en el porche todo el día, asustando a las moscas, con la radio a toda marcha de la mañana a la noche. Me figuraba que el calor era terrible, y que ella probablemente tenía cáncer y... no sé qué más. De todos modos, parecía muy claro por qué Seymour quería que me limpiara los zapatos antes de la emisión. Tenía *sentido*.

Franny estaba de pie. Había retirado la mano de la mejilla para sostener el teléfono con ambas manos.

—A mí también me lo dijo —contestó al auricular—. Una vez me pidió que fuera graciosa para la Dama Gorda. —Quitó una mano del teléfono y la colocó, muy brevemente, encima de la cabeza, y entonces continuó sujetando el teléfono con las dos manos—. Nunca me la imaginé en un porche, pero sí con unas piernas muy gordas, muy venosas. La puse en una horrible silla de mimbre. Pero también tenía cáncer, ¡y la radio a toda marcha durante todo el día! ¡La mía también!

—Sí, sí, muy bien. Ahora déjame decirte algo, hermana... ¿Me escuchas?

Franny, con aspecto extremadamente tenso, asintió.

—No me importa dónde actúe un actor. Puede ser en un repertorio de verano, puede ser en la radio, puede ser en la televisión, puede ser en un maldito teatro de Broadway, lleno de la gente más elegante, mejor alimentada y más tostada por el sol que te puedas imaginar. Pero te diré un terrible secreto... ¿Me escuchas? *No hay nadie allí que no sea la Dama Gorda de Seymour*. Eso incluye a tu profesor Tupper, hermana. Y a todas las docenas de sus malditos primos. No hay nadie en ninguna parte que no sea la Dama Gorda de Seymour. ¿No lo sabes? ¿No sabes aún este maldito secreto? ¿Y no sabes, escúchame ahora, *no sabes quién es realmente esa Dama Gorda...*? ¡Ah, hermana! Es el mismo Cristo. El mismo Cristo, hermana.

Por gozo, al parecer, todo cuanto Franny pudo hacer fue sostener el teléfono con las dos manos.

Durante un minuto entero, más o menos, no hubo más palabras ni más discursos. Entonces:

—No puedo hablar más, hermana. —Siguió el sonido de un teléfono al ser colgado.

Franny retuvo un poco el aliento, pero continuó con el auricular pegado a la oreja. Una señal de marcar, naturalmente, siguió al corte de la línea. Franny parecía encontrarla un sonido extraordinariamente bello, como si fuera el único sustituto posible del propio silencio primordial. Pero también parecía saber cuándo debía dejar de escucharlo, como si la poca o mucha sabiduría que hay en el mundo fuese repentinamente suya. Cuando hubo colgado el teléfono, pareció saber también lo primero que debía hacer. Retiró los utensilios de fumar, apartó el cubrecama de algodón, se quitó las zapatillas y se metió en la cama. Durante unos momentos, antes de sumirse en un sueño plácido y profundo, permaneció quieta, sonriendo al techo. ■

